

El Violonchelista de Sarajevo
Galloway, Steven

Un día, un obús cae sobre la cola que hay formada frente a una panadería y mata a veintidós personas, mientras el violonchelista lo ve todo desde su piso. Se hace la promesa de sentarse en el cráter que ha dejado el mortero y tocar el Adagio de Albinoni una vez al día, y un día por cada una de las víctimas. El Adagio había sido recompuesto a partir de un fragmento de la última partitura que sobrevivió al bombardeo de la biblioteca de música de Dresden, pero el hecho de que haya sido transformado por otro compositor en algo nuevo y valioso insufla esperanza al violonchelista.

Mientras tanto, Kenan se arma de valor para emprender su caminata semanal por las peligrosas calles en busca de agua para su familia, que vive en el otro extremo de la ciudad. Y Dragan, un hombre al que Kenan no conoce, intenta llegar al lugar donde trafica con comida y sabe que conseguirá protección. Ambos están prácticamente paralizados por el miedo, sin saber a qué punto de los puentes y las calles que deben cruzar irá a parar la próxima bala, sin querer hablar con sus antiguos amigos de cómo era la vida antes de que las divisiones se multiplicasen en su ciudad. También está Flecha, el pseudónimo de una diestra francotiradora a quien se le pide proteger al violonchelista de otro francotirador oculto que tiene intención de matarle mientras toca su homenaje a las víctimas.

En esta hermosa e inolvidable novela, Steven Galloway ha efectuado un extraordinario e imaginativo salto para dar vida a una historia que habla poderosamente de la dignidad y la peligrosidad del espíritu humano cuando se encuentra bajo una coacción extrema.

El violonchelista

Descendía envuelto en un alarido, rasgando el aire y el cielo sin esfuerzo. El blanco aumentó de tamaño, cada vez mejor enfocado por el tiempo y la velocidad. Hubo un último instante antes del impacto en que las cosas aún fueron como habían sido. Luego, el mundo visible explotó.

En 1945, un musicólogo italiano encontró cuatro compases de una partitura para contrabajo, la partitura de una sonata, en los restos de la biblioteca de música de Dresden, arrasada con bombas incendiarias. Creyó que esas notas eran obra del compositor veneciano del siglo XVII Tomaso Albinoni, y dedicó los siguientes doce años a componer una pieza más larga a partir de aquel fragmento manuscrito y abrasado. La composición resultante, conocida como el Adagio de Albinoni, apenas guarda parecido con la mayor parte de la obra del compositor y muchos eruditos la consideran fraudulenta. No obstante, incluso aquellos que dudan de su autenticidad carecen de argumentos para rebatir su belleza.

Casi medio siglo después, es esta contradicción lo que atrae al violonchelista. Que algo pudiera haber estado a punto de dejar de existir en el paisaje de una ciudad en ruinas y que después fuese reconstruido en otro algo nuevo y valioso le insufla esperanza. Una esperanza que, ahora, es una de las pocas cosas que les quedan a los ciudadanos de un Sarajevo sitiado, cosas que, para muchos de ellos, disminuyen con cada día que pasa.

Y así, hoy, como todos los días en la memoria reciente, el violonchelista se sienta junto a la ventana de su apartamento, en la segunda planta del edificio, y toca hasta que siente que la esperanza regresa. Raramente toca el Adagio. La mayoría de los días consigue sentir que la música le rejuvenece con la misma facilidad como si estuviese repostando gasolina con el coche. Pero otros no ocurre lo mismo. Si, tras varias horas, ve que la esperanza no regresa, hace una pausa para recomponerse, y luego él y su violonchelo rescatan pacientes el Adagio de Albinoni del arrasado museo de Dresden y lo trasladan a las calles de Sarajevo, horadadas por el mortero e infestadas de francotiradores. Para cuando las últimas notas se desvanecen, su esperanza está ya restablecida, pero cada vez le resulta más arduo recurrir al Adagio, aunque se vea obligado a hacerlo, porque sabe que su efecto es finito. Sólo queda una cantidad concreta de adagios en él, y no comentará

la imprudencia de malgastar esta valiosa moneda de cambio.

No siempre había sido así. Poco tiempo antes, la promesa de una vida feliz parecía inviolable. Cinco años atrás, en la boda de su hermana, había posado para una fotografía de familia, con el brazo de su padre alrededor del cuello, los dedos aferrados a su hombro. Le apretaban con fuerza, y para algunos incluso habría resultado doloroso, pero para el violonchelista era justo lo contrario. Los dedos en su carne le comunicaban que era amado, que siempre lo había sido, y que el mundo era un lugar donde, ante todo lo demás, las cosas buenas encontrarían el modo de penetrar en uno y alojarse en su interior. Aunque era esto lo que creía, pronto habría renunciado prácticamente a todo por poder retroceder en el tiempo y ralentizar aquel momento, como si así después fuera a poder recordarlo con mayor claridad. Desea volver a sentir la mano de su padre en el hombro.

Sabe que hoy no será un día de Adagio. Sólo ha pasado media hora desde que se sentó junto a la ventana, pero ya se siente un poco mejor. Fuera, una hilera de personas esperan para comprar pan, y él se plantea si no debería sumarse a ella. Muchos de sus amigos y vecinos están en la cola. Decide no hacerlo, por el momento. Aún tiene trabajo.

Descendía envuelto en un alarido, rasgando el aire y el cielo sin esfuerzo. El blanco aumentó de tamaño, cada vez mejor enfocado por el tiempo y la velocidad. Hubo un último instante antes del impacto en que las cosas aún fueron como habían sido. Luego, el mundo visible explotó.

Cuando las bombas de mortero destruyeron la Ópera de Sarajevo, el violonchelista se sintió como dentro del edificio, como si los ladrillos y el vidrio que componían la estructura se convirtiesen en proyectiles que le golpeaban y le perforaban, dejándolo triturado e irreconocible. Era el primer violonchelista de la Orquesta Sinfónica de Sarajevo. Eso era lo que sabía ser. Había convertido la idea de la música en una realidad. Cuando salía al escenario con el esmoquin, se transformaba en un instrumento de entrega. Entregaba a las personas que acudían a escucharle lo que más amaba en el mundo. Era un hombre tan firme como la mano de su padre.

Ahora ya no le importa si alguien le oye tocar o no. Su esmoquin cuelga en el armario, intacto. Las armas apostadas en las colinas que rodean Sarajevo le han desmontado, como han hecho con el edificio de la Ópera, como han hecho con el hogar de su familia, de noche, mientras sus padres dormían, como acabarían haciéndolo, al cabo, con todo.

La geografía del cerco es simple. Sarajevo es una larga franja de tierra plana rodeada de colinas por todos los costados. Los hombres de las montañas controlan la totalidad de las tierras altas y la península llana del centro de la ciudad, Grbavica. Disparan proyectiles y bombas de mortero, obuses y granadas al resto de la ciudad, que está siendo defendida con un tanque y pequeñas armas de mano. La ciudad está siendo destruida.

El violonchelista no sabe lo que está a punto de ocurrir. Inicialmente, ni siquiera es consciente del impacto de la bomba. Durante largo tiempo, permanece junto a la ventana y mira. Entre la carnicería y la confusión repara en el bolso de una mujer, empapado en sangre y salpicado de fragmentos de cristal. No sabe de quién es. Entonces agacha la mirada y ve que ha dejado caer el arco al suelo y, de algún modo, le parece que existe una gran conexión entre ambos. No entiende qué clase de conexión es, pero la certeza de que existe le impele a desvestirse, acercarse al armario y sacar el esmoquin de la bolsa de plástico de la lavandería.

Pasará toda la noche y el día siguiente junto a la ventana. Luego, hacia las cuatro de la tarde, veinticuatro horas después de que la bomba cayera sobre sus amigos y vecinos mientras esperaban para comprar pan, se agacha y coge el arco. Baja con su violonchelo y un taburete por la estrecha escalera y sale a la calle desierta. La guerra sigue desatada a su alrededor y él se sienta en el pequeño cráter que la bomba ha abierto en el lugar del impacto. Toca el Adagio de Albinoni. Lo hará a diario durante veintidós días, un día por cada persona asesinada. O, cuanto menos, lo intentará. No está seguro de que vaya a sobrevivir. No está seguro de que le queden suficientes adagios.

El violonchelista aún no sabe nada, se sienta junto a la ventana, al sol, y toca. Aún no lo sabe. Pero ya no hay vuelta atrás. Descendía envuelto en un alarido, rasgando el aire y el cielo sin esfuerzo. El blanco aumentó de tamaño, cada vez mejor enfocado por el tiempo y la velocidad. Hubo un último instante antes del impacto en que las cosas aún fueron como habían sido. Luego, el mundo visible explotó.

Uno

Flecha

Flecha parpadea. Lleva mucho tiempo esperando. Por el visor del rifle ve a tres soldados de pie, junto a un muro bajo, en una colina que descuella sobre Sarajevo. Uno mira hacia la ciudad como si estuviese recordando algo. Otro sostiene en alto un mechero para que el tercero encienda un cigarrillo. Es evidente que no tienen idea de que están en su punto de mira. Tal vez, piensa ella, creen que están demasiado lejos de la línea de combate. Se equivocan. Tal vez creen que nadie puede ensartar una bala entre los edificios que les separan de ella. De nuevo, se equivocan. Ella puede matar a cualquiera de los tres, y quizá incluso a dos, en cuanto elija al blanco. Y pronto elegirá.

Los soldados a los que Flecha observa tienen un buen motivo para creerse a salvo. Lo estarían, de ser cualquier otro quien estuviera acechándoles. Se encuentran a casi un kilómetro de distancia, y el rifle que ella utiliza, del mismo tipo que utilizan casi todos los defensores, tiene un alcance real de ochocientos metros. Más allá, las probabilidades de dar en el blanco son remotas. No es ése el caso para Flecha. Ella es capaz de conseguir que una bala haga cosas inconcebibles para los demás.

Para la mayoría, disparar a larga distancia es una cuestión de combinar correctamente observación y cálculos matemáticos, de averiguar la fuerza y la dirección del viento. Efectúan estimaciones que luego transforman en ecuaciones, teniendo en cuenta la velocidad de la bala, el descenso que experimenta durante su trayectoria y la ampliación del alcance. No difiere de lanzar un balón. Un balón no se lanza directo al blanco, se lanza en un arco calculado para que se interseque con el blanco. Flecha no efectúa estimaciones, no calcula fórmulas. Sencillamente envía una bala a donde sabe que debe ir. Le cuesta comprender por qué otros francotiradores no pueden hacerlo. Está escondida entre los desechos de una torre de oficinas quemada, a pocos metros de una ventana con vistas a las colinas meridionales de la ciudad. Cualquiera que mirara en esa dirección tendría dificultades, si no le resultaría imposible, para divisar a una mujer delgada, con media melena negra, oculta entre las ruinas humeantes de la vida cotidiana. Está tendida en el suelo, boca abajo, con las piernas parcialmente cubiertas por un periódico viejo. Sus ojos, grandes, azules y brillantes, son el único indicio de vida.

Flecha se considera diferente de los francotiradores de las montañas. Ella sólo dispara a soldados. Ellos disparan a hombres, mujeres y niños desarmados. Cuando matan a una persona, el resultado que buscan trasciende con creces la mera aniquilación de ese individuo. Intentan matar a la ciudad. Cada muerte desconcha el Sarajevo de la juventud de Flecha con la misma eficacia que una bomba de mortero destroza un edificio. A los que quedan se les roba no sólo a un conciudadano, sino también el recuerdo de lo que era estar vivo antes de que los hombres de las montañas le dispararan a uno mientras intenta cruzar la calle.

Diez años atrás, cuando ella tenía dieciocho y no se llamaba Flecha, subió al coche de su padre y fue al campo a visitar a sus amigos. Era un día claro y soleado. Le parecía que el coche estaba vivo, como si el modo en que ella y el vehículo avanzaban juntos fuera una suerte de destino, y todo sucediera exactamente como debía. Al tomar una curva, una de sus canciones favoritas empezó a sonar en la radio, y la luz del sol se filtró entre los árboles como lo hace entre las cortinas de encaje, y todo ello le hizo acordarse de su abuela, y las lágrimas empezaron a derramarse por sus mejillas. No por su abuela, que en aquel entonces estaba muy presente entre los vivos, sino por el sentimiento que la arrobó, una felicidad envolvente por estar viva, una dicha reforzada por la certeza de que algún día todo aquello acabaría. Eso la abrumó, la impelió a detener el coche en el arcén. Después se sintió un poco tonta y nunca le habló de aquello a nadie.

Ahora, sin embargo, sabe que no era tonta. Cae en la cuenta de que, por ninguna razón en particular, topó con la esencia del ser humano. Es un don escaso comprender que la propia vida es maravillosa, y que no durará para siempre.

Así, cuando Flecha accione el gatillo y acabe con la vida de uno de los soldados que tiene en el punto de mira, no lo hará porque quiera matarle, aunque no puede negar que quiere hacerlo, sino porque los soldados le han arrebatado, a ella y a casi todos los demás habitantes de la ciudad, ese don. El hecho de que la vida acabará se ha vuelto tan patente que ha perdido todo su significado. Pero para Flecha es peor el perjuicio ocasionado en la distancia entre lo que sabe y lo que cree. Pues aunque sabe que las lágrimas que derramó aquel día no fueron fruto del sentimentalismo ridículo de una adolescente, en realidad no lo cree.

Desde la fortaleza elevada de Vraca, sobre el barrio ocupado de Grbavica, sus objetivos bombardean la ciudad con aparente impunidad. Durante la Segunda Guerra Mundial, Vraca fue un lugar donde los nazis torturaban y mataban a quienes se resistían a ellos. Los nombres de los muertos están esculpidos en los escalones, pero en aquel tiempo eran pocos los combatientes que empleaban su verdadero nombre. Adoptaban nombres nuevos, nombres que decían más de ellos que cualquier jactanciosa historia narrada por borrachos en una taberna, nombres que desafiaban a los gobiernos que posteriormente intentaron transformar sus hazañas en propaganda. Se dice que adoptaron esos nombres para que sus familias no corriesen peligro, para poder entrar y salir de incógnito de dos vidas. Pero Flecha cree que lo hicieron para poder aislarse de lo que tenían que hacer, de modo

que la persona que luchaba y mataba pudiera ser descartada algún día. Para conseguir odiar a otras personas por el hecho de que ellas la odiaran antes, y luego odiarlas por lo que le han hecho, ha gestado en su interior el deseo de separar la parte de ella que contraatacará, que disfrutará haciéndolo, de la parte que jamás quiso siquiera empezar a luchar. Utilizar su nombre real no la haría diferente de los hombres a los que mata. Sería una muerte mayor que el final de su vida.

Desde la primera vez que cogió un rifle para matar se ha hecho llamar Flecha. Algunos siguen llamándola por su nombre anterior. Ella les obvia. Si insisten, les dice que ahora se llama Flecha. Nadie lo discute. Nadie cuestiona lo que debe hacer. Todo el mundo hace algo para seguir con vida. Pero si la presionaran, ella diría: «Soy Flecha porque les odio. La mujer que conocíais no odiaba a nadie».

Flecha ha escogido a los blancos de hoy porque no quiere que los hombres de Vraca se sientan seguros. Tendrá que efectuar un disparo extremadamente difícil. Aunque se esconde en la novena planta de ese edificio arrasado, la fortaleza está en un plano más elevado y ella debe insertar la bala entre varios edificios que se interponen entre ambos. Los soldados deben de encontrarse en un espacio limitado de unos tres metros, y el humo procedente de los edificios en llamas le oscurece la visión periódicamente. En cuanto dispare, todos los francotiradores de la colina del sur empezarán a buscarla. Rápidamente deducirán dónde está. En ese momento bombardearán el edificio, incluso lo derribarán si lo creen necesario. Y la razón por la que ese edificio está quemado es que es un blanco fácil. Sus posibilidades de escapar a las repercusiones de sus propias balas son escasas. Pero no son circunstancias insólitas. Ella ya ha disparado balas en escenarios más complejos y se ha enfrentado a represalias más inmediatas.

Flecha sabe con exactitud cuánto tardarán en localizarla. Sabe con exactitud en qué dirección mirarán los francotiradores y dónde caerán las bombas de mortero. Para cuando el bombardeo cese, ella ya se habrá ido, aunque nadie entenderá cómo, ni siquiera los de su propio bando, los que defienden la ciudad. Si se lo explicase, no lo entenderían. No creerían que sabe con antelación lo que un arma hará porque ella misma es un arma. Posee un particular genio que pocos querrían admitir. Si pudiese elegir, también ella preferiría no creerlo, pero sabe que es algo que no está en sus manos. No elegimos aquello en lo que creemos. Es la creencia la que nos elige.

Uno de los tres soldados se aleja. Flecha se tensa, esperando a ver si los otros dos le despiden con la mano.

Si lo hacen, disparará. Por un momento vacila, incapaz de interpretar sus gestos. Luego el soldado desaparece del estrecho pasillo por el que viajará la bala. Ese soldado, en un instante de aparente intrascendencia, ha salvado la vida. Una vida está compuesta casi por entero de actos como éste. Flecha lo sabe.

Les observa un rato más, a la espera de que emerja un detalle que dictamine quién recibirá la primera bala. Quiere disparar dos veces, matar a los dos hombres,

pero no está segura de que vaya a disponer de esa oportunidad, y si tiene que escoger a sólo uno de los soldados, le gustaría hacer la elección correcta, si es que hay una elección correcta. Finalmente concluye que tanto da. Quizá uno de ellos viva, pero nunca sabrá lo delgado que ha sido el margen de su existencia. Lo achacará a la suerte, o al destino, o al mérito. Nunca sabrá que una arbitraria fracción de un milímetro en la puntería de ella en una dirección o en otra marcará la diferencia entre sentir el sol en la cara diez minutos a partir de ahora o agachar la mirada y ver un inverosímil agujero en el propio pecho, sentir cómo todo lo que era o lo que podría haber sido se evapora, y después, en los últimos instantes, inhalar más dolor del que creía que el mundo podía albergar.

Uno de los soldados dice algo y se ríe. El otro se suma a él, pero, por la tensión que aprecia en su boca, Flecha deduce que no es más que una risa cómplice. Pondera la situación. ¿Dispara al instigador o al colaborador? No está segura. Durante los siguientes minutos observa a los dos hombres fumar y charlar. Sus manos trazan formas duras en el aire, una puntuación física, con alguna que otra pausa, como navajas blandidas en anticipación a un ataque. Los dos son jóvenes, más jóvenes que ella, y si quisiera refugiarse en la ignorancia, podría incluso imaginar que están comentando el resultado de un partido de fútbol disputado recientemente. Tal vez, piensa, es eso lo que hacen. Es posible, incluso muy probable, que vean esto como una clase de juego. Muchachos lanzando bombas en lugar de balones.

Entonces ambos vuelven la cabeza como al oír la llamada de alguien a quien Flecha no puede ver, y ella sabe que ha llegado el momento de disparar. Nada ha decantado su decisión, de modo que sencillamente elige a uno. Si hay un motivo, si es porque uno de los disparos es más fácil, o porque uno de ellos le recuerda a alguien a quien una vez conoció y le gustó o no le gustó, o porque uno de ellos parece más peligroso que el otro, es algo que no sabe. La única certeza que tiene es que exhala, y su dedo pasa de reposar contra el gatillo a presionarlo, y una bala rompe la barrera del sonido un instante antes de pulverizar tela, piel, hueso, músculo y órgano, iniciando el breve proceso que convertirá el movimiento en carne.

Mientras se prepara para el segundo disparo, en el intervalo que separa el tic de un segundo del siguiente, sabe que algo ha ido mal. Los hombres de las montañas saben dónde está. Renuncia al segundo disparo y rueda sobre sí misma hacia un lado, consciente de los ojos que hay clavados en ella, de que un francotirador ha estado todo el tiempo intentando darle caza, y en el instante en que disparó se expuso. Le han tendido una trampa y ella ha caído. Una bala se estrella en el suelo donde yacía un instante antes. Mientras se escabulle a toda prisa hacia el esqueleto de una escalera que la conducirá nueve plantas abajo y fuera del edificio oye el disparo de un rifle, pero no el impacto de la bala. Eso significa que el francotirador ha errado el tiro o que la bala la ha alcanzado. No siente dolor, aunque ha oído que al principio es así. No hay ninguna necesidad de comprobar si está herida. Si la

bala la ha alcanzado, pronto lo sabrá.

Flecha llega a la escalera y una bomba de mortero atraviesa el techo y explota. Se encuentra ya dos plantas más abajo cuando estalla otra, que derrumba la novena planta sobre la octava. Cuando llega a la sexta, la naturaleza de la situación varía en su mente, y Flecha dobla por un pasillo oscuro y estrecho y avanza tan deprisa como puede para alejarse de la bomba que sabe que está a punto de penetrar el hueco de la escalera. Consigue alejarse lo bastante para esquivar el acero y la madera y el cemento que la explosión le arroja, una infinidad de balas como el interés pagado por un préstamo. Pero entonces, cuando la última pieza de metralla aterriza en el suelo, echa a correr de vuelta a la escalera. No tiene elección. No hay otra vía de escape en el edificio, y si se queda recogerá el préstamo. De modo que vuelve a la escalera, sin saber cuánto queda de ella. La sexta planta se ha desplomado sobre la quinta. Cuando salta al rellano de abajo se pregunta si éste soportará su peso. Si lo hace, y desde allí, es cuestión de permanecer pegada a la pared interior, donde los escalones conectan con el edificio, donde el peso de las capas superiores de la escalera derruida ha tenido menos impacto.

Flecha oye la explosión de otra bomba cuando alcanza la planta baja y, aunque la entrada principal que da acceso a la calle está a sólo unos pasos, sigue bajando al sótano, donde se abre paso a tientas por un pasillo casi en penumbra hasta que encuentra una puerta. La abre con un golpe de hombro. El contraste entre la oscuridad y la luz la ciega momentáneamente, pero Flecha sale sin dudar a una escalera baja que hay en la fachada norte del edificio, algo protegida de los hombres de la colina del sur. Antes de que sus ojos se adapten al mundo que la rodea, empieza a notar que la percusión de las bombas de mortero le afecta al oído y le recuerda la sensación de estar en una piscina, le recuerda un día en que ella y una amiga gritaban por turnos sus nombres debajo del agua y se reían de cómo sonaban, amortiguados y distorsionados y extraños. Cuando regresa al este, lejos del edificio, siente dolor en un costado y agacha la mirada, casi esperando verse el estómago derramándose entre sus costillas astilladas. Una rápida inspección revela únicamente un corte superficial, una nadería que se le habría clavado en algún momento de la huida.

Mientras camina hacia los cuarteles generales de su unidad, ubicados en el centro de la ciudad, observa que el cielo empieza a oscurecerse. Varias gotas de lluvia le caen en la frente, le hacen sentir su propio calor al evaporarse. Cuando se toca el costado, su mano queda limpia de sangre y Flecha se pregunta qué significará que la nimiedad de su herida no le proporcione ninguna sensación de alivio.

Kenan

Otro día acaba de comenzar. La luz se cuelga con esfuerzos en el apartamento, donde encuentra a Kenan en su cocina, alargando una mano hacia la jarra de plástico que contiene el último cuarto de litro de agua de la familia. Su movimiento es lento y rígido. Kenan se ve más como un anciano que como el hombre que pronto celebrará su cuadragésimo cumpleaños. A su esposa, Amila, que está durmiendo en la sala de estar porque es más segura que el dormitorio, que da a la calle, le ocurre lo mismo. Como a él, se le ha escapado la madurez. Acaba de cumplir los treinta y siete, pero parece mayor de cincuenta. Tiene el pelo fino y la piel le cuelga flácida la carne, sólo sugiriendo a la antigua mujer que, Kenan lo sabe, nunca fue. Al menos sus niños, de momento, siguen siendo niños. Y, como todos los niños, claman contra las limitaciones que se les imponen; quieren ser mayores y desean que las cosas sean diferentes. Saben lo que está pasando, pero no acaban de entenderlo. Han aprendido a vivir con ello. Tal vez, sospecha Kenan, es por eso por lo que no se vuelven viejos.

Ha pasado un mes desde la última vez que la familia tuvo electricidad más de unas pocas horas, e incluso más tiempo desde que tuvo agua corriente. Mientras que la vida es más difícil sin electricidad, es imposible sin agua. Por ello, cada cuatro días Kenan reúne su colección de envases de plástico y desciende la colina, recorre el casco viejo de la ciudad, cruza el río Miljacka y asciende las colinas que llevan a Stari Grad, a la destilería, uno de los únicos sitios en la ciudad donde aún se puede conseguir agua potable. Ocasionalmente, es posible encontrar fuentes más cerca y él las vigila, pero son poco fiables y con frecuencia peligrosas. No quiere sobrevivir a los hombres de las montañas para morir víctima de un parásito del agua, una posibilidad que considera real y que asfixia a una ciudad que ya no dispone de un sistema de alcantarillado en condiciones. El agua de la destilería procede de manantiales subterráneos, y él considera que bien merece la pena arriesgarse a recorrer esa distancia adicional.

Con todo el sigilo de que es capaz, Kenan coge la última jarra de agua y cruza el pasillo en dirección al cuarto de baño. Su mano acciona el interruptor de la luz, un reflejo vestigio de tiempos previos. La bombilla que cuelga del techo parpadea y cobra vida. Kenan prende una cerilla y enciende el tocón de vela que

reposa en un costado del lavamanos, bajo el espejo. Tapa el desagüe y vierte el cuarto de litro de agua. Se moja la cara, el frío le sorprende. Frota con ambas manos una pequeña pastilla de jabón y se aplica la espuma en las mejillas, el cuello, el mentón y el labio superior. La cuchilla inicia una cantinela rítmica, *scrach scrach, splash*; sus pupilas se contraen a la luz mientras él observa sus progresos. Cuando acaba, vuelve a mojarse la cara y se seca con una toalla acartonada que cuelga sobre el retrete. Apaga la vela y se sorprende al ver que la luz no desaparece del cuarto de baño. Tras varios segundos de desconcierto, cae en la cuenta de que la electricidad ha vuelto, de que la bombilla que cuelga sobre él brilla, y casi sonríe por su error antes de comprender la relevancia de ello. Se ha acostumbrado a un mundo donde uno se afeita a la luz de una vela con jabón y agua fría. Es algo que se ha vuelto normal.

Aun así, hay electricidad y, dado que eso ya no es normal, sale del baño a toda prisa y va a despertar a su mujer, que querrá que los niños se levanten para aprovecharla al máximo. Imagina un desayuno cocinado y caliente, y ver la televisión al calor de la estufa. La emoción de los niños será contagiosa mientras se rían con alguna de sus series de dibujos animados. La luz colmará todas las habitaciones y ahuyentará la penumbra perpetua que habita en los rincones. Aunque no dure mucho, les alegrará, y el resto del día sus rostros estarán cansados de tanto sonreír. Pero al salir del baño oye un clic revelador, y cuando se da la vuelta comprueba que la luz se ha apagado. Prueba con la del pasillo y confirma lo que ya sabe. Vuelve a la cocina. Ya no hay motivo para despertar a su familia.

Se sienta a la mesa e inspecciona uno por uno los seis envases de plástico que llevará consigo. Comprueba que no se haya abierto en ellos ninguna grieta desde la última vez que fueron vaciados, se asegura de que todos tengan su tapón correspondiente. Guarda dos de reserva por si tiene que reemplazar alguno. Decidir cuánta agua puede cargar uno se ha convertido en algo parecido a un arte en esta ciudad. Si se carga poca, habrá que repetir la tarea más a menudo. Cada vez que uno se expone a los peligros de las calles, corre el riesgo de caer herido o morir. Pero cargando con demasiada, se pierde la capacidad de correr, agacharse, sumergirse, cualquier acto que requiera salir del camino del peligro. Kenan se ha decidido por ocho recipientes. Los seis de su casa contendrán unos veinticuatro litros de agua. Dos más serán para la señora Ristovski, la anciana vecina de abajo.

Mientras verifica que las seis garrafas están en buenas condiciones, oye a su esposa levantarse de la cama. Se apoya en el vano de la cocina y se frota el sueño de los ojos.

—Ha sido una noche tranquila —dice él—. La cosa no estará demasiado mal ahí fuera.

Ella asiente. Los dos saben que una noche tranquila en modo alguno garantiza un día tranquilo, pero Kenan se alegra de que ninguno lo diga.

Su mujer entra en la cocina y se acerca a él. Le posa una mano en la cabeza y la mantiene allí un rato antes de dejarla caer suavemente hasta el hombro, dándole

un leve tirón de oreja por el camino.

—Ten cuidado.

Kenan sonríe. No son tanto sus palabras lo que le transmiten tranquilidad sino el hecho de que aún las pronuncie. Ella sabe tan bien como él que no existe eso de tener cuidado, que los hombres de las montañas pueden matar a cualquiera, en cualquier parte, siempre que quieran, y que la suerte, el destino o lo que sea que decide quién vive y quién no, no ha favorecido en el pasado a aquellos de los que podría decirse que tuvieron cuidado. Las probabilidades pueden castigar a quienes actúan con imprudencia, pero parecen las mismas para todos los demás. Aun así, hubo un tiempo en que, razonablemente, una persona podía comportarse con cautela por su propio bien, y él agradece que su esposa siga de cuando en cuando dispuesta, por el bien de su cordura, a invocar el recuerdo de aquellos tiempos.

Él ve que mira las garrafas y las cuenta.

—¿La señora Ristovski?

—Sí.

Ella frunce el entrecejo y se aparta un mechón de los ojos. Luego suaviza su semblante y retrocede un paso. —Pronto vas a necesitar un abrigo nuevo.

—Iré a comprar uno cuando salga —dice él—. ¿Quieres que te traiga unos zapatos?

Ella sonríe. Kenan le devuelve la sonrisa. Se alegra de ser capaz aún de hacerla sonreír.

—No —dice ella—, pero sí aceptaría un gorro, si tienes tiempo.

—Por supuesto —dice él—. Supongo que de visón, ¿no?

Los niños ya se han despertado y ella le da un beso rápido en la mejilla antes de ir a verles.

—Deberías irte ya, antes de que te vean y pierdas una hora con tus chistes.

Cuando la puerta del apartamento se cierra a su paso, apoya la espalda contra ella y se desliza hasta el suelo. Siente las piernas pesadas; las manos, frías. No quiere irse. Lo que quiere es volver adentro, reptar a la cama y dormir hasta que la guerra acabe. Quiere llevar a su hija pequeña a un parque de atracciones. Quiere sentarse a esperar, ansioso, a que su hija mayor vuelva de ver una película con un chico que no acaba de gustarle. Quiere que su hijo, el mediano, de sólo diez años, piense en cualquier cosa que no sea cuánto tiempo va a tener que esperar para poder alistarse al ejército y luchar.

Ruidos amortiguados le llegan desde el interior del apartamento, y le preocupa que alguno de los niños abra la puerta. No deben verle así. No deben saber lo asustado que está, lo inútil que se siente, lo impotente que se ha vuelto. Si hoy no regresa a casa, no quiere que le recuerden sentado en el rellano, temblando como un perro mojado y aterrado.

Se obliga a levantarse y coge las garrafas. Las ha atado por las asas con un trozo de cuerda y, aunque voluminosas, son ligeras y fáciles de cargar cuando están vacías. Luego, cuando estén llenas, será más duro, pero ya se preocupará por eso

entonces. Kenan sabe que se está debilitando, como casi todos los demás en la ciudad, y se pregunta si llegará el día en que ya no sea capaz de cargar con suficiente agua para su familia. Entonces, ¿qué? ¿Tendrá que llevar consigo a su hijo, como muchos otros hacen? Él no quiere. Si le matan, no quiere que nadie de su familia lo presencie, con el mismo fervor que quisiera que sus rostros fueran lo último que él viera. Y si los matan a los dos, a él y a su hijo, sabe que su esposa nunca se recuperaría. De pensar en lo que podría ocurrir si sólo muriera su hijo, volvería a desplomarse. Baja la escalera que lleva a la planta principal y llama a la puerta del apartamento de la señora Ristovski. Al no oír indicio de movimiento dentro, vuelve a llamar con mayor insistencia. Al fin la oye y espera a que abra la puerta.

La señora Ristovski lleva en ese edificio casi toda la vida, o al menos eso asegura ella. Dado que cuenta ya con más de setenta años y el edificio fue construido poco después de la Segunda Guerra Mundial, Kenan sabe que no puede ser cierto, pero no tiene intención de discutir. La señora Ristovski cree lo que cree, y los meros hechos no la convencerán de lo contrario.

Cuando Kenan y su mujer se mudaron al edificio, su hija mayor acababa de nacer. La señora Ristovski se quejaba a todas horas del llanto de la niña y, como padres recién estrenados que eran, ellos escucharon sus críticas y sus consejos, por deferencia a la sabiduría de alguien mayor y con más experiencia. Al cabo de un tiempo, sin embargo, concluyeron que no era el llanto lo que la irritaba. Kenan empezó a sospechar que el bebé se había convertido en una especie de diana de todo su descontento. Aunque molesto por sus repetidas intrusiones en sus vidas, Kenan toleró a la señora Ristovski, a menudo pese a las objeciones de su mujer. Había algo en su ferocidad que él admiraba, aunque no le gustara demasiado.

Tras estallar la guerra, la señora Ristovski llamó a su puerta y, cuando Kenan la abrió, ella le empujó a un lado y entró. Su esposa no estaba, pero la señora Ristovski no pareció apercibirse. Se sentó en el sofá del salón mientras él hacía café. Kenan lo llevó al salón en una bandeja de plata que dejó en la mesita que había frente a la mujer, pero ella no lo tocó.

—¿Tienes algún licor? —preguntó, apartando la bandeja.

—Sí, claro —contestó él. Sirvió una generosa copa para cada uno.

La señora Ristovski apuró la suya de un trago. Kenan advirtió que el color de su cuello ondulado se intensificaba, y luego volvía a desvanecerse.

—Bien —dijo ella—, esto será mi fin.

—¿El qué? —preguntó él, creyendo que se refería al licor.

—Esta guerra. —Le miró a los ojos. Él hizo lo imposible por no posar la mirada en el gran lunar que la mujer tenía en la sien, intentó no preguntarse si acaso no había aumentado de tamaño. Ella sacudió la cabeza—. Tú nunca has vivido una guerra. No tienes ni idea de lo que será.

—No durará mucho —dijo él—. El resto de Europa hará algo para impedir que la situación se agrave.

Ella resopló.

—Para mí, eso será lo de menos. Soy demasiado vieja para hacer las cosas que uno tiene que hacer durante una guerra si quiere sobrevivir.

Kenan no estaba seguro de a qué se refería. Sabía que había estado casada justo antes de la última guerra y que a su marido lo habían matado en los primeros días de la invasión alemana.

—Es probable que esta vez no sea tan malo —dijo él, y lo lamentó de inmediato, sabedor de que no era verdad.

—No tienes ni idea —repitió ella.

—Bien —dijo él—. Yo la ayudaré. Todos los vecinos del edificio nos ayudaremos. Ya verá.

La señora Ristovski cogió la taza de café y tomó un sorbo. No miraba a Kenan, evitaba ver su sonrisa.

—Ya veremos —repuso.

Pocas semanas más tarde, después de que los hombres de las montañas cortaran el suministro de agua a la ciudad, ella volvió a presentarse ante su puerta mientras él se preparaba para embarcarse en su primer viaje a la destilería. Llevaba dos botellas de plástico en las manos. Las empujó hacia él.

—Una promesa es una promesa —dijo.

Luego se dio la vuelta y regresó a su apartamento, dejando a un atónito Kenan en el vano de su puerta. Pero no pudo negarse. La persona que quería ser no podía negarse.

La puerta del apartamento de la señora Ristovski se abre unos centímetros, lo justo para permitirle ver por el resquicio.

—¿Qué? Es temprano.

—Voy a buscar agua. —No estaba dispuesto a seguirle el juego. De todos es sabido que se levanta con el sol. Es probable que ya lleve una o dos horas en pie, y Kenan recuerda al menos media docena de ejemplos en los últimos meses en que ella ha llamado a su puerta a una hora aún más temprana que aquélla.

La puerta se cierra.

—¿Señora Ristovski? No volveré a ir hasta dentro de unos días.

La oye trastear dentro, mascullar maldiciones, y luego la puerta vuelve a abrirse, esta vez bastante más. Le tiende las dos botellas de agua con sequedad, y las sacude al ver que él tarda unos segundos en cogerlas.

Kenan las mira.

—No tienen asa.

Son de la clase de botellas en las que se venden los refrescos, de dos litros cada una. Lleva semanas pidiéndole que las cambie por otras con asa, para poder atarlas a sus garrafas. Incluso se ha ofrecido a darle dos de las suyas, las de repuesto.

—Éste es el agua que necesito. Si cambio estas botellas por otras, es probable que no tenga suficiente.

—Las otras son más grandes. —Él se las enseña, pero ella no las acepta.

—No eres una taza medidora humana —dice mientras cierra la puerta.

Kenan se queda en el rellano y oye el eco del portazo en la escalera. Tantea la idea de dejar las botellas de la anciana frente a su puerta, o incluso de tirar la toalla. Sin duda, ella moriría en pocos días sin agua. Podría darle una lección. Es un pensamiento agradable pero absurdo. Por mucho que lo lamente, ella tiene razón: le hizo una promesa. Mira las botellas de plástico que tiene en las manos, sacude la cabeza, abre la puerta del edificio y sale a la calle.

Dragan

No hay modo de saber qué versión de una mentira es la verdad. Ahora, después de todo lo que ha ocurrido, Dragan sabe que el Sarajevo que él recuerda, la ciudad en la que creció, de la que estaba orgulloso y con la que era feliz, es probable que jamás haya existido. Si mira a su alrededor, le resulta difícil ver lo que en un tiempo hubo, o lo que quizá hubo. Cada vez tiene más la impresión de que nunca hubo nada allí salvo los hombres de las montañas, con armas y bombas. De algún modo, esta opción tampoco le parece cierta, aunque sólo es una más. Esto es lo que Dragan recuerda de Sarajevo. Altas montañas daban paso a un valle. En la llanura del valle, el río Miljacka dividía la ciudad longitudinalmente. En la mitad izquierda, las colinas del sur conducían al monte Trebevič, donde tuvieron lugar varios de los eventos alpinos en los Juegos Olímpicos de Invierno de 1984. Yendo hacia el oeste, se veían barrios como el Stari Grad, Grbavica, Novi Grad, Mojmiló, Dobrinja y, por último, Ilidža, donde había un parque lleno de árboles, arroyos y un estanque con una especie de caseta de perro donde vivían cisnes. Se pasaba junto a la Academia de Bellas Artes, el complejo deportivo y comercial de Skenderija, el estadio de fútbol de Grbavica, la pastelería Palma, la redacción del periódico *Oslobođenje*, el aeropuerto y el asentamiento de Butmir, donde vivieron los seres humanos del Neolítico, hace cinco mil años.

Desviándose luego hacia el norte, al otro lado del río, y retomando la dirección de origen, por la mitad derecha hacia el este, se cruzarían barrios como Halilovići, Novo Sarajevo, Marindvor, Koševo, Bjelave y Bašćaršija. Se podría haber tomado el tranvía, que transita por el centro de la calle principal hasta alcanzar el casco viejo. Allí formaba un meandro, al oeste del río, dejaba atrás el edificio del Parlamento, el del Cantón de Sarajevo, el de Correos, el teatro, la universidad y luego, en el viejo ayuntamiento, que albergaba la biblioteca, viraba hacia el norte, dejaba atrás el mercado Markale y el parque Veliki, hasta que conectaba con la línea principal. Desde allí se podía ir al norte, al Koševo Stadium, donde tuvieron lugar las ceremonias de inauguración y clausura de los Juegos Olímpicos, o al hospital, que estaba justo al otro lado de la calle.

Sarajevo era una ciudad fantástica para caminar. Era imposible perderse. Y, si uno no sabía dónde estaba, sólo tenía que bajar por la pendiente hasta encontrar

el río, y una vez allí la ubicación sería obvia. Si uno se cansaba, podía sentarse en una cafetería y tomar un café, o, si tenía hambre, parar en alguno de los pequeños restaurantes y degustar un pastel de manzana. La gente era feliz. La vida era buena. Así es, al menos, como Dragan la recuerda. Podría ser, piensa, que todo sea producto de su imaginación. Ahora, lo sabe, no se puede caminar de un extremo al otro de la ciudad. El barrio de Grbavica está completamente controlado por los hombres de las montañas, e incluso acercarse a él sería un acto suicida. Lo mismo ocurre en Dobrinja, si bien no ha caído, suele estar aislado del resto de la ciudad y es, como muchos otros lugares, extremadamente peligroso. Skenderija arde lentamente, como también el edificio de Correos, el del Parlamento y el del Cantón, la sede del *Oslobođenje* y la biblioteca. El Koševo Stadium ha quedado reducido a cenizas y sus campos se están empleando para enterrar a los muertos. Los trenes ya no funcionan. Las calles están llenas de escombros, furgones y cemento apilado en los cruces en un intento de frustrar las intenciones de los francotiradores de las montañas. Salir a la calle es aceptar la posibilidad de morir asesinado. Por otra parte, Dragan lo sabe, lo mismo puede decirse de la opción de quedarse en casa.

Todos los días, el Sarajevo que cree recordar se le escurre un poco más, como si intentara retener agua con las dos manos en forma de cuenco, y cuando esto ocurre se pregunta qué quedará al final. No está seguro de lo que será vivir sin recordar cómo era antes la vida, de lo que era vivir en una ciudad hermosa. Al estallar la guerra, él intentó combatir la pérdida de la ciudad, intentó conservar intacto cuanto pudo. Cuando miraba un edificio, intentaba verlo como había sido, y cuando miraba a alguien a quien conocía, intentaba obviar los cambios que percibía en su apariencia o su conducta. Pero con el paso del tiempo, empezó a ver las cosas como eran ya, y un día supo que había dejado de combatir la desaparición de la ciudad, incluso en su memoria. Lo que vio a su alrededor era su única realidad.

Hoy ya lleva alrededor de una hora en la calle, intentando dirigirse hacia el oeste desde donde vive, en el centro de la ciudad, colina arriba desde el mercado al aire libre. Está intentando llegar a la panadería de la ciudad, donde trabaja. Ha trabajado allí desde hace casi cuarenta años y, de no haber sido por la guerra, tal vez se estaría planteando jubilarse. Dragan sabe que es extremadamente afortunado por conservar su empleo y por disfrutar de la exención del servicio militar obligatorio que éste conlleva, aunque la exención signifique poco para las bandas de matones en busca de nuevos reclutas. Casi todos los habitantes de la ciudad están ahora en paro y, aunque a él raramente *le* pagan con dinero, lo cual de todos modos sería bastante inútil, si lo hacen en pan, para que se lo lleve a casa, y si va a la cafetería para los empleados, puede comer gratis, tanto si está trabajando como si no. De modo que, aunque hoy no trabaja, va de camino a la panadería para comer, porque si come allí ya no tendrá que comer en casa.

Su casa es un apartamento de tres habitaciones en Mejtaš, al norte del casco viejo, que comparte con su hermana pequeña y la familia de ésta. Dragan antes vi-

vía en lo que consideraba un bonito apartamento del barrio de Hrasno, justo al oeste de Grbavica. Ahora está justo en la línea de combate. La última vez que lo vio, una granada había destruido por completo el interior, y está bastante seguro de que el edificio ya no debe de existir. En cualquier caso, no era posible quedarse allí, y él sabe que jamás volverá.

Dragan consiguió sacar a su esposa, Raza, y a su hijo de dieciocho años de la ciudad antes de que la guerra estallara, y ahora están, cree, en Italia. No ha tenido noticia de ellos en tres meses y no sabe si volverá a tenerla. Una parte de él no quiere saber de ellos hasta que la guerra acabe. Ha oído hablar de mujeres que envían los papeles del divorcio desde el extranjero, y no está seguro de que pudiera soportar algo así. Tiene sesenta y cuatro años, parece más un abuelo que un padre. Aunque su matrimonio nunca fue perfecto, su mujer y él llevaban una vida cómoda para ambos, si bien ella era seis años más joven que él y había tenido a su hijo, Davor, tarde, a los cuarenta. Hasta entonces habían creído que no podían tener hijos.

Confía en que, estén donde estén, su mujer y su hijo sean felices. Se alegra de que no tengan que compartir el piso de su hermana. Dragan y su madrastra nunca se llevaron bien y, aunque ninguno lo admitiría, tanto él como su hermana preferirían pasar mucho menos tiempo juntos del que pasan. Pero el pan que Dragan lleva a casa le hace imprescindible, y el techo que le proporcionan le atrapa allí.

La panadería no está lejos de la casa de su hermana, quizá a unos tres kilómetros. En condiciones normales, sería un paseo de cuarenta y cinco minutos. Ahora tarda hora y media en llegar, si se apresura. No obstante, hoy está fuera esencialmente por estar fuera, y se lo está tomando con calma. Ha mantenido un ritmo pausado casi todo el camino, con la excepción de la parte de la calle principal que cruza el puente Vrbanja, un punto especialmente peligroso. Allí corrió como alma que lleva el diablo, intentando no pensar en si estaba en el punto de mira de alguien. Se encuentra en la calle principal, por la que solían transitar los tranvías. En la acera sur se han improvisado barreras que protegen a los coches y a los peatones de las colinas del sur, aunque aún quedan muchos huecos por los que los francotiradores pueden colar una bala. Ha oído que los extranjeros llaman a esta calle Callejón de los Francotiradores, una exageración a ojos de cualquiera; como si hubiese alguna calle impenetrable para los hombres de las montañas, como si precisamente esa calle mereciera un nombre especial. Pero, obviamente, ésta es la ruta que toman los extranjeros que se dirigen del aeropuerto al Holiday Inn, por lo que debe de parecerles particularmente peligrosa. Aun así, seis carriles de asfalto y una mediana para los tranvías no le inspira mucho a Dragan la imagen de un callejón.

Dobla hacia el norte, abandonando la calle principal, por la que, si continúa, se aproximará en exceso al territorio enemigo. Este tramo de la calle está muy vigilada por los defensores, pero eso nunca ha disuadido a ningún francotirador en el

pasado y él no alberga ilusiones de que algún día lo haga.

Enfila otra calle concurrida, la preferida de muchas personas que tienen que cruzar la ciudad. Al llegar a otro de los cruces principales, entre los cuarteles de Marshal Tito y la torre Energoinvest, ambos prácticamente destruidos por completo, Dragan se prepara para correr. Éste es uno de los cruces más peligrosos de la ciudad. Sólo cuatrocientos metros al sur se encuentra el puente Fraternidad y Hermandad, que separa el flanco derecho de la ciudad del ocupado barrio de Grbavica.

A su izquierda hay ocho furgones, apilados de dos en dos. A su derecha están las vías del tren. Al final de la calle está la torre Energoinvest. Hace unos años era uno de los edificios de oficinas más altos de la ciudad. Ahora está en ruinas, arrebatado a la existencia por medio de bombas. Todo a su alrededor tiene un particular tono grisáceo. No está seguro de su origen, si siempre estuvo allí y la guerra ha arrancado la capa de color que la ocultaba, o si ese gris es el color de la guerra en sí. En cualquier caso, confiere a toda la calle una apariencia lóbrega.

Unas veinte personas esperan para cruzar. Algunas salen y echan a correr como si hubiese una nube de tormenta sobre este lado de la calle y no quisieran mojarse más de lo imprescindible. Casi parece algo rutinario para ellas. O al menos ésa es la impresión que le da a Dragan. Cubren esa carrera breve y frenética, y luego siguen andando como si no hubiera pasado nada.

Dragan es uno de los que esperan tras la protección de un muro de cemento a ver una señal o a percibir una sensación que le indique que puede cruzar. Nunca está seguro de qué es lo que le inspira la certeza, pero, tarde o temprano, siempre sabe que ha llegado el momento de cruzar. Sigue vivo, por lo que deduce que, sea lo que sea lo que está haciendo, debe de ser correcto.

Desde el estallido de la guerra, Dragan ha visto morir a tres personas a manos de los francotiradores. Lo que más le sorprendió es lo deprisa que ocurre. Están caminando o corriendo por la calle y de pronto caen de forma tan abrupta como si fueran marionetas y el titiritero se hubiera desmayado. En cuanto caen, se produce un denso estallido de disparos y todo el mundo busca refugio. Tras varios minutos, no obstante, las cosas parecen volver a lo que ahora se considera la normalidad. Se recuperan los cuerpos, si es posible, y se traslada a los heridos. Nadie tiene modo de saber si el francotirador que disparó sigue allí o si se ha movido, pero todos se comportan como si se hubiera marchado hasta la siguiente vez que dispara, y entonces el ciclo se repite. Para Dragan no existe gran diferencia entre que el disparo acierte en el blanco o no. Tal vez existió al principio, meses y meses atrás, pero ahora ya no. Ahora la gente está acostumbrada a ver a otras personas recibiendo un tiro. De las tres a las que Dragan ha visto morir, dos recibieron un impacto en la cabeza y murieron en el acto. A la tercera la alcanzaron en el pecho y luego, un minuto más tarde, en el cuello. Fue una muerte mucho peor. Dragan teme morir, pero lo que más teme es el tiempo que podría transcurrir entre el disparo y la muerte. No sabe cuánto se tarda en morir cuando le disparan a

uno en la cabeza, si es una muerte instantánea o si se conserva la conciencia unos segundos, y se muestra escéptico ante quienes aseguran saberlo. En cualquier caso, es mucho mejor que tragar aire como un pez en el fondo de un barco, ver la propia sangre derramándose en el suelo y pensar lo que sea que la gente piensa cuando ve que le llega el final.

Está en el cruce y no puede seguir avanzando sin exponerse a las colinas. Hay un reducido grupo de personas arremolinadas en la acera, ninguna de ellas cruza, ninguna de ellas retrocede. Todas miran cuando un hombre se aventura al asfalto desde la acera de enfrente. El hombre se encorva levemente mientras corre, con un cigarrillo colgando de la boca. Dragan reconoce a ese hombre. Se llama Amil y trabaja, o trabajaba, en el quiosco que hay, o había, delante del antiguo edificio de Dragan. Dragan no le había visto desde que estalló la guerra, ni siquiera había pensado en él.

Cuando Amil alcanza la otra acera, deja de correr y mete las manos en los bolsillos de los vaqueros. Lleva alzada una de las solapas de la chaqueta de cuero y el pelo más corto de lo que Dragan recuerda. Amil está a sólo unos metros de él y si alza la mirada le verá. Dragan se da la vuelta, se coloca de cara al muro, como examinándolo, y espera a que Amil pase. Parece que Amil no le ha visto.

Cuando Amil se ha alejado ya, Dragan piensa en lo que acaba de hacer y por un momento se siente culpable. Siempre le ha gustado Amil, hablaba con él muy a menudo. Pero eso era antes de la guerra. Si ahora tuviesen que hablar, sólo se recordarían mutuamente lo mucho que se ha perdido, lo diferentes que son las cosas. Y aunque no hay nadie en toda la ciudad a quien Dragan pueda mirar sin recibir ese mismo mensaje, de algún modo resulta más doloroso verlo en otro ser humano a quien se conoce antes.

Ha dejado de hablar con sus amigos, no visita a nadie, evita a aquellos que van a visitarle. En el trabajo dice tan poco como puede. Tal vez esté aprendiendo a soportar la destrucción de los edificios, pero la destrucción de la vida le supera. Si le van a arrebatar a las personas, por medio de la muerte o de la transformación de su personalidad, lo cual las convierte en extrañas, prefiere mantenerse alejado de ellas.

Delante, una pareja decide que ha llegado el momento de cruzar. Un hombre y una mujer de treinta y pocos, calcula. La mujer lleva un vestido de flores que le recuerda a las cortinas de la casa donde creció. Van agarrados de la mano, pero en cuanto pisan el asfalto se sueltan y caminan más deprisa, sin llegar a correr.

Cuando ya han cubierto una tercera parte del camino, una bala rebota en el asfalto frente al hombre, y Dragan oye el crujido de un rifle. La pareja duda, no saben si retroceder o seguir adelante. Entonces el hombre toma una decisión: coge a la mujer de un brazo y tira de ella hacia él. Ahora corren en dirección a la otra acera. Están a punto de alcanzarla cuando el francotirador vuelve a disparar, pero o ellos tienen suerte o el francotirador comete un error, porque el titiritero sigue en pie y ambos llegan al otro lado de la calle.

Las personas que tiene alrededor resoplan aliviadas, en parte porque la pareja lo ha conseguido, en parte porque ya no tienen que preguntarse si el cruce estará vigilado hoy. Saber dónde está el peligro transmite una extraña sensación de alivio. Resulta mucho más fácil enfrentarse a ella que a la de estar a merced de un funesto destino, de no saber en qué dirección están disparando los hombres de las montañas. Al menos ahora lo saben. Durante varios minutos, nadie se aventura a cruzar, pero Dragan está seguro de que alguien acabará arriesgándose, y después alguien más, hasta que todos los que habían presenciado los disparos se hayan marchado, y aquellos que lleguen ni siquiera sepan de la pareja que se ha salvado de milagro.

No obstante, el francotirador volverá a disparar, si no aquí, en algún otro lugar, y si no lo hace él, lo hará algún otro, y todo volverá a ocurrir, como una manada de gacelas volviendo al abrevadero después de que una de las suyas haya sido devorada allí.

Dos

Kenan

El descenso por la colina en dirección al casco viejo de la ciudad habría inaugurado el día de Kenan con o sin guerra. Hasta hace poco, trabajaba como auxiliar administrativo en una gestoría, pero el edificio está ahora derruido y, en cualquier caso, tampoco habría ningún trabajo que hacer. Si se esfuerza, no obstante, si controla lo que ve y piensa, si olvida los recipientes que lleva para el agua, consigue, a lo largo de las primeras manzanas, engañarse imaginando que tan sólo va camino del trabajo. Quizá almuerce con alguno de sus compañeros. Quizá se siente en el parque Veliki con un café. Podría tomarle el pelo a su amigo Goran, que, inexplicablemente, es aficionado del Chelsea Football Club, con respecto a alguna derrota en un partido reciente.

Sin embargo, pronto llegará a la pronunciada curva en la que están ubicados los contenedores de basura del barrio. Ya no son visibles bajo la creciente montaña de desperdicios, inspeccionados a diario en busca de cualquier cosa de un mínimo valor. En cuanto los ve, es incapaz de obviar los coches volcados y los edificios con las tripas a la vista. No puede evitar oír los disparos en la distancia, y recuerda que el parque Veliki es una de las zonas más peligrosas de la ciudad. Lleva meses sin ver a Goran, y sospecha que está muerto.

Sigue bajando. Si alza la mirada puede ver las montañas del sur. Se pregunta si los hombres allí apostados alcanzarán a verle. Imagina que es posible. Unos binoculares mínimamente decentes permitirían avistarlo, un hombre delgado y de aspecto joven ataviado con un abrigo marrón y raído, y con dos racimos de garrafas de plástico. Podrían matarle en ese mismo instante, supone. Pero, de nuevo, ya podrían haberle matado en multitud de ocasiones, y si no le matan ahora tendrán más oportunidades en *el* futuro. No sabe por qué algunas personas mueren y otras no. No tiene idea de cómo eligen los hombres de las montañas, y cree que prefiere no saberlo. ¿Qué opinaría él al respecto? ¿Se sentiría halagado si no le escogieran u ofendido por no ser un blanco digno a sus ojos?

Kenan está flanqueado por edificios de apartamentos de cinco plantas. Ninguno de ellos se ha librado de los destrozos, aunque a este barrio le ha ido mucho mejor que a otros. A su lado hay un sedán Volkswagen verde que ha sido alcanzado por un mortero. Da la impresión de que lo haya aplastado un pulgar

inmenso, de que está hecho de plastilina. Tiene el parabrisas reventado y la puerta del conductor arrancada. Kenan cree que el coche es de un hombre que vive en la segunda planta del edificio que hay al otro lado de la calle. No es fácil saberlo. El hombre no dijo nada de que le hubieran destrozado el coche la última vez que Kenan lo vio, pero ésa ya no es de las cosas que se comentan.

A su izquierda se halla el centro de ayuda, ubicado en la planta baja de un edificio sin ascensor de la época de la posguerra, en el que antes había un mercado de alimentos. Las puertas están cerradas pero él se acerca, con la esperanza de encontrar alguna información sobre la fecha para la que se espera la llegada del próximo convoy con provisiones. A menudo cuelgan notas anunciando los productos que habrá disponibles, para que la gente sepa qué tipo de bolsas y recipientes deberá llevar. Al aproximarse ve que no hay ningún anuncio. Han pasado semanas desde la última remesa de ayuda, quizá más de un mes.

Vuelve a la calle y ve a un hombre que conoce, un soldado. Ismet sonríe, cambia de dirección y se encamina hacia él. Tienen aproximadamente la misma edad y han sido amigos durante más de una década. Cuando la guerra estalló, Ismet fue de los primeros en alistarse al ejército. Antes trabajaba como taxista, pero le destrozaron el coche y ahora recorre a pie los casi ocho kilómetros que le distan de las líneas de combate del norte, que están junto al repetidor de televisión. Suele pasar cuatro días en el frente y luego vuelve para pasar otros cuatro días en casa, para estar con su mujer y su hija, que aún es un bebé. A veces, entrada la noche, va a casa de Kenan y le habla de los combates. Le ha contado que compartió un arma con otro hombre, que tenían veinte balas, que su misión consistía en impedir que tres tanques siguieran avanzando por la carena de las montañas. Ellos sabían que si los tanques avanzaban, no podrían hacer nada. Sus balas se acabarían en un santiamén, y de todos modos serían inútiles. Pasaron toda la noche aterrados, estremeciéndose con cada ruido que oían. Cuando la mañana llegó, Ismet se sintió más feliz que nunca, y su amigo también. Ese mismo día, más tarde, mientras dormían en un búnker improvisado muy próximo al frente, un mortero estalló a pocos metros de ellos y el amigo de Ismet murió víctima del impacto. Ismet *le* refirió todo esto a Kenan sin la menor expresión en la cara, pero al acabar sonrió y se rió un poco. Cuando Kenan *le* preguntó por el motivo, Ismet le miró como si no hubiera escuchado nada de lo que le había narrado. «Sobrevivió toda la noche —dijo—. Eso era todo cuanto habíamos deseado. Se nos concedió y eso nos hizo felices. Si vivíamos unas cuantas horas más u otros cincuenta años no importaba».

En momentos como éstos Kenan se pregunta por qué no consigue reunir el valor suficiente para alistarse en el ejército. Hasta ahora ha conseguido evitar el reclutamiento, ha esquivado a los hombres que recorren la ciudad atrapando a reclutas reacios. Estará a salvo mientras conserve las garrafas de agua, y aún nadie es lo bastante audaz para interrumpir esta vital misión civil. Pero no sabe cuánto durará, cuánto tiempo pasará antes de que llamen a su puerta y él acabe con un arma en las manos. Es cierto que ya no es tan joven, aunque sí lo suficiente. Es

cierto que su forma física es precaria, que tiene tres hijos de los que cuidar y que no posee conocimientos ni destrezas de utilidad para el ejército. Pero le cogerían. Hombres mucho mayores, con familias más numerosas y en peores condiciones para combatir se han alistado. Pero Kenan no. Y sabe la verdadera razón.

Tiene miedo de morir. Podría morir en cualquier momento, esté o no en *el* ejército, pero tiene la impresión de que, como civil, sus probabilidades de caer son menos, y que si le matan sería injusto, mientras que para un soldado la muerte forma parte del trabajo. Si acaba en el ejército, sabe que tarde o temprano tendrá que matar a alguien. Y, temeroso como está de morir, aún lo está más de matar. No cree que pudiera hacerlo. Sabe que quiere, a veces, y que en el otro bando hay hombres que, sin duda, merecen morir, pero no cree que pudiera hacerlo, llevar a cabo la mecánica física que requiere. Se necesita coraje para matar a otro ser humano, y él no lo posee. Un hombre que apenas es capaz de dejar a su familia para ir a buscar agua podría no sin derrumbarse al otro lado de la puerta de casa no podría hacer lo que Ismet hace.

Kenan no está seguro de si Ismet percibe esta tensión que habita en él. Nunca la ha exteriorizado, nunca ha sabido bien cómo hacerlo, y a medida que el tiempo pasa, el hecho de que Ismet esté luchando para salvarlos a todos y Kenan no se va haciendo más y más grande.

Hoy Ismet parece especialmente cansado. Su casaca verde, con la insignia cosida por su esposa, está cubierta de barro, y lleva barba de varios días. Una herida reciente le ha provocado una leve cojera, más evidente por su gran estatura. Lleva el pelo más largo de lo habitual, pero aún con el mismo color del carbón. Las bolsas de sus ojos recuerdan a Kenan a un sabueso, de la raza que persiguen a fugitivos en las películas.

Los dos hombres se abrazan y Kenan se alegra de ver a su amigo. No quiere admitirlo, pero siempre espera y teme el día en que Ismet no vuelva.

—¿Cómo va todo?

Ismet esboza una sonrisa irónica.

—Como los demás quieren que vaya. —Señala con un gesto el centro de ayuda—. ¿Alguna noticia? Kenan sacude la cabeza.

—Confiaba en que esta vez hubiera carne. Tal vez un buen filete, o cordero. Es una broma recurrente entre ambos.

—Bah. No necesitas eso. Si quieres carne, cómete un ciempiés. Tendrás todos los pies que tu estómago pueda digerir.

Se saca un paquete de cigarillos del bolsillo y se lo ofrece a Kenan.

Kenan rehúsa la invitación. Aunque le gustaría fumar, sabe que es probable que Ismet sólo tenga esa cajetilla, quizá una más, gentileza del ejército en lugar de una paga, y cuando se le acaben, querrá más. Kenan ha dejado de fumar, considerándolo un lujo que no puede permitirse, y cree que puede aguantar.

—Vamos, coge uno, no seas mártir. Tengo más. —Ismet saca un cigarrillo del paquete y lo incrusta en la mano a Kenan—. Hazlo por mí, como un favor.

El cigarrillo le provoca un ligero mareo, pero lo disfruta. Lo añoraba.

—Gracias.

Los dos hombres siguen de pie en la calle, sin decir nada, disfrutando de un breve momento de silencio. Hay mucho de qué hablar, pero nada que merezca ser dicho. Al cabo de un rato, Ismet posa una mano en el hombro de Kenan.

—Buena suerte con el agua. Te llamaré esta noche o mañana.

Hunde las manos en los bolsillos y enfila calle arriba.

Kenan le observa hasta que le ve desaparecer por la esquina, coge los recipientes para el agua y sigue bajando la colina. Su calle empalma con otra, donde hay un espejo que permite a los conductores ver si viene algún coche. Es uno de los pocos espejos que siguen intactos en el lugar, y siempre que Kenan pasa por allí, se sorprende al comprobar que aún no lo hayan destrozado. Lo encuentra casi gracioso. Apenas hay coches en las calles, y los que no están deteriorados sin remedio no pueden utilizarse a causa de la carestía y el consiguiente precio prohibitivo de la gasolina. Los pocos que aún circulan se han convertido en los blancos predilectos de los hombres de las montañas, y quienes los conducen lo hacen con una temeridad que les vuelve tan peligrosos como los atacantes de la ciudad. Los semáforos no funcionan, las calles están llenas de socavones y escombros, pero allí sigue aquel espejo, sin el menor rasguño, cumpliendo su función tan bien como siempre. Dobla la esquina y se encamina hacia el este antes de volver a girar hacia el sur. Pasa junto a un edificio en cuyo sótano hay un comedor popular, y Kenan piensa que si cuando vuelva lo encuentra abierto, podría probar a comer allí. El suministro en ese comedor prácticamente se ha agotado, y si esta noche no cena en casa eso significará más para el resto de la familia.

Un poco más adelante pasa junto a la academia de música. El edificio tiene más de cien años y en él han recibido clases jóvenes músicos durante cuarenta. Un arpa descansa sobre un pedestal frente a la esquina de la calle. Entre las ventanas de la tercera y la cuarta plantas, una granada de mano ha abierto un orificio en la fachada. Dentro, otra granada ha reventado una de las paredes de la principal sala de conciertos, pero, aun así, Kenan oye las notas de los pianos, que brotan de su interior. Varias piezas se están tocando en diferentes partes del edificio, y toda la música se funde, volviéndose a veces ininteligible, un ruido turbio de cuerdas golpeadas por martillos, pero de cuando en cuando una de las melodías cesa y crea un espacio para que otra emerja, y varias notas solitarias melodías se deslizan hasta la calle.

Tras recorrer una manzana corta, Kenan llega a la calle principal. Antes de la guerra solía esperar allí al tranvía que le llevaría tres paradas más allá, hasta donde trabajaba. Siempre le ha gustado el tranvía. Para él, y también para muchos otros, era uno de los signos de civilización más tangibles.

Cuando los combates comenzaron, Kenan estaba trabajando. Alguien entró corriendo en la sala donde él se encontraba y anunció que había estallado la guerra. Varias personas sucumbieron al pánico y corrieron al teléfono; otras siguieron

sentadas, petrificadas, incrédulas. Goran se acercó a la ventana y miró a la calle. Y regresó sonriendo.

—No hay guerra. Los tranvías siguen funcionando —dijo, y volvió a sentarse a su escritorio.

Kenan también había vuelto al trabajo, junto con otros compañeros. Ninguno de ellos quería aceptar que los hombres de las montañas pudieran disparar a los tranvías, que sus balas mataran a los pasajeros. Después de todo lo que ha visto desde entonces, la escena que jamás olvidará es la de un tranvía incendiado que había sido alcanzado en primer lugar por una bomba de mortero y después por las balas de un francotirador, y que arrojaba un humo negruzco al aire. Los tranvías no han vuelto a funcionar desde aquel día. Están desperdigados por la ciudad, cáscaras vacías, algunas de ellas refugio contra los francotiradores, otras sencillamente abandonadas a la herrumbre. En la mente de Kenan, pase lo que pase, la guerra no concluirá hasta que los tranvías vuelvan a funcionar.

Si se encaminara hacia el oeste, a dos manzanas a su derecha, acabaría en el mercado. Sin comida procedente del centro de ayuda, a veces Kenan se ve obligado a comprar allí a precios astronómicos. Al comienzo de la guerra, un marco alemán, aproximadamente la mitad de un dólar americano, equivalía a diez dinares yugoslavos. Ahora, un marco equivale a un millón de dinares. Todos los que no cambiaron sus ahorros al principio de la guerra se arruinaron casi al instante. Tampoco es que importe mucho. Con los precios casi duplicándose mes a mes, nadie habría ahorrado suficiente para durar mucho. El mes pasado Kenan vendió la lavadora de la familia en *el* mercado negro por ciento diez marcos. Sin electricidad, no le daba ningún servicio. La última vez que fue al mercado, un kilo de manzanas costaba cincuenta marcos, y un kilo de patatas, veinte. Las cebollas estaban a doce marcos; las judías, a dieciocho, y por treinta marcos se podía conseguir tres paquetes de cigarrillos. Por el azúcar se pedía sesenta marcos; por el café, cien. Todo estaba unas veinte veces más caro que antes de la guerra. Todo, claro está, excepto los ingresos. Kenan duda de si habrá ganado más de mil marcos desde el comienzo de la guerra. Aún le quedan electrodomésticos por vender, pero no muchos.

Y, aun así, algunas personas no parecen afectadas por las presiones económicas. Conducen Mercedes nuevos, no han perdido peso y tienen acceso constante a productos que la mayoría de la gente sólo recuerda de los tiempos de paz. Kenan no sabe cómo lo hacen, pero sí sabe que gran parte de la comida del mercado negro se está introduciendo en Sarajevo por medio de un túnel que atraviesa el subsuelo del aeropuerto. Para pasar por él es preciso conocer a alguien con contactos en el gobierno, y, aunque el túnel permanece abierto veinticuatro horas al día, apenas nadie lo transita. Kenan sospecha que lo que se introduce por él es lo que está haciendo ricos a los de los coches deportivos. No alcanza a entender cómo son capaces, cómo pueden enriquecerse a costa de personas atrapadas y hambrientas como él.

Pero poco puede hacer él al respecto. De modo que olvida *el* mercado, olvida su estómago vacío y cruza la calle de un solo sentido que circunda el corazón de la parte vieja de la ciudad. Aquí el terreno se allana a medida que las montañas dan paso al lecho del valle. Lleva toda la vida viniendo aquí. Mire a donde mire encuentra algo que le devuelve algún recuerdo, algo perdido imposible de recuperar. Se pregunta qué ocurrirá después, cuando los combates cesen. Aunque reconstruyan todos y cada uno de los edificios y los dejen exactamente como eran antes, él no sabe si podrá sentarse en un cómodo sillón y tomar un café con un amigo sin pensar en esta guerra y en todo lo que se llevó. Pero quizá, piensa, le gustaría intentarlo. Sabe que no quiere renunciar a esa posibilidad.

Fueron dos los arquitectos que construyeron la calle Strossmayer; uno de ellos diseñó la parte oriental, y el otro, la occidental. Kenan recuerda visitarla con sus padres de pequeño, entre Navidad y Año Nuevo, para contemplar la decoración. Llevaba un abrigo nuevo y estaba muy orgulloso de cómo le quedaba. Su madre le decía que parecía elegante, e incluso su hermana mayor, que le tomaba el pelo a la menor oportunidad, admitía que era un abrigo formidable. Iba de la mano de su padre por la calle y se detenían de cuando en cuando para admirar las luces, y su padre le hablaba como si fuera adulto. Resulta difícil reconocer la calle de sus recuerdos en aquella en la que ahora se encuentra.

Si recorre otra manzana hacia el sur, se encontrará en la vertiente oriental de la calle de un solo sentido que cruzó antes. La principal arteria del tranvía transcurre hacia el este, hasta la Biblioteca Nacional. Luego se desvía hacia el norte y después hacia el oeste, para converger en sí misma junto al puente Vrbanja, en la otra margen del río desde Grbavica. Si siguiera hacia el sur, cruzaría el río Miljacka por el puente Cumurija. En algún punto deberá cruzarlo para llegar a la destilería, pero el Cumurija es el menos apetecible *de* los puentes para él, aunque ofrece la distancia más corta entre su casa y la otra ribera del río. Ha sido bombardeado y todo cuanto queda de él es su estructura de acero. Aún podría cruzarlo haciendo equilibrios sobre el esqueleto *de* acero, pero resultaría difícil con los recipientes para *el* agua, incluso estando vacíos, y se convertiría en un blanco fácil para los hombres de las montañas.

Manteniéndose cerca de los edificios, Kenan dobla hacia el este, optando por cruzar el río por el puente Princip. Está igual de expuesto a las colinas del sur, pero en mejores condiciones, lo cual le permitirá cruzar más deprisa. Deja atrás los restos del en un tiempo magnífico Hotel Europa. Su enclave había ofrecido hospedaje durante más de quinientos años. La última vez que fue destruido, hará algo más de un siglo, se llamaba Posada de Piedra. La despensa de un mercader de los alrededores se incendió y las llamas alcanzaron rápidamente la Posada de Piedra, donde el ejército guardaba almacenados gran cantidad de barriles de alcohol de quemar. Algunos de los barriles explotaron, el fuego se expandió hacia el oeste y engulló gran parte del casco viejo. Los encargados de sofocar el incendio vaciaron los demás barriles en el río, sin tener en cuenta que el alcohol es más ligero que el

agua. Cuando introdujeron las bombas en el Miljacka, lo que extrajeron no era agua sino fuego en estado puro. Para cuando repararon en su error era ya demasiado tarde y gran parte de la ciudad quedó arrasada. Kenan aún puede ver la demarcación de la calle donde atajaron el Gran Incendio, donde los viejos edificios turcos acaban y los más recientes austrohúngaros comienzan. En lo que Kenan piensa no es en la noche del incendio, sino en el día después. En el aspecto que tendría todo aquello. ¿Sería comparable a lo que él ve hoy? Al menos, el Gran Incendio acabó enseguida. Kenan no sabe si hoy es el final o sólo el principio. Y no sabe qué aspecto tendrán las cosas cuando esto acabe, si es que acaba. ¿Cómo se reconstruye todo? ¿También contribuye a reconstruir la ciudad la gente que la ha destruido? ¿Se reconstruye la ciudad para que pueda volver a arrasarse algún día, o acaso la gente cree que ésta será la última vez en que semejante proyecto será necesario, que a partir de ahora las cosas durarán por siempre jamás? Aunque no es muy capaz de encontrar la esencia de la cuestión, cree que el carácter de aquellos que reconstruirán la ciudad es más importante que el maquillaje de quienes la destruyeron. Es incuestionable que los hombres de las montañas son los malos. No hay lugar para matices en esto. Pero si una ciudad es reconstruida por completo por hombres de carácter cuestionable, ¿cómo será? Piensa en los conductores de los coches caros que le cambiaron la lavadora por varios kilos de patatas y cebollas. No deberían ser ellos quienes se encarguen de construir un nuevo Sarajevo, si acaso llega el día y la ocasión de hacerlo.

Ya casi ha alcanzado el puente Princip. Antes se llamaba puente Latino, pero fue allí donde, en 1914, se desencadenó la Primera Guerra Mundial. Las huellas del asesino Princip estaban marcadas en el lugar desde el cual mató al heredero al trono de los Habsburgo y a su esposa encinta, pero ahora han desaparecido, destruidas o robadas. Las últimas palabras que el archiduque Franz Ferdinand dedicó a su mujer fueron: «No mueras, vive por nuestros hijos». No debía estar allí, en aquel lugar, pero había insistido en ir al hospital para visitar a las víctimas de un atentado previo contra su vida. Princip había abandonado su misión aquel día, y estaba comiendo cuando vio *el* coche del archiduque; salió a la calle y efectuó dos disparos. De niño, cuando iba a la escuela, a Kenan *le* llevaron a visitar un pequeño museo, ahora derruido, que conmemoraba *el* asesinato. Siempre le había avergonzado ligeramente que, durante una generación, cuando el mundo pensaba en Sarajevo lo considerara el escenario de un asesinato. No tiene claro qué pensará el mundo de la ciudad en la que ahora se ha asesinado a miles de personas. Sospecha que lo que el mundo en realidad prefiere es no pensar en absoluto.

Está a punto de doblar hacia el sur, hacia el puente, cuando un hombre aparece corriendo por la esquina. Una vez a salvo detrás de los edificios, se desploma, jadeante.

—Francotirador —dice, señalando el puente—. Están disparando a todo el flanco izquierdo.

—Estoy intentando llegar a la destilería —dice Kenan mientras ayuda al

hombre a ponerse en pie.

—Será mejor que cruce por el Séher Cehaja.

Kenan hace una pausa. El Séher Cehaja es el más oriental de los puentes que cruzan el Miljacka, y para cruzarlo es preciso dar un notable rodeo, casi duplicar la distancia del trayecto inicial. Y después aún le quedaría un kilómetro y medio hasta la destilería, con lo que su ruta aumentaría en dos kilómetros.

—¿Está seguro?

El hombre se encoge de hombros.

—Usted mismo. Quizá tenga mala puntería. Conmigo ha fallado.

Todos los pensamientos que Kenan podía albergar con respecto a arriesgarse a cruzar se esfuman con el sonido de un mortero aterrizando cerca, quizá al otro lado del río. Se oye una breve ráfaga de disparos y después otro mortero. Kenan siente cómo el pánico empieza a atenazarle, intenta respirar hondo varias veces. Se le ha secado la boca.

—No pasa nada —dice el hombre—. Aquí no pueden alcanzarnos.

Kenan sabe que no es verdad, pero sus palabras le hacen sentir mejor, como también la certeza de que ellos no son el blanco de unas bombas que parecen alejarse, o, cuanto menos, no se aproximan.

Es evidente que tendrá que optar por el camino más largo, de modo que desea suerte al desconocido y retrocede unos cincuenta metros en dirección norte, sólo para asegurarse de estar lo bastante lejos del tramo al que los hombres de las montañas están disparando. Gira hacia el este al llegar a la Esquina Dulce, que debe su nombre al racimo de pastelerías que se abrieron a finales de siglo allí, justo en la línea divisoria entre las arquitecturas oriental y occidental del casco viejo.

Al acceder a la barriada turca de Bakarlija, se siente como si estuviera regresando a la escena del crimen. No ha vuelto allí desde el incendio de la biblioteca y, aunque sigue a cierta distancia de ella, percibe su proximidad. Por alguna razón, la abundancia de tejas rotas y ladrillos desmenuzados que hay en esta parte de la ciudad le molesta más que en otras. Hay pocas personas en las calles, y al final de un angosto callejón ve a un grupo de cacharrereros que venden algunos artilugios. Hace ya meses que convierten las balas y los casquillos en bolígrafos, bandejas, cualquier cosa que puedan vender. Uno de los hombres ha fabricado una pequeña estufa de leña, y aunque sabe que será más de lo que tiene, Kenan se pregunta por cuánto la venderá.

Apenas nadie vive en BaCarlija. Durante medio milenio ha hecho las veces de mercado de la ciudad, con sus calles organizadas según la clase de comercios allí instalados. Pero en años más recientes, esta estricta disciplina había cedido levemente, con más y más tiendas vendiendo productos pensados para los turistas. Ahora ya no hay turistas y las tiendas están cerradas, como todo lo demás. Al norte de donde Kenan se encuentra está el Sebilj, una fuente pública con forma de cenador, que tiene la función de lugar de encuentro, o la tenía.

Su ubicación, firmemente plantada en el centro de una gran plaza, lo

convierte en un lugar excepcionalmente triste y peligroso. Sólo las palomas son lo bastante valientes o tontas para congregarse a sus pies.

Mientras pasa por el Sebilj, tan próximo al refugio de los edificios como puede, Kenan oye graznar una paloma y ve que las otras alzan el vuelo y se alejan. La paloma se arrastra hacia él, al parecer atraída por una gravedad lateral. Kenan se detiene, desconcertado, y ve cómo la paloma desaparece en la hornacina de un portal que tiene frente a sí. Los graznidos cesan abruptamente y, tras unos segundos, un trozo de pan sale volando de la hornacina. Se acerca un poco para mirar y ve que el mendrugo el mendrugo está atado a algo. Las aves van regresando de forma gradual y, cuando una se aventura a aproximarse al pan, Kenan comprende lo que ocurre: alguien está pescando palomas.

Avanza unos pasos y mira dentro de la hornacina.

Allí, un anciano sostiene una caña corta, con los ojos atentos a la plaza y al trozo de pan. El hombre ve a Kenan y le ahuyenta con un gesto de la mano, pues no quiere que tropiece con el hilo.

—¿Qué tal va la pesca hoy? —pregunta Kenan, tratando de hablar en voz muy baja para no ahuyentar a las palomas.

—De momento pican —contesta el hombre, sin despegar la mirada de un ave gris que husmea el trozo de pan.

—¿Se necesita licencia en esta época del año? —pregunta, y sonrío para que el hombre comprenda que se trata de una broma.

El hombre le mira, como para averiguar si ostenta algún cargo oficial. Finalmente le devuelve la sonrisa.

—Por supuesto. Se necesita una licencia para la pesca y otra para la caña.

—¿Y dónde consigue la licencia?

El hombre señala hacia las montañas.

—Allí arriba. Sólo tiene que subir hasta que encuentre el despacho.

La paloma está ya más cerca. Parece dudar, pero otra viene por detrás y su indecisión empieza a causarle cierta presión. Avanza hacia el pan.

—¿Es cara? —pregunta Kenan.

El hombre sacude la cabeza.

—No, pero la cola es muy larga. Es probable que tenga que esperar mucho rato.

La paloma gris se adelanta con un salto a su rival y embiste el pan. Se lo traga entero y por un momento nada ocurre. La paloma parece complacida. Ha conseguido un pequeño ágape. La vida es buena. Entonces sufre un tirón desde dentro y deja escapar un graznido agudo cuando el hombre empieza a rebobinar el hilo. La paloma intenta alzar el vuelo, pero el anciano sigue tirando de ella.

—A veces intentan volar, otras no —dice—. No sé qué es lo que las decanta a hacer una cosa a la otra.

Acaba de rebobinar el hilo y, cuando tiene la paloma lo bastante cerca, alarga una mano y la agarra. Por algún motivo, el animal deja de resistirse; tal vez

esté conmocionado. El hombre sujeta el cuerpo de la paloma con una mano y con la otra le retuerce el cuello hasta romperlo. Luego la libera y la deja en una bolsa que tiene a un lado. Se pone en pie.

—¿Ha acabado por hoy? —le pregunta Kenan. El anciano asiente.

—He atrapado seis, una por cada persona que vive en mi piso. Sólo cojo lo que necesito. Si no soy codicioso, tal vez sigan por aquí mañana.

—Buena suerte —dice Kenan.

—También para usted, señor.

El hombre coge la bolsa y la caña y cruza la plaza en dirección al norte, a Vratnik.

Kenan sigue allí mucho rato después de que el hombre se haya marchado. Aunque nunca ha matado ningún animal, a excepción de un pez, la idea de hacerlo tampoco le consterna especialmente. No obstante, no puede reprimir una sensación de afinidad con la paloma. Cree que es posible que los hombres de las montañas les estén matando despacio, de media docena en media docena, para que siempre tengan más a los que matar al día siguiente.

Flecha

El despacho del comando de Flecha no es gran cosa. Una sala pequeña con un escritorio y tres sillas, ventanas entabladas y el maltrecho suelo de madera tapizado con una moqueta sucia. Todo ello está iluminado por una bombilla desnuda alimentada por un generador que ella oye traquetear en otra sala. La bombilla cuelga de un cable en mitad del techo, sobre el escritorio, y, si la mirase directamente, Flecha quedaría cegada los próximos diez minutos por un globo refulgente en el centro de su visión. Nunca consigue discernir si la bombilla ha sido colocada en un punto tan molesto a propósito, como una especie de técnica intimidatoria, o si no es más que consecuencia de un mal diseño. Por su experiencia sabe que el ejército destaca tanto en las artes intimidatorias como en mal gusto.

—Se te ha observado durante algún tiempo —le dice su comandante, que está de pie detrás de ella y le coloca una mano en el hombro, un gesto que parece pretender ser tranquilizador. Flecha se pregunta si se estará refiriendo al incidente de esta mañana, al francotirador enemigo que ha tratado de acabar con ella. En el intervalo que ella dedica a ponderar esta posibilidad, la mano que descansa en su hombro pasa de parecer benigna a ser malévola. Reprime el impulso de apartarla de un manotazo, levantarse de la dura silla y llevar su mano a la garganta del comandante de su unidad—. Muchas personas están impresionadas con tu destreza —sigue diciendo él. Por lo visto no se está refiriendo al incidente de la mañana, de modo que ella se relaja. Él retira la mano y se sienta al otro lado del escritorio, de cara a ella.

Nermin Filipovie es un hombre atractivo y va ataviado con un uniforme de camuflaje arrugado pero limpio. Lleva la barba pulcramente recortada y tiene el pelo oscuro, aunque algo largo. Flecha imagina que es suave al tacto. Debe de andar cerca de los cuarenta y, por lo que ella sabe, no está casado. Tiene una pequeña cicatriz en la frente, sobre el ojo derecho, y la uña del dedo índice de la mano derecha de color violeta oscuro, como si hubiese recibido un golpe recientemente.

Es soldado profesional. Cuando estalló la guerra y el cuarto ejército más grande de Europa se volvió hacia sí mismo y cercó la ciudad, él fue uno de los pocos oficiales que rompió filas y defendió la urbe contra sus antiguos colegas. Si

fracasan y Sarajevo cae, si algún día los hombres de las montañas consiguen hacerse con la ciudad, él será una de las primeras personas a las que ejecutarán. Flecha no sabe qué posición ocuparía ella en la lista. No hay modo de averiguar cuánto saben de su vida.

—Tenemos una misión especial para ti. Una importante.

Flecha asiente. Sospechaba que él estaba tramando algo. Hasta el momento la habían permitido escoger sus blancos, la habían dejado más o menos tranquila, siempre y cuando siguiera enviando las balas a destinos valiosos. Últimamente, sin embargo, ella ha percibido que le prestaban mayor atención, y sabe que tarde o temprano van a pedirle que haga algo que no quiere hacer.

—Me gustaría recordarte nuestra primera conversación —dice ella, mirándole directamente a los ojos, algo que raramente hace.

Cuatro meses después del comienzo de la guerra, Nermin había enviado a un hombre para que le dijera que fuera a verle. En cierto modo, a Flecha le sorprendió que tardaran tanto en reclamarla. Ya lo habían hecho con la mayoría de los demás miembros de la escuela de tiro. Más tarde sabría que su padre, que era agente de policía, había pedido a Nermin que la dejara al margen de aquello. Lo mataron en una de las primeras batallas de la guerra, delante del edificio del Cantón de Sarajevo, y Flecha nunca ha preguntado a Nermin si él creía que su padre habría cambiado de opinión con respecto a su implicación en la defensa de la ciudad o si sencillamente decidió hacer caso omiso de la petición de un hombre muerto. No quiere conocer la respuesta.

—Necesitamos personas que disparen tan bien como tú —le dijo él.

—Nunca he disparado a una persona —contestó ella, sabedora de que hasta fechas muy recientes era una verdad aplicable a la mayoría de los defensores de la ciudad, e incluso a la de sus atacantes—. Sólo a blancos ficticios.

—Es una cuestión de perspectiva —dijo él.

—No quiero matar a gente.

—Estarías salvándoles la vida. Cada uno de esos hombres de las montañas matará a alguno de nosotros. De tener la oportunidad, nos matarán a todos.

Flecha meditó sus palabras. Pensó qué se sentiría al apretar el gatillo y hacer que la bala impactase contra un ser vivo en lugar de contra un pedazo de papel. Apenas le sorprendió comprobar que la idea no la horrorizaba, que probablemente podría hacerlo, y que probablemente podría vivir con ello.

—Creo que esto acabará —dijo. Sus manos transformaron la taza de café en un tiouvivo. Aún no lo había probado y pronto estaría frío.

Él se reclinó en la silla y clavó la mirada en la pared, como si hubiese una ventana, como si ésta le ofreciera unas vistas que proporcionaran una nueva perspectiva a la afirmación de la joven.

—Es una buena consideración. Y espero que estés en lo cierto. No imagino esto prolongándose eternamente.

Apartó la mirada de la pared, como percibiendo que ella estaba a punto de

hacer una declaración de intenciones.

Flecha asintió.

—Creo que acabará, y cuando lo haga quiero ser capaz de volver a la vida que llevaba antes. Quiero tener las manos limpias.

La mirada de Nermin descendió hasta sus manos, que descansaban entrelazadas sobre el escritorio, y luego volvió a alzarse. Ella no estaba segura de que él supiera que lo había hecho. Había parecido un gesto involuntario, pero, aun así, la inquietó. Él se llevó las manos al regazo.

—No creo que ninguno de nosotros vaya a volver a la vida que llevaba antes, acabe como acabe esto. Ni siquiera los que tengan las manos limpias.

—Si lo hago, será con ciertas condiciones. No mataré a ciegas sólo porque me digas que tengo que hacerlo.

—Se llevó la taza a los labios y tomó un sorbo. El café era bueno, fuerte y amargo, pero ya no estaba caliente. Y así alcanzaron un acuerdo. Ella informaría únicamente a Nermin, trabajaría sola y, la mayoría de las veces, elegiría sus objetivos. Ocasionalmente, Nermin le ha pedido alguno en concreto o que trabaje en una zona en particular, y hasta el momento ella ha podido acceder a su voluntad.

Ahora es consciente de que la mujer que se sentó en este despacho aquel día y dijo que no quería matar a nadie ha desaparecido, que con cada semana que pasa está menos segura de que todo esto vaya a acabar. Los parámetros de su acuerdo están peligrosamente cerca de la irrelevancia.

Esto, sin embargo, no mina su determinación. En todo caso, su deseo de seguir aferrada a sus condiciones, de conservar las manos limpias, ha aumentado. Aunque ya casi ha perdido por completo la perspectiva de la persona que era, aún sabe quién quiere ser y, por lo poco que intuye, el único camino que lleva hasta esa persona pasa por volver a ser quien era.

Nermin la mira durante largo rato. Ella percibe que está considerando decirle algo y sospecha que ese algo tiene que ver con su función en la defensa de la ciudad, pero no lo hace. Se pone en pie, pasa por su lado, abre la puerta y le indica con un gesto que le siga.

—Quiero enseñarte una cosa —dice, y se vuelve hacia ella—. No te preocupes. Se trata de algo limpio.

—Espera —añade Nermin al consultar su reloj—. Es casi la hora.

Flecha conoce bien esta calle. Está en el corazón de la ciudad, en el punto exacto en que los edificios turcos dan paso a los austrohúngaros. Más abajo está el monumento conmemorativo de la Segunda Guerra Mundial, la llama eterna, que se ha apagado. Detrás de ella está la calle donde solía reunirse con sus amigos para tomar un café cuando estudiaba en la universidad, y el río queda algo más al sur, no muy lejos. Y más allá están las colinas del sur de la ciudad, donde un teleférico subía hasta la cima del monte Trebevie.

Están en la entrada de una tienda que ya no abre, al otro lado del mercado público cubierto. Flecha sabe que no hace mucho una bomba de mortero estalló en

esta calle y mató a gran cantidad de personas. Lo oyó en la radio, pero, aunque no era habitual que tanta gente muriera a la vez en un mismo lugar, entonces no pensó mucho en el incidente. Sencillamente, así eran las cosas, suponía. La ocasión de morir estaba en todas partes y no era tan sorprendente que esa ocasión se materializase. Ahora, sin embargo, estando en el lugar de los hechos, le parece que algo significativo ocurrió aquí.

Una explosión ruge a su izquierda y Flecha mira involuntariamente en la dirección de donde procede el sonido.

Nermin, que no ha mirado, sonríe.

—Creo que intentan enviarnos un mensaje.

—¿Y cuál es el mensaje? —pregunta ella mientras otro mortero cae en la misma zona.

Nermin se encoge de hombros.

—No lo sé. Estoy haciendo un esfuerzo especial por no oírlo. Bien, aquí llega.

Al principio, Fecha no sabe si confiar en lo que ve. Incluso se pregunta si acaso no estará sufriendo alucinaciones, o si tal vez está muerta y así es la transición hacia lo que sea que prosigue a la muerte, que puede presentarse en diferentes e inverosímiles circunstancias. Pero gradualmente acepta que sigue viva, y que está lúcida, y que esto está ocurriendo.

Un hombre alto de pelo alborotado, bigote casi cómico y el rostro más triste que ella ha visto jamás sale de un portal. Lleva un esmoquin algo polvoriento, un violonchelo debajo de un brazo y un taburete debajo del otro. Sale del edificio con paso lento y firme, no parece consciente del peligro al que se está exponiendo; deja el taburete en mitad de la calle, se sienta y coloca el instrumento entre las piernas.

—¿Qué está haciendo? —pregunta ella, pero Nermin no contesta.

El violonchelista cierra los ojos y se queda inmóvil, con los brazos inertes. Da la impresión de que el violonchelo se mantiene en pie por sí solo, al margen del hombre que lo envuelve. La madera emite un brillo rico y cálido que contrasta con el gris lúgubre de los adoquines pulverizados, y ella siente el impulso de tocarlo, de acariciar con los dedos su superficie lacada. Alarga una mano, una fútil tentativa de tender un puente sobre una distancia mucho mayor que los cerca de treinta metros que la separan de él.

El violonchelista abre los ojos. La tristeza que ella había advertido en su rostro ha desaparecido; no sabe adónde ha ido. Él alza un brazo y su mano izquierda sujeta el mástil del violonchelo, la derecha dirige el arco hacia la escotadura. Es lo más hermoso que ha visto en la vida. Cuando las primeras notas brotan, son, para ella, inaudibles. El sonido se ha desvanecido del mundo.

Se apoya contra la pared. Ya no está allí. Su madre la está cogiendo en brazos, da vueltas con ella y se ríe. La cálida lengua de un perro le lame el brazo. Una leve corriente de aire se levanta mientras bolas de nieve vuelan a su alrededor. Resbala con la sangre de otra persona y se cae de costado, su nariz casi roza un

brazo amputado. En un cine, un chico que le gusta la besa y le posa una mano en el vientre. Ella exhala y aprieta el gatillo.

Entonces, el sonido regresa al mundo. No está segura de qué es lo que ha pasado. No sabe qué le ha hecho un hombre que toca el violonchelo en la calle a las cuatro de la tarde. No vas a llorar, se dice, y se obliga a calmarse hasta después de que el violonchelista acaba de tocar, se pone en pie y regresa al edificio del que ha salido. No va a desmoronarse.

Nermin la mira.

—Necesitamos que te encargues *de* mantener con vida a este hombre.

—No entiendo. —Apenas ha oído lo que Nermin le ha dicho y se esfuerza por recomponerse y volver a su realidad.

Nermin se quita el sombrero y se pasa una manga por la frente.

—Ha dicho que hará esto veintidós días consecutivos. Éste es el octavo. La gente le ve. El mundo le ha visto. No podemos permitir que le maten.

—No puedo ser responsable de él —dice ella. Está cansada. Casi siempre está cansada, pero no alcanza a recordar la última vez que reparó en ello, incluso que lo admitió. Una anciana pasa por su lado a toda prisa, muy próxima a la pared, y Flecha se pregunta cuál de ellas estará más exhausta.

Nermin sacude la cabeza.

—No te estoy pidiendo que lo seas. Necesitamos algo ligeramente diferente.

El lugar donde el violonchelista se sienta, si bien vulnerable a las bombas, no se encuentra en la línea de fuego directa de los francotiradores de las colinas del sur. Pero han recibido información. Se cree que el enemigo enviará a un francotirador a su sector de la ciudad para matarle. Y el trabajo de ella consistirá en impedirlo. Es algo lo admiten, casi imposible. Pero, y Nermin se lo recuerda, ella posee cierto talento para lo imposible.

—¿Y por qué no vuelven a bombardear la calle y punto?

—No se trata sólo de matarle. Dispararle es una declaración.

Flecha se reclina contra la pared y visualiza al violonchelista tendido en la calle. Ve la lógica de Nermin. Una bala deja pruebas que no dejan las bombas.

—Mira—dice él—hicimos un trato y haré lo imposible por seguir respetándolo. Pero las cosas están cambiando en nuestro bando. Si puedes hacer esto, los dos nos beneficiaremos.

—Yo no mato para beneficiarme, ni para beneficiarte a ti.

Nermin se inclina hacia ella, la besa en la mejilla, se da media vuelta y se aleja. Ella sigue allí un rato, sin moverse, sin pensar. Solo quiere que todo esté en silencio, en calma. Pero entonces los bombardeos se reanudan y ella obliga a sus pies a moverse, se arroja bien con el abrigo y parte camino de su casa.

Dragan

Es posible que el francotirador ya no esté. Han pasado al menos diez minutos desde que disparó y varias personas ya han cruzado sin incidentes. Dragan se acerca al bordillo para mirar a ambos lados de la calle. Tiene hambre, siente que el vacío de su estómago le impele a cruzar. La panadería está al otro lado. Sólo dos cruces más especialmente peligrosos y tendrá pan. Pero otra parte de él sabe que no hay prisa. No va a morir de inanición si espera unos minutos más, mientras que la falta de cautela le mataría más deprisa que cualquier otra cosa.

Retrocede un poco, se da la vuelta y se apoya contra el metal caliente del automotor que le protege de Grbavica y de las colinas donde está Vraca, la antigua fortaleza de guerra. Antes llevaba a su mujer y a su hijo de *picnic* a Vraca, en verano, cuando no tenían tiempo para ir al parque de Ilidza o al monte Trebevie. Desde allí se veía casi toda la ciudad, un hecho que ha adquirido una relevancia totalmente nueva en los últimos meses.

Por su derecha se aproxima una mujer y, cuando ya está cerca, Dragan la reconoce. Se llama Emina. Es amiga de su esposa, unos quince años más joven que él. A Dragan siempre le ha gustado y no le importa demasiado su marido, Jovan. Cuando salían a cenar, algo que hacían de forma regular antes de la guerra, Dragan se sentía monopolizado por Jovan, cuyo único interés aparente era la política, un tema para el que Dragan no tenía paciencia. Con el tiempo empezó a esgrimir excusas para escabullirse de esas cenas, hasta que, poco antes del estallido de los combates, las invitaciones cesaron y su mujer y Emina perdieron el contacto.

Dragan sabe que Emina le ha visto y que tiene intención de hablar con él, y él busca algún rincón donde esconderse, aunque es del todo inútil. No hay modo de evitar el encuentro, excepto cruzar corriendo, y aunque Dragan apenas se siente capaz de recomponerse para saludar a un extraño, por no hablar ya de una vieja amiga, con un leve y cortés gesto de asentimiento no está dispuesto a arriesgar su vida para eludir un intercambio social. Esto le reconforta ligeramente, pero se pregunta si acaso llegará el día en que su elección sea otra.

Confundiéndose en que ocurra un milagro, agacha la mirada y la clava en sus pies, fingiendo una profunda reflexión. Quizá ella pase de largo. No es imposible. Podría ocurrir que pasara junto a él sin verle y siguiera calle arriba, y que llegara sana y

salva al otro lado sin siquiera haberse apercebido de que él estaba allí. Lo que él quiere es cruzar y conseguir una hogaza de pan tan deprisa como pueda. No quiere encontrarse con nadie.

—¿Dragan? ¿Eres tú? —Una mano le toca el hombro y él comprende que su intento de parecer un hombre reflexionando se ha convertido en realidad, en una reflexión real. Sonríe y encuentra graciosa la situación, y Emina le devuelve la sonrisa.

—Hola, Emina —dice, y se acerca a ella para darle dos besos. Ella le abraza con fuerza. La nota menuda bajo el abrigo de lana azul. Recuerda ese abrigo. Su mujer le dijo en una ocasión que le gustaba, y él siempre quiso preguntarle a Emina dónde lo había comprado para regalarle uno a Raza, pero nunca llegó a hacerlo.

—¿Cómo estás? ¿Cómo está Raza? ¿Dónde vivís ahora?

Él le dice casi tanto como puede, le dice que su mujer y su hijo se marcharon en uno de los últimos autobuses que partieron de Sarajevo, que su apartamento fue uno de los primeros que bombardearon y que ahora vive con su hermana. No puede decirle que su mujer y su hijo se marcharon de noche ni que, cuando el autobús se alejó, él tuvo la sensación de que no volvería a verles, aunque fuesen a estar a sólo unos pocos cientos de kilómetros de allí, a una hora en avión. No puede decirle lo que ocurrió la noche en que bombardearon su apartamento, que se escondió en el sótano con sus vecinos y que juntos esperaron a que el edificio se derrumbase sobre ellos, ni cómo llegó al día siguiente a casa de su hermana, ni que fue su cuñado quien abrió la puerta y le miró como si fuera culpa suya que hubiesen destruido su apartamento. Cree que si tuviese que decirle todas las cosas que no puede decirle a nadie, pasarían días enteros, allí de pie.

Ella le mira y él advierte que sabe que está guardando mucho para sí, pero no la presiona. Todo el mundo guarda más de lo que cuenta. No sabe qué más decir. ¿Debería preguntarle por Jovan? ¿Y si le ha ocurrido algo o la ha dejado? Cuanto menos, le recordaría que a Dragan él nunca le gustó, y sólo esto ya resultaría violento.

Emina no se mueve, sigue de pie esperando a que él hable. Lleva el pelo recogido, pero varios mechones sueltos le caen sobre la cara. Ella se los aparta, se los coloca detrás de la oreja, e introduce la mano izquierda en el bolsillo del abrigo. Parece más menuda de lo que Dragan recuerda; no sólo más delgada, sino también más baja. No sabe cómo es posible.

Sólo para romper el incómodo silencio, habla.

—¿Cómo está Jovan? —pregunta, temeroso de la respuesta.

Ella se encoge de hombros.

—Se alistó en el ejército. Casi no le veo.

Dragan se sorprende. Jovan no parecía de esa clase de hombres. Siempre le ha encajado más como conversador que como luchador.

Emina duda, quizá al ver su sorpresa.

—Bueno, en realidad hace *de* enlace del gobierno entre varias ramas del

ejército. —Esto ya tiene más lógica—. No estoy muy segura de qué hace exactamente. Lo único que sé es que está fuera la mayor parte del tiempo.

Dragan asiente sin saber qué decir.

—Un francotirador cubre este cruce. O al menos lo hacía hace unos minutos. Estoy esperando a ver si se ha ido.

—¿Ha matado a alguien? —Emina parece genuinamente consternada. Dragan se extraña. No es indiferente a las muertes que se producen a su alrededor, pero tampoco puede decir que las lamente tanto para que su semblante lo refleje. No cree que les ocurra a muchas personas ya.

—No —contesta él—. Por lo visto no tiene muy buena puntería.

Ella parece meditar esto. Él confía en que no se lo tome muy en serio. No sabe cómo es la puntería del francotirador. Lo único que sabe es que falló en el último disparo. No hay modo de averiguar cuántas veces ha acertado de todas las que ha disparado.

—Creo que voy a esperar un poco. No tengo prisa —concluye ella. Le dice que va a llevar un medicamento a una mujer que vive varias manzanas al suroeste de la panadería. Radio Sarajevo ha organizado un intercambio de medicamentos gracias al cual las personas que tienen prescripciones que no estén utilizando puedan dárselas a otras que necesitan diferentes medicamentos que ya no se encuentran en el mercado. En la radio leen a diario los nombres de quién necesita qué, y quienes pueden ayudar lo hacen. La mujer a la que va a visitar está enferma del corazón y necesita el mismo medicamento que tomaba la madre de Emina, que murió hace cinco años. Aunque el medicamento está caducado, sigue siendo mejor que nada—. Al fin y al cabo —dice—, son anticoagulantes. No creo que caduquen.

—No —dice Dragan—. Seguramente tengas razón.

—Tiene los mismos componentes que el matarratas, y eso no caduca.

—¿De veras?

—Bueno, lleva un poco de arsénico. O eso creo. Mi madre bromeaba al respecto.

Dragan había conocido a la madre de Emina; la vio una vez, un año antes de que muriera. Se parecía mucho a Emina, pero su sentido del humor era más negro que el de su hija. Daba la impresión de que ella tampoco pensaba mucho en Jovan. Cuando él intentaba desviar la conversación hacia la política, como siempre hacía, ella alzaba las manos.

—Tú y tu política. Nada bueno pasará gracias a la política.

—Nada bueno pasará sin la política —replicaba Jo-van, sacudiendo la cabeza.

—¿Cuál de ellos —dijo Emina— supones que es el optimista de la familia?

Dragan y su esposa se rieron, pero la pregunta le dejó perplejo y no estaba seguro de si Emina bromeaba.

—¿Conoces la diferencia entre un optimista y un pesimista? —preguntó la madre de Emina mirando a Jovan, que parecía haber oído ya eso alguna vez. Un

leve conato de sonrisa asomó a sus labios—. El pesimista dice: «Oh, cielos, la cosas no pueden empeorar más». Y el optimista dice: «No estés tan triste. Las cosas siempre pueden empeorar».

Cuando murió, Dragan no fue al funeral. Ahora no recuerda por qué. Es posible que no le invitaran, pero es más probable que hubiese ideado alguna excusa para escabullirse.

—¿Te acuerdas de Ismira Sidran? —le pregunta Emina.

Sí, se acuerda de ella. Era directora de una compañía de teatro. Hacía unos años habían hecho una versión de *Hair* que había sido todo un éxito. Desde entonces, Dragan ha visto varios de sus espectáculos. Era amiga de Emina a y una vez se la encontró en la calle, caminando con ella. Le dio la impresión de ser una mujer estridente, difícil, y le irritó.

—Este año se cumple el vigésimo quinto aniversario de la primera representación de *Hair* en Broadway y la han invitado a llevar a su compañía a Nueva York para asistir a una actuación o una celebración o algo así.

El sol asoma por una nube y empieza a calentar rápidamente. Emina se desabrocha el primer botón del abrigo.

—¿Y el gobierno les ha dado su consentimiento?

—Dragan está sorprendido. Han sido muy selectivos con las personas a las que han permitido salir de la ciudad.

—Sí, y eso no es todo. La vi y me dijo que había treinta y dos personas en la lista. «¡Treinta y dos! —exclamé yo—. Es mucha gente». Pero me explicó que los necesitaban a todos para manipular las luces y los decorados y todo eso, que son las personas a las que el público nunca ve. De modo que parecía lógico. Pero volví a verla una o dos semanas más tarde y la lista había aumentado en otros treinta nombres, más o menos, y me dijo que aún no estaba completa.

Dragan sacude la cabeza.

—Es imposible que se necesite a tanta gente.

—Ya, y eso no es lo peor. —Emina se desabrocha otro botón del abrigo—. Cuando entregaron la lista, contenía casi doscientos nombres.

—¿Y les dejaron salir?

—No. Sabían que no volverían.

Nunca había sido así. Antes de la guerra, incluso cuando el país era un estado comunista, se podía viajar a donde se quisiera. Sólo había cuatro países en el mundo para los que se precisaba visado. Ahora, sin embargo, nadie puede marcharse sin permiso.

—Deberían haber dejado la lista en los primeros treinta y dos —dice Dragan—. Podrían haber salido.

—Jovan dice que no habría importado. Dice que no habrían dejado marchar a ninguno.

—Es posible, pero quizá alguno de ellos podría haberse ido. Quizá podría haber escapado de todo esto. Emina alza la mirada al cielo.

—No hay modo de saberlo.

—Creo que, si yo pudiera, me iría. —Sabe que es peligroso decir esto. La gente mira mal a quienes consiguen marcharse. Les consideran cobardes y, aunque Dragan sospecha que cualquiera que conserve la cordura desearía irse, muy pocas personas lo admitirían, ni siquiera para sí mismas, y aún menos se atreverían a decirlo en voz alta.

Sólo hay dos maneras de salir: o se conoce a alguien con poder y se consigue un salvoconducto para salir por el túnel, o se tiene dinero. Si no se da ninguno de los dos casos, uno está condenado a quedarse. Aquellos que tenían poder o dinero cuando la guerra estalló ya se han marchado, y aquellos que tienen poder o dinero ahora lo tienen gracias a la guerra, por lo que carecen de alicientes para marcharse.

Emina, sin embargo, no parece sorprendida por su confesión.

—¿Por qué no te fuiste con Raza?

Él se encoge de hombros.

—No creía que esto fuera a durar tanto. Quería proteger nuestro apartamento y no perder mi empleo. Quizá me equivoqué.

—No. Tenemos que quedarnos. Si nos marchamos todos, bajarán de las montañas y la ciudad será suya.

—Si nos quedamos, nos dispararán desde las montañas hasta que estemos todos muertos, y luego bajarán y tendrán lo mismo.

—El mundo nunca permitiría que eso ocurriera. Tarde o temprano tendrán que ayudarnos —dice ella.

Por su tono de voz, él no acaba de discernir si cree lo que dice. No entiende que pueda creerlo. Los dos tienen que ver la misma ciudad desintegrándose a su alrededor.

—No va a venir nadie. —Su voz brota más áspera de lo que era su intención—. Estamos solos aquí y nadie va a venir a ayudarnos. ¿Es que aún no lo sabes?

Emina agacha la mirada y se abrocha los dos primeros botones del abrigo. Guarda las manos en los bolsillos. Al rato dice, con voz muy tenue:

—Sé que no va a venir nadie. Es sólo que no quiero creerlo.

Dragan sabe exactamente a lo que se refiere. Él tampoco quiere creerlo. Durante mucho tiempo se ha aferrado a la esperanza, ha escuchado las noticias, ha esperado que alguien detenga esta locura. Siempre ha vivido bajo el peso de la ley. Si uno quebrantaba la ley, la policía le arrestaba. Había orden, y el orden era inquestionable. Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, todo eso se vino abajo. Al igual que muchos otros, Dragan esperó mucho más tiempo del que era lógico a que se restaurara el orden. Intentó seguir con su vida como si todo fuese aún normal, como si alguien estuviera al cargo. Los hombres de las montañas eran una molestia menor que quedaría resuelta en cualquier momento. La cordura prevalecería. Pero entonces, un día, ya no pudo seguir engañándose. No era una situación temporal, un fallo técnico momentáneo en el sistema, y nadie iba a repararlo.

—En la panadería trabajé con un hombre que sobrevivió a Jasenovac y después a Auschwitz —dice

Dragan.

El anciano se había jubilado cinco o seis años antes de que hubiese hombres en las montañas, pero Dragan seguía viéndole a menudo. Quedaban para tomar un café o, de cuando en cuando, una copa de *brandy*. Nunca le había hablado a Dragan de su vida durante la guerra hasta que un día, poco después del comienzo de los combates, le habló de lo que era estar en un campo de concentración. Le habló de que, en Jasenovac, los guardias competían por ver quién mataba a más personas en un día. El ganador, un guardia llamado Petar Brzica, mató a 1.360 con un cuchillo de carnicero. Como premio por ganar la competición, le dieron un poco de vino, un cochinillo y un reloj de oro. Después de la guerra huyó a Estados Unidos, donde, hasta el día de hoy, su nombre consta en una lista de residentes criminales de guerra. Muchas de las personas a las que mató eran padres y abuelos de los hombres de las montañas, y de la gente a la que están disparando.

—La última vez que lo vi me lo dijo: «Lo que se avecina es peor que nada de lo que puedas imaginar» —dice Dragan—. Se suicidó el mismo día en que estalló la guerra.

Emina sacude la cabeza.

—Esto no puede ser tan malo esos campos de concentración.

Dragan medita sus palabras y lativo es el sufrimiento.

—No, no lo es. No creo que realmente pensara que iba a serlo, pero sí que creyera que lo que él y los demás sufrieron allí significaba algo, que la gente había aprendido de ello. Pero no lo hemos hecho.

—¿No? —pregunta Emina.

—Mira a tu alrededor —contesta Dragan.

Aunque la respuesta era retórica, Emina mira a su alrededor. Motivado por ella, Dragan también lo hace, y se pregunta si ella estará viendo lo mismo que él. ¿Ve el gris en todas partes? ¿Ve los edificios destrozados, los escombros en las calles, la gente delgada y agotada, escabulléndose como animales asustados? Debe verlo. ¿Cómo no podría verlo? Él no sabe por qué ella le ha buscado, por qué no pasó de largo y fingió no haberle visto. No había necesidad de esto. Él no necesitaba ver cuánto le ha arrebatado la guerra a ella, a él.

—Una de las cosas buenas de la guerra —dice ella— es que he pasado por calles en las que nunca había estado. Ha cambiado mi geografía.

Dragan asiente. Ha observado lo mismo, ha encontrado curioso ver cómo gran parte de la ciudad en la que ha vivido siempre estaba a una o dos manzanas de su experiencia, cómo una bomba aquí y un francotirador allá han modificado las calles que resultan familiares y las que sólo se conocen vagamente.

—Hay una calle cerca de mi casa por la que, antes de la guerra, nunca había pasado —prosigue Emina—. Pero con el francotirador que hay al final de la mía, tuve que dar un rodeo y me encontré en esa calle nueva.

»Había una casa con un cerezo enorme en el jardín, repleto de fruta madura. Una anciana recogía las cerezas. Debió de recoger quince o veinte kilos, y aún quedaban más en el árbol.

»Me acerqué a ella, sobre todo porque nunca había visto un árbol así en Sarajevo, no tenía ni idea de que aquí crecían cerezos. "Es un árbol precioso", le dije, y ella me contó que su madre lo había plantado de joven, y que siempre había dado buena fruta. Recogía las cerezas con sus nietos, pero estaba un poco preocupada, porque a los niños no se les puede dar sólo alimentos dulces. Le sugerí que vendiera parte de las cerezas y me contestó que tal vez lo hiciera.

»Por pura casualidad, pocos días después Jovan me trajo sal que había conseguido no sé dónde, una bolsa inmensa de cinco kilos. Era mucho más de lo que necesitábamos y de lo que íbamos a consumir jamás. Pensé en la mujer, y fui a llevarle un kilo.

El semblante de Emina es relajado, y su voz, suave. Dragan no sabe cuál es el mensaje de la historia que le narra, pero se alegra de que lo esté haciendo.

—La mujer se puso contentísima. Nunca había visto a nadie sonreír tanto. De hecho, me abrazó. Más de un kilo de sal. Cuando ya me iba me dio dos baldes enormes llenos de cerezas. Una cantidad absurda. «Pero no voy a poder comerme todo esto. No tengo hijos, sólo somos mi marido y yo», le dije. Pero ella insistió: «Regálalas —dijo—. Haz lo que quieras con ellas. Tengo más de las que necesito». De modo que se las regalé a mis vecinos, pequeñas cestas a diez familias diferentes.

—Fuiste muy buena regalándole la sal —dice Dragan con sinceridad.

—No la necesitaba. Ella tampoco tenía por qué regalarme las cerezas. —Emina se encoge de hombros—. ¿No es así como se supone que debemos comportarnos? ¿No es así como éramos antes?

—No lo sé —dice Dragan—. No consigo recordar si éramos así o si sólo lo creemos. Parece imposible recordar cómo eran las cosas. —Y sospecha que esto es lo que más quieren los hombres de las montañas. Es evidente que les gustaría matarlos a todos, pero, si no pueden, quieren hacerles olvidar cómo eran, cómo actúa la gente civilizada. Se pregunta cuánto tiempo tardarán en conseguirlo.

Mientras él espera allí para cruzar, lo sabe, ellos están ganando. Ha llegado el momento en que su día, su vida, avance a través de este cruce en dirección a cualquiera que sea el final que le aguarda.

—Creo que voy a cruzar ahora —le dice a Emina. —De acuerdo —dice ella—. Yo te seguiré.

Dragan se acerca al cruce. Le duele el estómago. Cuando está a un paso de ponerse al descubierto, toma aire y echa a correr. Intenta mantener la cabeza gacha, pero a los tres pasos nota que empieza a dolerle la espalda y se yergue. Siente los pulmones secos; las piernas, de goma. No puede creer que aún no haya recorrido ni una cuarta parte del camino. Nunca se había sentido tan viejo. Nota el disparo un instante antes de oírlo. Es un ruido seco, una ráfaga de aire cuando la bala pasa

rozándole la oreja izquierda, y después el áspero estallido de un arma. Por un instante se pregunta si le ha alcanzado. Sabe que, en tal caso, morirá. Ha oído la bala, lo cual significa que el francotirador ha fallado. Está sorprendido, confuso y asustado. No tiene claro qué es lo que debe hacer. Por no más de dos segundos se queda inmóvil, petrificado. Le parecen milenios.

Entonces corre de vuelta a donde estaba antes. No se siente los pulmones ni las piernas ni el estómago. Se convierte en un autómatas, un animal, y vuela. Su cuerpo está listo para el siguiente disparo del francotirador, *el* que acabará con su vida. Cuanto más se acerca a la seguridad, más lo espera. Ve a Emina de pie tras el furgón. La boca abierta, la cara desencajada, y le parece oírla gritar su nombre.

Su hombro topa contra el metal y sus piernas ceden.

Emina le agarra de un brazo y él intenta no caer, y el mundo se torna borroso a su alrededor. La gente le pregunta si está bien, y él cree que sí, pero no puede contestar. Es la primera vez que han disparado a Dragan. Ha estado en sitios donde ha habido disparos y en zonas donde han caído bombas, pero nunca nadie le había marcado específicamente para la muerte. Una parte de él no puede creer que ha ocurrido, y otra no puede creer que haya sobrevivido.

Poco a poco se recompone. Aún le falta el aliento y jadea como un perro, pero ya se siente con ánimo de hablar. Cuando Emina le pregunta, por al menos décima vez: «¿Estás herido?», él es capaz de contestarle.

—Ya te dije que no tenía muy buena puntería

—dice.

Emina *le* mira, vacilante. Hay algo en él, y él desearía saber qué, que parece reconfortarla. El rostro de la mujer se relaja y una mano le acaricia la espalda.

—La ruleta de Sarajevo —dice ella—. Mucho más complicada que la rusa.

Él se ríe, no porque lo encuentre gracioso sino porque es cierto, y se queda allí, con la mano de Emina en la espalda, alegre, por primera vez en mucho tiempo de estar vivo.

Flecha

Se viste en silencio, coge el rifle y cierra la puerta del apartamento. Sus pasos resuenan en la escalera pese a sus esfuerzos por ser sigilosa. Supone que es una peculiaridad del diseño del edificio y se pregunta si la incapacidad para amortiguar el sonido debería considerarse como una cualidad acústica positiva o negativa. Concluye que todo depende de lo que uno espere de una escalera. Poder oír quién está en el rellano tiene sus ventajas.

Hace media hora que ha salido el sol, pero las calles están prácticamente desiertas. Encuentra a varias personas mientras desciende la colina y accede al casco viejo, pero no mira a ninguna a los ojos. Pasa junto a los restos de una tienda en la que antes se vendía el mejor helado, y se recuerda de niña con su abuela en esta calle. Le pidió a su abuela que parasen, con la voz suplicante de una cría acostumbrada a salirse con la suya, aunque no hace ni una hora que se ha comido otro helado. Cuando su abuela le dijo que no, Flecha le soltó la mano y se negó a seguir andando. Su abuela se arrodilló, *le* puso las manos en las mejillas y la besó en la frente.

—Hay más cosas en la vida además del helado —le dijo.

Mientras el recuerdo se desvanece, Flecha se pregunta qué daría hoy por una tarrina de helado. ¿Todo el dinero que tiene? Sin duda. ¿Su rifle? Quizá. ¿La única fotografía que conserva de su abuela? Sacude la cabeza y acelera el paso, negándose mentalmente a contestar.

Ésta es su hora favorita del día. Casi siempre todo está muy tranquilo. Incluso la guerra se toma algún respiro, aunque sea breve. La ausencia de bombardeos es casi como la música, y ella se imagina que si cerrase los ojos se convencería de estar paseando por las calles del antiguo Sarajevo. Casi. Sabe que en la ciudad de su memoria no tenía hambre, ni estaba magullada, ni su hombro cargaba con el peso de un arma. En la ciudad de su memoria siempre había gente en las calles a estas horas de la mañana, preparándose para el día que se desplegaba ante ellos. No estarían encerrados como discapacitados, exhaustos tras otra noche de preguntarse si alguna bomba estaría a punto de caer sobre su casa.

Ha llegado a su destino. Se detiene donde lo hizo el día anterior, con la espalda contra la misma pared, y enfila la calle. Los adoquines que soportaron los

pies de generaciones enteras están resquebrajados. Ya no hay vidrios en las ventanas. Algunas están entabladas, cubiertas con plástico; otras, vacías, huecos como los que dejan los dientes en la boca de un anciano. La calle ha sido violada.

Flecha cruza y se sienta en el punto donde estalló la bomba, el punto donde, dentro de un rato, el violonchelista se sentará. Sabe que veintidós personas murieron aquí y que una multitud quedó herida, que no volverá a caminar o a ver o a tocar. Porque intentaban comprar pan. Una decisión intrascendente. Nada que replantearse. Tienes hambre y vienes a este lugar, donde tal vez haya algo de pan para comprar. De todos los lugares a los que ir, vienes aquí. De todos los días en los que ir, uno en particular te elige. A las cuatro en punto de la tarde. Es sencillamente algo que haces porque la vida es una serie de decisiones ínfimas e inevitables. Y entonces unos hombres apostados en las montañas lanzan una bomba para matarte. Para ellos, probablemente no es sino una bomba más en un día de tantos. Nada destacable.

Se agacha y coge un trozo de vidrio. El vidrio empieza a escasear en la ciudad. O lo destrozan o lo retiran para evitar que se convierta en un proyectil letal cuando, inevitablemente, lo destrozan. Hoja a hoja, las ventanas por las que la gente ve el mundo están desapareciendo. Así es como ella cree que ocurre la vida. Una pequeña cosa detrás de otra. Una serie de confluencias sin importancia, cualquiera o ninguna de las cuales puede conducir a la salvación o a la tragedia. No hay grandes momentos en los que una persona lleve a cabo un acto que defina su humanidad. Sólo hay momentos en los que parece, brevemente, que eso ocurre.

Reflexiona sobre esto en el contexto de apretar el gatillo y acabar con una vida. Antes de matar por primera vez, había asumido que esto situaría su vida en un claro cruce de caminos. Se comportaría de un modo que definiría la clase de persona en la que se habría convertido. Esperaba sentirse de algún modo diferente a la persona que era, o que creía ser. Pero no era ése el caso. Es lo más fácil del mundo apretar el gatillo, un fiasco. Todo lo que ha ocurrido antes, todas las pequeñas cosas que de algún modo fueron sumándose sin que ella se diera cuenta convirtieron el acto de matar en algo irreflexivo. Esto es lo que la convierte en un arma. Un arma no decide si mata o no. Un arma es la manifestación de una decisión que ya se ha tomado.

El violonchelista la desconcierta. Ella no sabe qué espera conseguir él tocando. Es imposible que crea que detendrá la guerra. Es imposible que crea que salvará vidas. Tal vez se ha vuelto loco, pero ella no lo cree.

Ha visto las caras de aquellos que se han desmoronado, les ha visto salir a la calle sin cautela ante el peligro. Les ha visto morir, o sobrevivir, y para ellos parece no existir diferencia entre ambas cosas. El violonchelista no le encaja como un hombre que haya perdido la voluntad de vivir. Parece importarle su calidad de vida. Ella no sabe en qué cree él, y le molesta no ser capaz de saber con total exactitud qué es o si quiere creerlo o no. Sabe que eso implica movimiento. Sea lo que sea lo que está haciendo el violonchelista, no se sienta en la calle esperando

que ocurra algo. Está, le parece a ella, acelerando la velocidad de las cosas. Ocurra lo que ocurra, ocurrirá antes por él.

Deja caer el trozo de vidrio al que ha estado dando vueltas con la mano, escucha el leve ruido que hace al volver al suelo. Se pregunta qué será de él. ¿Cuánto tiempo seguirá en el pavimento? ¿Se convertirá en polvo que vuela y se mezcla con el mundo, enganchado a la suela de alguien, al neumático de algún coche, al ala de una paloma, a la humedad de la atmósfera? Flecha se pregunta si el trozo de cristal seguirá ahí mañana y si, en un sentido mucho más amplio, ella difiere tanto de un detrito olvidado en el escenario de una masacre.

Flecha mantendrá a ese hombre con vida. En realidad, nunca lo había dudado, pero tampoco había decidido que lo haría. Ahora, sentada donde él se sienta, se dice que no permitirá que ese hombre muera. Acabará lo que está haciendo. No importa si comprende lo que él está haciendo ni por qué lo está haciendo. Comprende que es importante, y con eso basta.

Su atención se desvía hacia los edificios que la rodean. Hay muchas ubicaciones posibles para alguien que quisiera disparar a ese punto, pero todas se concentran en dos líneas de fuego: de este a oeste o de oeste a este. Los edificios de ambos lados de la calle, si bien proporcionan numerosos escondrijos, también protegen al violonchelista de las colinas del norte y del sur. De modo que no pueden dispararle desde su propio territorio. Tendrán que penetrar en el de ella. Y ella presume que la ruta de escape más evidente es la del sur, sobre el río, hacia Grbavica. Un disparo desde el flanco suroccidental de la calle sería, pues, el más lógico.

Pero Flecha sabe que no enviarán a un hombre corriente. La mayor parte de sus francotiradores son mercenarios o bien soldados sin adiestrar. Es poco probable que un mercenario acepte un trabajo tan peligroso. Prefieren sentarse en las colinas y ganarse su sucio dinero estando relativamente a salvo. Un soldado irregular, sin embargo, no poseería las habilidades necesarias para completar la misión con éxito y escapar con vida, de modo que, a menos que un comandante envíe a un hombre en misión suicida, no es un soldado corriente a quien va a enfrentarse. No, la persona a la que envíen será un francotirador del ejército debidamente adiestrado, y sabrá lo que estará haciendo.

No se apostará en el suroeste porque deducirá que en cuanto el violonchelista caiga, todos los defensores de la zona intentarán cortar el acceso a Grbavica. Es simple geografía. Así que el francotirador tomará la dirección opuesta, y después intentará llegar a las colinas del norte o bien se esconderá en algún piso seguro hasta que pueda moverse. En cualquier caso, no se dirigirá al suroeste.

Flecha mira hacia el este y ve de inmediato dónde estará. No el edificio exacto, pero si es mínimamente bueno, si piensa en términos de la trayectoria de la bala y su necesidad de escapar, sólo hay una zona desde la que podrá disparar.

Empieza a caminar hacia el este, hacia el lugar del que procederá la bala.

Necesita encontrar un punto desde el que pueda apuntar al francotirador, pero que no esté ni en su línea de visión natural ni en un lugar obvio para un contrafrancotirador. Él anticipará su presencia y, antes incluso de empezar a pensar en matar al violonchelista, tratará de garantizar su propia seguridad. Buscará el mejor lugar desde el que ella podría matarle. Si la divisara, su primer disparo sería para ella, y el segundo, para el violonchelista. Eso, al menos, es lo que Flecha haría.

Justo encima de la posición del violonchelista se encuentra la clase exacta de ubicación que escogería alguien que no supiera bien lo que hace. Un edificio de apartamentos que ofrece una clara panorámica de la calle y el punto desde el que la mayoría daría por hecho que dispararía el contrafrancotirador.

Si ella tuviera que matar al violonchelista, desviaría el punto de mira hacia ese edificio con la certeza de encontrar un rifle esperándola allí.

Flecha sonríe. Un plan empieza a cristalizar en su mente. Retrocede por la calle en dirección oeste, y elige un edificio situado en el lado sur con vistas de la zona donde sabe que se apostará el enemigo. Luego vuelve al punto donde tocará el violonchelista y se sienta para confirmar la logística de lo que acaba de idear. Se pregunta si sabrá que alguien va a protegerle y, de saberlo, si esa certeza le reconfortará en alguna medida. La calle sigue vacía y el aire es frío. Pronto el sol empezará a calentar la tierra y más personas se aventurarán a salir. A las cuatro en punto, algunas de ellas se apoyarán contra una pared del lado sur de la calle y observarán al violonchelista tocando durante unos minutos antes de seguir su camino. No sabrán lo que está teniendo lugar sobre sus cabezas hasta que ella dispare, e incluso entonces no será más que un disparo entre los miles de aquel día.

Horas después, Flecha se agacha en una habitación del flanco sur de la calle, al oeste del lugar donde el violonchelista pronto empezará a tocar. Está a varios edificios del lugar desde el cual un francotirador sin talento dispararía al violonchelista. Es un enclave perfecto. No necesita sacar el cañón del rifle a la calle para disparar, lo cual reduce las posibilidades de que el enemigo la vea. Para empezar, él estará en desventaja, ya que el sol irá avanzando hacia el oeste, algo que no interferirá en su disparo al violonchelista pero que le dificultará ver la posición de Flecha.

Todos los factores están a favor de Flecha, excepto uno. Si ha cometido un error, si no han enviado a un francotirador que sabe lo que hace y que se aposta en el flanco sur de la calle, no podrá dispararle. No cree que haya cometido un error, pero, obviamente, no hay modo de saberlo a ciencia cierta. Es otra de las diminutas apuestas de la vida, supone, aunque una parte de ella se pregunta cuán diminuta es ésta en particular.

En la tercera planta de un edificio del flanco norte de la calle, encima de donde el violonchelista tocará, ha tendido una trampa. En la ventana de un

apartamento abandonado ha colocado un rifle apuntando al oeste, hacia donde el francotirador se colocará. El cañón del rifle sobresale levemente por un orificio que hay en el plástico que cubre la ventana y, desde el edificio donde ella cree que estará el francotirador, se distingue el contorno umbroso de una gorra de béisbol. Si el francotirador hace lo que casi todos los francotiradores harían, lo que la propia Flecha haría, disparará a la gorra antes que al violonchelista. Lo habitual es que no haya tiempo de hacerlo, pero un hombre sentado en la calle tocando el violonchelo no tiene posibilidad de moverse de prisa, y seguirá allí varios segundos después; podrá dispararle. De modo que sería mejor eliminar primero a la persona que más probablemente devolverá el disparo. Y cuando el francotirador dispare a su señuelo, si Flecha aún no le ha divisado, delatará su posición. Es un truco rudimentario, lo sabe, pero dado que él tendrá el sol de cara y el plástico que cubre la ventana no le permitirá ver con claridad el interior del apartamento, y que será demasiado temprano para utilizar un objetivo de visión nocturna, algo de lo que ella no dispone, el francotirador no percibirá la trampa. Un francotirador excepcional podría advertir que su objetivo secundario no se mueve ni se retira ante la obvedad de la situación, pero ella está dando por hecho que su adversario sencillamente es bueno y no insólitamente torpe.

El fallo técnico de su plan es que no está del todo segura de que el apartamento donde ha colocado el cebo esté abandonado. Daba la impresión de que nadie vivía en él, pero en casi todos los edificios de la ciudad hay apartamentos en apariencia inhabitables que, en realidad, están ocupados. Si alguien regresara a él, ella estaría en apuros. Su presencia no pasaría inadvertida al francotirador enemigo y lo más probable es que dedujera que se trata de soldados. Aunque esto tampoco supone gran diferencia: Los francotiradores del enemigo no tienen en consideración quién es soldado y quién no lo es.

No obstante, dada la ocasión, Flecha cree que matarían antes a un soldado. Es una simple cuestión de supervivencia. Ella no quiere mancharse las manos con esa sangre, la de alguien cuyo único error fue volver a casa antes de hora. Aunque es algo que ocurre a diario, muchas veces todos los días, nunca ha sido culpa de Flecha y ella procura que nunca lo sea. No será responsable de la muerte de personas que no merecen morir.

Por eso hay dos orificios en el plástico de su ventana. Ha decidido que si en algún momento detecta movimiento en el apartamento que hay sobre el violonchelista, disparará. No dará a nada, pero los disparos harán que quienquiera que haya dentro corra a buscar refugio y salga del campo de visión del francotirador enemigo. Entonces enviará otra bala en dirección al francotirador para informarle que sabe dónde está. Si es como la mayoría, eso será suficiente para convencerle de pensarse dos veces los planes que tiene para el día y marcharse. Volverá, lo sabe, pero ya se encargará de eso cuando ocurra. Al menos está segura del apartamento en el que se encuentra. Una discreta conversación con el hombre que vigila la entrada le ha confirmado que sus habitantes se han marchado, y dos cajetillas de

cigarrillos bastaron para persuadirle de dejarla entrar y guardar en secreto su paradero. Entre los residentes de esa clase de edificios es habitual organizar un sistema de vigilancia, por turnos, para mantener alejados a los francotiradores y a otros indeseables, pero es una sencilla cuestión de eludir a esas personas si uno sabe lo que está haciendo. A un hombre aburrido se le distrae con facilidad, y un hombre asustado ya está de por sí distraído. Colarse de incógnito en un edificio vigilado es un juego de niños. Flecha lo ha hecho más veces de las que puede recordar.

El apartamento en el que está era un hogar bonito. Tiene las ventanas grandes y las habitaciones espaciosas. Está relativamente intacto, aunque una bomba ha alcanzado el cuarto de baño y reducido el lavamanos, la bañera y el retrete a una pila de escombros. Del yeso de las paredes opuestas a las ventanas asoman dagas de vidrio como dardos clavados en una diana, y los vestigios de presencia humana, documentos, fotografías, un sofá desnudo, están desparramados y abandonados. Alguien acabará viniendo para llevárselo todo, aunque sólo sea para convertirlo en combustible. Flecha intenta no pensar demasiado en las personas que antes vivían aquí, cómo serían, si llevarían una vida feliz, si siguen vivas, si murieron aquí.

A través del visor inspecciona los edificios del este. Si va a haber un francotirador, sin duda estará ya en su puesto. Ha pasado las últimas horas estudiando la calle, detectando en qué apartamentos hay gente de aspecto legítimo, en cuáles hay sólo vigilantes y, especialmente, en qué ventanas no se ve nada. Pero, ante todo ha estado estableciendo una base de observación de cómo son las cosas, para advertir de inmediato el menor cambio. Por el rabillo del ojo vigila en todo momento el apartamento *del* señuelo. Hasta ahora no ha detectado movimiento en su interior.

Hay, en particular, tres ventanas que la inquietan. Están situadas en posiciones excelentes desde las que disparar a la calle, y las tres están próximas a una escalera que patrocina una vía de escape difícil de obstruir. No ha visto ningún indicio de actividad, justo lo que espera no ver si hay un francotirador dentro.

Cada vez se siente más segura de su plan, pese al hecho de que aún no sabe dónde está el francotirador. Su convicción no se basa en nada racional. No ha obtenido la menor información eliminando la posibilidad de que esté en su zona, al oeste del violonchelista, esperando a que éste aparezca. Por lo que sabe, podría estar en el apartamento contiguo al suyo, debajo o en el tejado. Si es insensato, se habrá salvado. Pero, con cada minuto que pasa, ella está más convencida de que no es insensato. Sabe que está en una de las tres ventanas

Aunque no le mira, Flecha es consciente de que el violonchelista ha salido del portal en cuanto éste pone un pie en la calle. Antes de que él abra el taburete, ya ha inspeccionado las tres ventanas media docena de veces y barrido dos la zona. Cuando él cierra los ojos y deja los brazos colgando a ambos lados del cuerpo, ella le mira, sólo un segundo, y luego, mientras él sigue sentado inmóvil, escruta las

ventanas cuatro veces más. No ve nada.

Una bomba estalla en un sector lejano de la ciudad, y por un instante Flecha cree ver algo en una de las ventanas. Está en la cuarta planta de un edificio de apartamentos, a unos setenta metros al este del violonchelista. No sabe qué es. Una sombra, quizá, una luz tenue, un movimiento casi indiscernible. No está segura de que sea algo siquiera.

Al inspeccionar las otras dos posibilidades, no consigue sacudirse de encima la sensación de que, cada vez que desvía la mirada de la ventana de la cuarta planta, se está perdiendo algo. Cálmate, se dice. Deja que esto venga a ti. Deja que las cosas ocurran como van a ocurrir, y reacciona como vas a reaccionar. No lo compliques.

Barre con la mirada el tramo oriental de la calle, tanto el flanco norte como el sur. Busca cualquier mínimo detalle que pudiera haber cambiado, un ladrillo movido, una sombra distinta. Intenta no quedarse atrapada en la duda de si hay o no alguna diferencia. Si la hay, lo sabrá. Si no la hay, pensar en eso no va a ayudarla. La tentación de divagar es grande, pero ella no sucumbe.

El violonchelista alza el arco y empieza a tocar. El sonido se eleva y alcanza a Flecha, a ratos inaudible, a ratos tan claro y alto que parece que proceda de su misma habitación.

Tres plantas por encima de él, su señuelo descansa impertérrito. El apartamento sigue vacío. Su trampa, por el momento, no ha surtido efecto, pero tampoco ha fracasado.

La ventana de la cuarta planta vuelve a atraerla. En el primer vistazo está a punto de pasar por alto lo que ha cambiado. Se dispone a desviar su atención hacia una de las otras ventanas cuando ve un orificio en el plástico, de unos tres centímetros de largo, en la esquina derecha. No es suficientemente grande para apuntar y disparar por él, pero sí para mirar. Ése sería el primer paso.

Considera la posibilidad de arriesgarse. Podría colar una bala por ese orificio. Si él está mirando a través de él, morirá, o al menos sufrirá una herida grave. Pero si no está mirando, escapará, y ella volverá al principio. Además, se recuerda, no tiene modo de saber quién está en el apartamento. No puede ir disparando a los apartamentos sin estar segura de quién hay dentro, aunque sepa que está en lo cierto. Sabe que él está dentro.

Advierte movimiento en su visión periférica. Mira hacia la calle. Dos chicas, apenas adolescentes, se han acercado al violonchelista y están a pocos metros de él. Se detienen, delgadas y serias, y le escuchan tocar. Si él sabe que están allí, no da ninguna muestra. Se encuentran directamente en la línea de fuego del francotirador.

Flecha vuelve a clavar la mirada en la ventana de la cuarta planta. El orificio del plástico no ha crecido, tampoco hay orificios nuevos. ¿Será capaz de disparar por una abertura tan pequeña?, se pregunta. No lo cree. No sin cierto grado de precisión. Pero ¿y si es capaz?

Entonces morirán, le dice una voz en su interior. Los tres. Y tú fracasarás.

Por primera vez desde que cogió un arma para matar, Flecha siente pánico. Está bloqueada. No puede hacer nada. No hay el menor instante en el que refugiarse, ninguna cadena de acontecimientos que le dicte una salida. Todo se ha soltado y flota, y ella sólo puede hacer una cosa: disparar a ciegas. Pero no está dispuesta a hacerlo. O eso cree. No parece que esté escogiendo. Sencillamente, no lo hace. Si decidiera disparar, no está segura de que fuera a hacerlo.

En la calle, las chicas se mueven. Salen de la línea de fuego y dejan un pequeño ramo de flores silvestres frente al violonchelista. A Flecha le parece diente de león. Luego se dan media vuelta y se encaminan hacia el oeste, hacia ella, y siguen avanzando por la calle hasta que dejan atrás a Flecha y ya no corren peligro.

Hay movimiento en la ventana. Un cambio, una pequeña alteración en la luz. Una sombra detrás del plástico donde antes no había ninguna. Su dedo cubre el gatillo. Lo único que necesita es que se muestre un instante. Que haga un movimiento que le haga saber quién es. Una nimiedad. Tan sólo una nimiedad más de las nimiedades que no lo son. Otro movimiento es todo cuanto precisa.

La música cesa. Flecha no recuerda haberla oído en los últimos minutos y no sabe si el violonchelista ha ter minado o si ha ocurrido algo. Sigue concentrada en la ventana de la cuarta planta. Su universo consiste en un metro cuadrado de plástico. Y nada ocurre. Nada se mueve, nada cambia. Pasan diez minutos. Cuando mira a la calle, el violonchelista ha desaparecido.

Se desploma en el suelo, sin saber muy bien lo que ha pasado. Estaba segura de que estaba allí. Ahora ya no lo está tanto. ¿Por qué no ha disparado? Lo tenía a tiro. Debía de tenerlo a tiro. No tiene sentido. ¿Por qué quedarse por aquí un día más? La incursión en territorio enemigo es peligrosa e incómoda, algo que debe reducirse al máximo en el tiempo. Si lo tienes a tiro, lo haces y te vas. Pero él no lo ha hecho.

Se siente como si hubiera fracasado, aunque sabe que no es así. Su trabajo consiste en mantener al violonchelista con vida. El propio Nermin lo dijo con estas mismas palabras. Que un francotirador enemigo muera no es la cuestión. El violonchelista está vivo. Y volverá mañana. Así que no ha fracasado.

Flecha piensa en las dos chicas que han dejado las flores delante del violonchelista. ¿Odiarán a los hombres de las montañas tanto como ella? ¿Les odiarán por ser unos cabrones homicidas, unos asesinos sin remordimientos? Confía en que no sea así. Eso es demasiado fácil. Si odian a los hombres de las montañas, entonces también están obligadas a odiarla a ella. Ella también mata. En días como hoy, cuando no mata, experimenta una sensación de pérdida que pone de manifiesto la hostilidad que alberga en su interior y que es más profunda que la falta de remordimientos. Es casi lujuria.

Confía en que las chicas, y el resto de la ciudad, odien a los hombres de las montañas por la misma razón que ella: porque la han hecho odiar. Iniciaron una guerra diciendo que el pueblo de Sarajevo se odiaba, que el pueblo les combatía, diciendo que ellos no, que ellos eran una ciudad sin odio. Pero después los hombres

de las montañas empezaron a matar y a mutilar y a destruir. Y poco a poco consiguieron lo que querían: una victoria tan clara como sería si pudieran entrar con sus tanques en la ciudad. La han hecho odiarles, a ella y a la gente como ella.

Horas después, cuando ya casi es de noche y Flecha considera que es seguro salir del apartamento, pasa junto al ramo que las dos chicas han dejado y ve que es parte de una gran ofrenda de flores que han colocado a los pies del violonchelista, en el lugar donde cayó la bomba. Algunas están mustias. Ahora entiende lo que hacían las chicas. Lo que no entiende es cómo es posible que no haya reparado hasta ahora en la pira de flores secas. Flecha da media vuelta y se encamina hacia su apartamento, sabiendo que mañana volverá.

Kenan

Todo cuanto Kenan puede hacer es alzar la vista hacia lo que queda de la Biblioteca Nacional. Aunque la estructura de piedra y ladrillo sigue en pie, su interior está completamente arrasado. El fuego ha dejado lengüetazos de hollín encima de todas las ventanas, y el techo abovedado de cristal que coronó ufano el edificio durante un siglo yace hecho trizas en el suelo. El tranvía antes describía aquí un semicírculo, ofreciendo una exhaustiva panorámica del icónico edificio. Era uno de sus lugares favoritos de la ciudad, aunque no fuese un gran lector. Era la manifestación más visible de una sociedad de la que se sentía orgulloso. Ahora las vías del tranvía ya no ofrecen ningún servicio y tan sólo muestran lo que se ha perdido.

Los hombres de las montañas hicieron de la biblioteca uno de sus primeros objetivos y lo abordaron con gran eficacia. Kenan no sabía si fueron los morteros lo que inició el fuego o si alguien colocó de incógnito una bomba, como hicieron con la oficina de Correos, pero sí sabía que, mientras ardía, arrojaron más bombas incendiarias al edificio. Fue hasta allí cuando oyó que estaba ardiendo, sin saber por qué. Contempló, impotente e inútil, cómo aquel símbolo de lo que la ciudad era, y lo que muchos aún querían que fuera, sucumbía a los deseos de los hombres de las montañas.

Llegaron los camiones de bomberos y se convirtieron en objetivos, atacados por francotiradores ocultos. Los morteros caían sobre ellos, disparados por un ejército que en un tiempo había jurado proteger la ciudad. Los bomberos combatieron las llamas tanto tiempo como pudieron, hasta que algún comandante que comprendió la futilidad de la situación les ordenó retirarse. Kenan vio a un bombero que no debía de alcanzar la treintena y que siguió de pie, solo, mirando aquel infierno. No se movió en absoluto hasta que, exhausto, cedió a sí mismo y se desplomó de rodillas. Sus compañeros corrieron hasta él, creyendo que un francotirador le había alcanzado. Cuando le ayudaron a ponerse en pie y se lo llevaron, Kenan vio que tenía las mejillas surcadas de sudor o de lágrimas, y que sus labios se movían, mudos, de un modo que hizo pensar a Kenan que estaba rezando. Durante días, las cenizas de millones de libros cayeron sobre la ciudad como si fuera nieve.

En aquel momento, Kenan creyó que al bombero lo había vencido la pérdida de la biblioteca, pero ahora cree que lo que le hizo desplomarse fue la impotencia para hacer nada por salvarla, o incluso para ralentizar su pérdida. Cuando sus hijos le preguntan por el motivo de la guerra, por qué la gente se muere de hambre y recibe disparos, Kenan no sabe responderles; cuando les ve sufriendo y no hay nada que él pueda hacer al respecto, ve al bombero en sí mismo y desea que alguien fuera a recogerle, ponerle en pie y llevárselo. Pero no puede derrumbarse, porque sus hijos le miran para sentirse seguros de que todo irá bien, de que la guerra acabará, de que todos sobrevivirán. Hay momentos en que no sabe cómo consigue no evaporarse, cómo su ropa no cae al suelo, vacía de la poca sustancia que las llenaba.

Dobla la esquina y el puente Séher Cehaja se extiende ante él. Se detiene y recoloca las garrafas de agua antes de refugiarse tras uno de los grandes arcos maestros de la biblioteca. Barre las colinas con la mirada, sin saber muy bien qué está buscando, pero anhelante de algún indicio tranquilizador de que nadie está apuntando con un arma al puente. Tras varios minutos, un hombre y una mujer doblan la esquina. Le miran, recelosos, pero no se detienen. Enfilan hacia el puente y Kenan siente el impulso de llamarles, pero no tiene nada útil que decir. Decirles que podría haber un francotirador vigilando el puente equivaldría a decir que el sol ha salido esta mañana. Así que les deja marchar. Serán sus cobayas.

Tienen un aire casi desprecupado. No alzan la mirada hacia las colinas, no se paran. Cuando llegan al puente, aceleran un poco el paso, caminan deprisa sin llegar a correr. La mujer avanza algo más rápida que el hombre, y él aprieta el ritmo para ponerse a su lado. Cuando llegan a mitad del puente, a Kenan le embarga una abrumadora sensación de condena; está seguro de que los disparos están a punto de llegar, ambos van a morir. Pero los disparos no llegan, y la pareja alcanza el otro extremo del puente. Reducen un poco el paso, tal vez seguros de que ya no corren peligro, aunque Kenan sabe que aún puede alcanzarles una bala. No estarán a salvo hasta que se encuentren tras el parapeto de los edificios, pero la pareja lo ignora o lo pasa por alto.

Una mujer se acerca por su espalda. Apenas debe de superar los cincuenta, piensa Kenan; tiene el pelo cano, aunque eso ya no es referente alguno. No tenía idea de cuántas mujeres se teñían el pelo hasta que la guerra llegó y el tinte se convirtió en otro artículo de lujo para los reyes del mercado negro. Kenan vuelve a mirar a la mujer y piensa que probablemente es más joven de lo que había creído en un primer momento. Podría incluso tener su misma edad. No hay modo de saber lo que la guerra ha hecho para envejecerla.

Lleva una garrafa de agua de cuatro litros en cada mano. Saluda a Kenan y mira hacia el puente.

—¿Es seguro?

Kenan se encoge de hombros.

—Acaba de cruzar una pareja y no han disparado. Pero quién sabe.

La mujer repara en sus garrafas.

—¿Va usted a la destilería?

—Sí. —Por un instante, Kenan se pregunta si no irá a pedirle que le traiga agua, pero antes incluso de concluir el pensamiento sabe que está siendo irracional—. ¿Y usted?

—Si puedo. La colina es pronunciada, así que tengo que parar a menudo a descansar. Pero lo conseguiré. Es el puente lo que no me gusta.

Mira al puente, luego a las colinas.

—Creo que es seguro.

Considera la posibilidad de preguntarle qué es lo que busca en las colinas. Quizá sabe algo concreto que él ignora.

La mujer no reacciona y Kenan tiene la sensación de que se está entrometiendo en su intimidad, aunque él estaba allí antes y no se encuentran en un lugar privado. Quiere marcharse, de modo que coge las garrafas y echa un último vistazo al puente.

—¿Va a cruzar ya? —pregunta ella, y se yergue.

—Sí. —Vacila un instante, sin saber qué quiere la mujer de él, o si acaso quiere algo—. ¿Quiere que crucemos juntos? ¿Sabe?, parece más seguro ir acompañado.

Ella parece tantear la propuesta. Él se pregunta cuál de ellos será un objetivo más atractivo. No hay manera de saberlo.

—No —contesta—. Creo que descansaré un rato.

Él asiente y sale a la calle. Se alegra de volver a estar en camino. No está seguro de lo que acaba de ocurrir, pero ha habido algo en la esencia de este intercambio que le ha enervado. Avanza tan deprisa como puede, a ritmo de marcha primero y después más rápido. Uno de sus pies alcanza el puente y él sabe que está expuesto. Zigzaguea un poco, derecha, luego izquierda, derecha de nuevo, y entonces echa a correr en línea recta, tratando de parecer imprevisible. El truco consiste en hacer que los movimientos sean aleatorios, pero no frenéticos. Una vez vio a un hombre moverse demasiado deprisa hacia un lado en un intento de resultar evasivo, pero resbaló y se torció un tobillo. Se quedó tendido en la calle varios minutos hasta que alguien fue a socorrerle y lo llevó a cubierto. Aunque no le dispararon, podrían haberlo hecho, y el hombre le habría ahorrado al francotirador la mitad del trabajo.

Las garrafas de Kenan chocan entre sí y, aunque el sonido no es llamativo, a él le recuerda al de los tambores y le asusta, le hace fantasear con que alguien le persigue. Acelera la carrera, mucho más de lo que considera seguro, pero el terror se ha apoderado de él y no puede controlarse. El final del puente está a sólo unos pasos y uno de sus pies pisa una grieta en el pavimento. Está a punto de caer, pero, de algún modo, consigue mantener el equilibrio y acaba de cubrir el puente a trompicones hasta llegar a la protección de un pequeño edificio que queda a su izquierda.

Se sienta, jadeante, con los pulmones calientes y secos, hasta que recupera el aliento y se levanta. Vuelve la mirada atrás, a la biblioteca, y ve a la mujer mirándole. Se encuentra demasiado lejos para estar seguro, pero imagina que se ríe de él. ¿La ha tranquilizado, se pregunta, o ha hecho que se sienta aún más reticente a cruzar? La mujer no se mueve, de lo que él deduce que no le ha inspirado ninguna confianza.

Frente a él está la cafetería a la que solía ir, la Casa del Rencor. La historia narra que antes estaba al otro lado del río, en la margen derecha. Cuando los austro-húngaros regularon el cauce del Miljacka, estaba en su camino, pero el propietario se negó a que lo demoliesen. Accedió a entregar esa tierra sólo con la condición de que trasladaran su casa, ladrillo a ladrillo, a la margen izquierda del río. Además, pidió un saco de ducados, por inquina. Kenan nunca ha sabido si la historia es real o no, pero tampoco cree que importe. Lo que ahora quiere es que los hombres de las montañas bajen y reconstruyan todos los edificios tal como eran antes, ladrillo a ladrillo. Y, ya puestos, que también suelten algo de dinero, aunque ¿quién es él para decir qué es inquina y qué reparación? Mira el ahora cerrado restaurante y se ríe un poco de sus elucubraciones. Los hombres de las montañas bajarán a la ciudad por un único motivo, y no será el de devolver las cosas a su antiguo estado.

Coge las garrafas, se cuelga la cuerda al hombro y se agacha para coger también las botellas de la señora Ristovski. No comprende por qué ella insiste en esos envases en particular, por qué no puede cambiarlos por unos con asa. Sabe que es mayor y que está aferrada a sus costumbres, pero tampoco es que se haya pasado la vida cargando agua en esos envases. Ha batallado con la escasez de agua exactamente el mismo tiempo que él, espero sin tener que bajar la colina, atravesar la ciudad, cruzar un puente, subir otra colina y volver a casa. Si alguien debiera aferrarse a sus costumbres es él.

Recuerda cuando la conoció, casi diecisiete años atrás. Él y Amila tenían veintipocos, acababan de casarse, su primera hija sólo tenía unos meses. Se mudaron al apartamento una lóbrega mañana de primavera, y por la tarde oyeron unos insistentes toques en la puerta que con el tiempo llegarían a conocer bien.

Kenan abrió y encontró a la señora Ristovski allí, de pie, con un aspecto muy similar al que tiene hoy. Ella le incrustó una maceta con helechos en las manos, avanzó un paso, se quitó los zapatos y le miró.

—Soy tu vecina, la señora Ristovski —dijo—. ¿Tienes unas zapatillas?

Kenan se presentó, le pasó la planta a su desconcertada esposa y rebuscó en varias cajas hasta que encontró un par de zapatillas.

—Son un poco pequeñas —dijo la mujer mientras embutía los pies en ellas—, pero por ahora bastarán. La próxima vez traeré las mías.

Se sentaron en el sofá que los padres de Kenan les habían regalado cuando se casaron y su mujer fue a hacer café. La señora Ristovski le recitó una larga

lista de lo que debía y no debía hacer con la planta, y él la escuchó con toda la atención de que fue capaz. El bebé dormía en la habitación de al lado. Él mencionó su presencia varias veces y habló en voz baja, con la esperanza de que la señora Ristovski tomara ejemplo. Pero ella no hacía más que elevar el tono cada vez que hablaba, hasta que a Kenan le pareció que gritaba.

Su mujer volvió con el café justo cuando el bebé se despertaba, a gritos. Le miró ceñuda, como si fuera culpa suya que la señora Ristovski no fuera capaz de hablar en voz baja. Cuando Amila se fue, la señora Ristovski tomó un sorbo de café y arrugó la expresión.

—Menudos gritos suelta vuestro bebé. Confío en que tú y tu mujer no seáis tan ruidosos.

Kenan le aseguró que no lo eran y el resto de la visita transcurrió más o menos sin incidentes. A partir de entonces, la mujer les visitaba una o dos veces por semana, por lo general por la tarde, cuando Kenan estaba en casa. Él siguió tan bien como pudo sus instrucciones con respecto a la planta, pero ésta fue marchitándose rápidamente. A la señora Ristovski no le pasó por alto. En una de sus visitas, miró la planta reseca, sacudió la cabeza y dijo:

—Espero que seas más cuidadoso con tus hijos que con las plantas. Son mucho más difíciles.

Kenan supo más tarde que cada vez que alguien se instalaba en el edificio, la señora Ristovski le llevaba una maceta con helechos que, sin excepción, morían al cabo de unas semanas. La opinión general era que ella los había envenenado, que los había condenado desde el principio, pero Kenan nunca acabó de creerlo. No obstante, había advertido que la mujer no tenía ninguna planta en su piso.

Solía sorprenderse defendiéndola frente a los demás, sin demasiado entusiasmo, recordándoles que su marido había muerto hacía cincuenta años y que ella había vivido sola desde entonces. Pero cuanto más pensaba en ello, tanto menos le parecía una buena justificación de su amargura. No podía haber tenido más de veinticinco años cuando se quedó viuda, una edad lo bastante tierna para rehacer la vida. No tenía la menor pista de qué la había hecho ser cómo era, si haber perdido a su esposo en la guerra, la guerra en sí o algo que ocurriera después. Quizá siempre había sido así.

Nada de esto explica por qué él lleva hoy esas botellas imposibles, lo sabe. Le hizo una promesa, pero ya ha roto promesas con otras personas y sospecha que volverá a hacerlo. Ni siquiera puede fingir que le caiga bien y, aunque la teme un poco, no está tan intimidado para hacerle una reverencia cada vez que le exige algo. Siendo sincero consigo mismo, no tiene idea de por qué sigue llevándole agua a la señora Ristovski.

Es hora de seguir avanzando. La destilería está ya cerca, sólo un poco al oeste y luego al sur, colina arriba. Cruza la calle y ataja por un

aparcamiento vacío, refugiándose siempre que puede. A medida que asciende, ve cómo el agua se derrama hasta la calle desde los caños de la destilería. Las huellas de los que le han precedido le recuerdan el rastro que las babosas dejan en el jardín. Un camión con un depósito de plástico enorme pasa por su lado, da un bocinazo y le obliga a hacerse a un lado. Ahora ya hay mucha más gente en la calle, la mayoría cargada con su peculiar parafernalia de envases para el agua, y todos ellos se ven también obligados a hacerse a un lado para dejar pasar a ese camión y a los que pronto le seguirán. Es una peregrinación, un desfile, todos son ratas de Hamelin. Cuando ve el edificio de color rojo intenso de la destilería, se siente tan feliz como aprensivo, porque, si bien ha llegado al fin a su destino, sabe que le espera un largo camino antes de volver a estar en casa.

Dragan

—¿Qué crees —pregunta Dragan— que es peor: que te hieran o que te maten?

No sabe por qué le ha hecho esta pregunta a Emina. Parece casi frívola, como preguntar si es peor que le hiervan a uno vivo con agua o con aceite.

Sigue apoyado contra el furgón; ella está frente a él, de espaldas a la calle, y cada poco transfiere el peso del cuerpo de un pie al otro, como si no acabara de encontrar una postura cómoda.

—Creo —dice, desplazando la mirada hacia el cruce— que es mejor que te hieran. Al menos así te queda alguna posibilidad de vivir.

—No muchas —dice él, y enseguida se pregunta por qué.

¿Qué sentido puede tener esta conversación? No obstante, las palabras siguen brotando de su boca y él parece incapaz de detenerlas. Es como arrancarse una costra.

—¿Qué quieres decir? Una posibilidad es una posibilidad.

—Los hospitales no podrían hacer gran cosa por ti. Les falta equipo y medicamentos, les falta personal.

Tampoco sabe si alguna de estas afirmaciones es cierta, pero le parecen probables.

—Tengo entendido que están bastante bien equipados. Por lo visto muchos heridos sobreviven.

Él percibe que su visión crítica la ha molestado, que ella no quiere que tenga razón. Se le ha enrojecido el cuello y se ha separado levemente de él.

—Si están tan bien equipados, ¿por qué arriesgas la vida para entregar un medicamento que ya tiene casi diez años?

Acaba de anotar un punto directo. Ella retrocede un paso, se saca las manos de los bolsillos y se las lleva al pecho. Por un instante, Dragan duda de si irá a abofetearle. No le importaría que lo hiciera. Sabe que lo merece.

—Lo siento —dice—. No sé por qué he dicho eso.

Ella no se mueve. Le escruta sin parpadear. Él no sabe qué está buscando ella. Intenta parecer arrepentido, se obliga a no pronunciar

palabra, a guardar silencio. No hay nada que pueda decir para arreglar la situación.

Aun así, siente que su boca se mueve y las palabras escapan de él:

—No entiendo por qué no estás asustada. No entiendo cómo la idea de que te alcance un tiro o un bombazo no te asusta.

Ella exhala y deja las manos colgar flácidas a ambos lados del cuerpo.

—Hay un hombre tocando el violonchelo en la calle —dice—. Cerca del mercado. Donde murieron aquellas personas que hacían cola para comprar pan.

Dragan supo de la masacre cuando ocurrió. No fue lejos de la casa de su hermana. De no haber sido porque él llevaba pan a casa todos los días que le tocaba trabajar, es posible que ella también hubiese estado en aquella cola. Pero desde entonces no había vuelto a pensar en ello. Si bien fue uno de los ataques más cruentos contra civiles, no fue mucho peor que el peaje global que se paga a diario.

—Todos los días, a las cuatro. —Se vuelve hacia Dragan al decirlo, como si hubiese algo que él no comprende—. Todos los días se sienta allí y toca. La gente va a escucharlo. Algunos dejan flores. Yo he ido varias veces. Unas me quedo hasta que acaba, otras me marchó al cabo de unos minutos.

Dragan asiente. Ha oído hablar del violonchelista, de pasada, pero nunca le ha dedicado demasiados pensamientos ni ha ido a verle. No está seguro de por qué Emina le está diciendo todo esto, pero no va a interrumpirla. La dejará hablar hasta que acabe.

—No sé cuál es la pieza que toca, no sé cómo se llama. Es una melodía triste. Pero a mí no me entristece. —Le mira directamente a los ojos, no desvía la mirada, y él se siente un poco incómodo—. ¿Por qué supones que lo hace? ¿Está tocando por la gente que murió? ¿O por la que no ha muerto? ¿Qué espera conseguir?

Dragan sabe que no es una pregunta retórica. Ella espera una respuesta. Él no la tiene. Ignora por completo qué debe de poseer a una persona para hacer algo semejante.

—¿Para quién toca? —vuelve a preguntar ella, y de pronto Dragan cree saberlo.

—Quizá esté tocando para sí mismo —dice—. Quizá sea lo único que sepa hacer y no esté haciéndolo para que ocurra algo.

Y entonces cree que es verdad. Lo que el violonchelista quiere no es un cambio ni una solución inmediata a todo, sino evitar que las cosas empeoren. Porque, como decía el optimista del chiste de la madre de Emina, las cosas siempre pueden empeorar. Pero tal vez lo único que evitará que empeoren es que la gente haga lo que sabe hacer.

La respuesta parece haber satisfecho a Emina o, cuanto menos, la ha intrigado. Se reclina contra el furgón. Al rato dice:

—Jovan dice que está loco. Dice que es un acto inútil, que sólo va a conseguir que le maten.

Dragan reflexiona sobre eso.

—Jovan es idiota —espeta. No mira a Emina, sino que sigue manteniendo la vista al frente.

—Lo sé —dice ella—. En cierto modo, antes era una de las cosas que me gustaban de él.

Él se aventura a mirarla un instante y ve que no sonríe.

—Tengo miedo, Dragan. Tengo miedo de todo, de morir, de no morir. Tengo miedo de que esto siga siendo así siempre, de que esta guerra no sea una guerra sino el modo en que la vida será a partir de ahora.

Dragan asiente. La rebeldía se ha desvanecido en él.

—Yo también —dice—. De todo.

Ella avanza un paso, se gira y se coloca a su lado. Por el momento, nadie ha sido lo bastante valiente para volver a intentar cruzar, pero se intuye que alguien pronto se aventurará y el resto de los presentes parecen estar esperando a ver qué ocurre. Dragan alza la mirada al cielo y observa una nube grande y gris. Le da la impresión de que la nube avanza despacio. Se pregunta si será verdad o si sólo es una cuestión de perspectiva, si la nube en realidad está avanzando tan deprisa como un pájaro puede volar o como un coche puede correr. No lo cree, pero no tiene modo de saberlo, y el hecho de que no haya modo de saberlo lo reconforta. Vuelve a mirar la calle, y se obliga a no volver a mirar al cielo hasta que esté seguro de que la nube haya pasado.

Un hombre con una chaqueta amarilla decide que es seguro cruzar. Sale disparado con la cabeza gacha y corre en zigzag hasta ponerse a salvo al otro lado de la calle. Eso parece reportar cierto alivio a las personas que esperan y varias hacen acopio de valor para lanzarse. Consiguen alcanzar la otra acera sin incidentes. Poco a poco, el grupo que se había formado va dispersándose, hasta que tras la protección del furgón ya no queda nadie de los que estaban la última vez que el francotirador disparó, excepto Dragan y Emina.

—Una mujer va a visitar a una amiga —dice Emina con voz rauda y ligera—. La mujer entra y la amiga le pregunta si le apetece un poco de café. «No, gracias —contesta la primera—. Estoy bien». Y la amiga dice: «Fantástico, así podré ducharme».

Dragan se ríe, aunque ya conocía el chiste. Existen media docena de versiones, pero en cada una de ellas la mujer se las apaña para hacer algo más trascendental con una cantidad absurdamente pequeña de agua. No dista mucho de la realidad. Dragan es capaz ahora de lavarse el cuerpo entero con medio litro. Un cuarto para enjabonarse, un cuarto para enjuagarse. No es lo mismo, pero funciona. Si además el agua está tibia, se convierte en un placer.

En pocas semanas, su hijo, Davor, cumplirá diecinueve años. Si siguiera aquí, casi seguro que habría acabado combatiendo, de forma voluntaria

o bien como recluta a la fuerza. Dragan recuerda el día en que su hijo nació, al amanecer, aún no había salido el sol. Llevaban un día y medio en el hospital. Su mujer estuvo de parto casi treinta y seis horas, y los rostros consternados de los médicos y las enfermeras le aterrorizaron, pero finalmente liberaron al niño del cuerpo de su madre y lo declararon sano. Su débil llanto emergiendo de un fardo de sábanas llegó a oídos de Dragan como si fuera música. Luego le arrojó un abrumador sentimiento de benevolencia, no sólo hacia su hijo, sino hacia el mundo que le rodeaba, deseando que fuera todo lo que no era, preguntándose qué podía hacer él para mejorarlo. Pero el sentimiento se desvaneció y más tarde desapareció por completo, como si nunca hubiese existido.

Pese a ello, Dragan deseaba lo mejor para su hijo y seguía queriendo que el mundo fuera diferente, pero, en realidad, nunca se había parado a pensar en cómo podía conseguirlo, qué posible efecto podrían tener sus actos. Ahora, con frecuencia se pregunta si hubo algo que hizo o que no hizo que influyera, si bien en grado mínimo, en la desintegración de la ciudad. Se pregunta qué habría ocurrido si los hombres de las montañas y los hombres de la ciudad hubiesen albergado en sus corazones una diminuta fracción de la benevolencia que él descubrió y sintió por una criatura recién nacida.

Por el este, a unos veinte metros, se acerca un perro negro y pequeño. Lleva el morro pegado al suelo, la cola gacha, y camina con paso decidido. El perro no se detiene a husmear nada en particular ni mira a las personas con las que se cruza. Dragan se sorprende observándolo mientras se aproxima, cada vez más, y cuando mira a Emina ve que ella está haciendo lo mismo. El perro pasa por su lado, lo bastante cerca para tocarlo, pero no da muestras de apercebirse de su existencia. Nadie más parece haber reparado en él, claro que, ¿cómo iban a hacerlo? La ciudad está llena de perros callejeros. Éste no tiene nada de especial. Pero, si es así, ¿por qué están Emina y él mirándolo? Es por la singularidad de la aparente resolución del perro. Este perro tiene un sitio adonde ir.

El perro alcanza el cruce y lo enfila sin vacilar. Dragan se pregunta si sabrá que hay un hombre armado en las montañas. Como respondiendo a sus elucubraciones, el perro alza el morro del suelo, vuelve la cabeza a la izquierda y mira las colinas. Esto hace creer a Dragan que el perro sabe lo que está ocurriendo. Podría incluso saber dónde está el francotirador. Quizá un perro pueda oler el sendero que recorre una bala, trazar su trayectoria desde el origen. El perro podría perfectamente saber desde qué ventana o tejado dispara el francotirador. ¿Alguna vez ha hecho alguien un experimento al respecto? ¿Sabemos a ciencia cierta qué puede y qué no puede oler un perro?

Dragan se pregunta si un francotirador dispararía a un perro. ¿Desperdiciaría una bala y se arriesgaría a revelar su posición a un contrafrancotirador? Si los hombres de las montañas no dispararían a un perro pero sí a nosotros, eso debe de significar que nos consideran diferentes. Pero la cuestión es si somos mejores o no. ¿Reconocen más de sí mismos en un perro o en

un ser humano?

El perro está a punto de cruzar, con el morro de nuevo rozando el suelo. Alcanza el otro lado y de pronto, inesperadamente, se detiene, se da la vuelta y mira atrás. Observa la calle unos segundos, Dragan no sabe exactamente qué, y luego prosigue, hasta que se pierde de vista.

—¿Adónde supones que va el perro? —le pregunta Emina.

Él la mira y ve que sonríe.

—No tengo ni idea.

—Me pregunto qué tarea tan urgente tendrá que llevar a cabo un perro para caminar con esa deliberación.

Dragan está a punto de contestar cuando cae en la cuenta de que, vaya a donde vaya, sea cual sea la tarea que le ocupa, hay poca diferencia entre el perro y él. Los dos tan sólo intentan sobrevivir. A diferencia de los hombres de las montañas, que siguen diferenciando entre perros y humanos, Dragan ahora apenas aprecia esa diferencia. Ha sentido el mismo grado de preocupación por el perro al verle entrar en la línea de fuego del francotirador que por las cuarenta o cincuenta personas que han cruzado en el rato que lleva aquí.

Emina le está mirando, esperando una respuesta a su pregunta.

—¿Adónde tenemos que ir cualquiera de nosotros con tanta urgencia? —dice, con la esperanza de zanjar así la discusión. No quiere seguir pensando en el perro.

Se pregunta cuánto tiempo lleva aquí, esperando a cruzar. Quizá tres cuartos de hora. ¿Ha aumentado esa espera sus probabilidades de conseguirlo?

—¿Por qué cruzamos la calle los ciudadanos de Sarajevo? —le pregunta a Emina.

Ella sacude la cabeza, se saca las manos de los bolsillos y se aparta el pelo de la cara.

—Buena pregunta.

—Para llegar al otro lado —se contesta él mismo. Emina gruñe, porque es un chiste ciertamente malo. A Dragan no le importa. Lleva meses sin contar un chiste. Le hace sentir bien, aunque el chiste sea pésimo.

—Creo —dice ella, medio riéndose aún— que ha llegado la hora de que esta ciudadana se arme de valor. Si cruzo ahora, podría volver a tiempo para escuchar al violonchelista.

Dragan deja de reír. Tiene razón. Ya llevan aquí demasiado tiempo.

—Voy contigo —dice.

Emina asiente y ambos se acercan al cruce, ella delante, Dragan detrás. Cuando están a punto de alcanzar la parte trasera del furgón, el límite a partir del cual deberían correr, Dragan empieza a ponerse nervioso. Le sudan las manos, luego también la espalda y los pies. Nota que le falta el aliento. Alarga una mano y la posa en el hombro de Emina para detenerla.

—Aún no puedo —dice—. No estoy preparado. Emina asiente de nuevo.

—¿Quieres que me quede a esperar contigo? Sí, quiere, pero prefiere no decírselo.

—Estoy bien —dice—. No tengo especial prisa.

Ella le mira, ve su rostro tenso, y él se pregunta si decidirá quedarse con él a pesar de sus palabras tranquilizadoras.

—Dale muchos recuerdos a Raza —dice ella, y se inclina hacia él y le abraza. Él la siente cálida, sustancial, mucho mayor que la última vez que la abrazó, hace apenas un rato. Ella ha vuelto a hacerse real para él. Es la persona que conocía en el pasado. Afectada por la guerra, cambiada, pero la mujer que conocía sigue allí. No la ha cubierto el gris que tapiza las calles. Se pregunta por qué no lo habrá advertido antes, se pregunta cuánto más le habrá pasado inadvertido.

Dos personas cruzan desde el otro lado, un hombre y una mujer. El hombre ya está a medio camino, la mujer apenas lo inicia. La mujer tiene el pelo recogido con un pañuelo negro y el hombre lleva un sombrero marrón de ala ancha, un estilo de sombrero que Dragan nunca ha tenido pero que siempre ha admirado. Es la clase de sombrero que llevaría un detective, piensa.

Emina sale a la calle. Aprieta el paso hasta casi correr, pero a Dragan le da la impresión contraria. El mundo entero se ha tornado borroso, pegajoso, como subacuático. La lana azul del abrigo de Emina es una mancha informe y Dragan se siente cansado. Podría dormir durante días.

Un joven se acerca a Dragan y se prepara para cruzar. Duda sólo un instante, respira hondo y avanza. En cuanto sale a la calle, a Emina la embiste una repentina y violenta fuerza que la derriba de costado, y el ruido de un arma de fuego perfora el silencio. El hombre del sombrero se detiene un segundo y luego echa a correr en dirección a Dragan. La mujer se da la vuelta y retrocede con la esperanza de llegar al punto seguro del que venía. Emina yace inmóvil. Dragan no consigue ver dónde la han alcanzado, si está viva o no.

A su lado, la aproximada media docena de personas que deambulan por allí corren hasta el borde del furgón, con la mirada clavada en la calle. Varias gritan a quienes aún se encuentran en la línea de fuego del francotirador, les gritan que corran y otros consejos igual de obvios.

El joven avanza hacia Emina. Debería retroceder, piensa Dragan. Va en la dirección errónea. Entonces Dragan comprende lo que está haciendo y quiere ir con él, ayudarle y ver si es posible salvar a Emina. Pero sus pies no se mueven. A su alrededor, todo el mundo parece imbuido de una energía frenética, pero él no se ha movido un ápice.

El joven y el hombre del sombrero llegan hasta Emina al mismo tiempo, justo cuando la mujer consigue ponerse a resguardo. Dragan ve que la gente que hay al otro lado corre hacia ella, para ver si está bien, aunque es evidente que lo está. El joven se agacha y rodea a Emina con ambos brazos. El hombre del

sombrero sigue corriendo, no se detiene. El joven alza la mirada incrédulo y le ve alejarse, le grita pidiéndole ayuda. Si le oye, el hombre del sombrero no da muestra. Cuando está a punto de alcanzar la seguridad del furgón, se oye otro disparo. El sombrero del hombre sale volando de su cabeza y aterriza a los pies de Dragan. Dragan clava la mirada en el sombrero, que ha caído del revés sobre la acera. Ve en la etiqueta que está fabricado en Viena. Mira al frente. El propietario del sombrero yace boca abajo.

A su alrededor, los presentes comprenden que el francotirador puede disparar mucho más cerca del borde del furgón de lo que creían. Se agachan, todos excepto Dragan, que piensa de pronto en el modo en que una bandada de pájaros puede virar al unísono en vuelo, como si todos sus componentes estuvieran programados. Entonces una mano le agarra. Comprende que corre peligro y se tira al suelo con los demás. Retroceden, manteniéndose tan agachados como pueden, hasta que se alejan de la calle, a unos tres metros del hombre que ya no lleva sombrero.

El joven ha cogido en brazos a Emina y Dragan ve que está viva. Uno de sus brazos cuelga inerte y la manga está empapada en sangre, pero tiene los ojos abiertos y la mano sana se aferra al hombro de su rescatador. Una bala se estrella en el pavimento unos metros por delante de ellos. El joven no reacciona, sigue impasible, lento y torpe, y Dragan no cree que vaya a conseguirlo.

Al pasar junto al hombre sin sombrero, a quien Dragan supone muerto, una mano se alarga hacia ellos, débil e implorante. El hombre sin sombrero de algún modo sigue vivo, aunque no parece capaz de moverse. El joven le obvia y sigue andando. Emina le mira, no dice nada y aparta la mirada hacia otro lado.

Dragan intenta calcular los segundos que han transcurrido desde el último disparo del francotirador, intenta calcular cuánto tiempo les queda antes de que llegue la siguiente bala. No sabe cuánto ha pasado, sin embargo, y no tiene idea de lo que tardará el francotirador en volver a apuntar y disparar.

Emina y el joven están a dos metros, después a uno, y al fin llegan. Se desploman en el suelo detrás de él, y Dragan oye llorar a Emina. No se vuelve. No puede despegar la mirada de la calle, donde el hombre sin sombrero intenta reptar, centímetro a centímetro, hacia la seguridad. Hay un creciente charco de sangre a su alrededor y, aunque Dragan sabe que la calle rebosa ruido, no oye ni un suspiro. Cuenta para sí, oye saltar los lentos números con su propia voz. Cuando llega al ocho, la cabeza del hombre sin sombrero se desploma, al tiempo que de su coronilla se desprende una llovizna roja puntuada por el tronar de un rifle que resuena colina abajo.

Dragan agacha la mirada y ve el sombrero en sus manos. No recuerda haberlo cogido, no tiene idea de por qué habría hecho algo semejante. Mira el sombrero, recorre el ala con el pulgar, se inclina y lo deja sobre el asfalto antes de darse la vuelta hacia Emina.

Flecha

Una noche en que se han alternado el sueño y la revisión de los acontecimientos del día deja a Flecha sin energía ni más capacidad para comprender lo que ha ocurrido. Nada de ello parece encajar en ningún escenario que ella pueda inventar. Está absolutamente segura de que el francotirador estaba allí y de que tenía al violonchelista a tiro. Pero, por lo demás, no tiene sentido. Es algo que la preocupa. Empieza a pensar que quizá ha extraviado su camino, que quizá ya no es el arma que era hace unos días. También está obligada a considerar la probabilidad de que el francotirador que han enviado los hombres de las montañas sea mucho mejor en su trabajo que la mayoría. Y que tal vez tenga un plan que trascienda al alcance de Flecha.

Son casi las nueve de la mañana y ella vuelve a sentarse en el punto donde el violonchelista tocará. Pero algo ha cambiado. Donde ayer se sentó con la espalda erguida y los ojos alerta hacia la calle en la que se encontraba, hoy sus hombros se hunden y su columna vertebral se curva. Contempla el suelo que se extiende ante sus pies.

Piensa en el funeral al que asistió el mes pasado. Un francotirador mató a su vecino Slavko cuando volvía de buscar agua, un tiro limpio en el cuello; le llevaron al Kolojevo Stadium, ahora convertido en camposanto. Su esposa creyó que a él le habría gustado que le enterrasen cerca de donde habían disfrutado de tantos partidos de fútbol.

Flecha no suele ir a los funerales. Al principio de la guerra fue a tantos como pudo, por respeto, pero luego se volvió insensible a ellos, y cuantos más presenciaba tanto menos los sentía, hasta que la desgracia de la esposas y el dolor de los que siguen vivos empezó a enfurecerla. Cuando miraba las caras de los maridos y las mujeres y las madres y los hijos que perdían a alguien, sentía cómo la rabia se gestaba en su interior, y que esa rabia estaba dirigida especialmente a aquellos más próximos al difunto. ¿Cómo podían sentir tanto dolor? ¿Cómo podían no haber alcanzado ya muchos meses atrás el límite en el que una persona sencillamente no puede sentir más dolor? Sin embargo, justo cuando se creía a punto de acercarse a una viuda llorosa y abofetearla, caía en la cuenta de lo que estaba haciendo y pensando, y se sentía avergonzada. ¿Cómo había acabado

convirtiéndose en semejante persona? Entonces recordaba a los hombres de las montañas y sabía que eran ellos quienes lo habían hecho. Ese mismo día, más tarde, o al siguiente, mataría a tantos como pudiera. Pero el proceso la dejaba exhausta, y se convirtió en un desperdicio de energía que ya no se podía permitir. No necesitaba ir buscando razones para enviar balas a las montañas.

Pero apreciaba a Slavko. Justo antes de la guerra, el hombre acababa de jubilarse del departamento de parques y jardines de la ciudad, y sabía mucho de animales y aves. Mientras esperaban al ascensor, a menudo le contaba cosas interesantes que había visto. Era alto y delgado, y llevaba unas gafas de vidrio grueso que le hacían parecer un entomólogo. De jovencita, Flecha le veía a veces como un saltamontes gigante. Una vez en que ella jugaba a la pelota en la calle con algunos de los niños del vecindario, la pelota salió rodando y Slavko, que pasaba por allí, impidió que se fuera colina abajo. La sostuvo contra el bordillo, miró al grupo de críos y, sin duda, los reconoció a todos. Ella sabía que la había elegido y, cuando la pelota pasó de largo junto a los demás niños en una línea recta que acababa en sus pies, sintió un aflujo de orgullo. «Tened cuidado con los coches — dijo al grupo y, cuando pasó por su lado, le puso una mano en el hombro—. Y divertíos».

Así, cuando la viuda llamó a su puerta y le pidió que asistiera al funeral de Slavko, una petición insólita por parte de una viuda, no pudo negarse. «Siempre le gustó hablar contigo», le dijo Ismira. No habían tenido hijos.

«Por supuesto que iré», contestó Flecha, y esto pareció alegrar a Ismira. El funeral se celebró al día siguiente en el reconvertido campo de fútbol, y, junto con otras dos docenas de personas, sintió cómo la rabia ya familiar empezaba a bullir en su interior. Intentó pensar en alguna otra cosa, desviar su atención de los dolientes. Una hilera de sepulcros recién excavados se extendía desde el agujero en el que introdujeron a Slavko. Todos ellos aguardaban vacíos y expectantes, como bocas de polluelos. Ella sabía que para cuando concluyera la semana todas estarían llenas.

Un hombre grueso se apostó a su lado. Ella no le conocía, pero la presencia de cualquier persona con sobrepeso ya era de por sí un hecho extraordinario. La mayoría de la gente había perdido entre diez y veinte kilos desde el inicio del asedio. No sabía cómo alguien podía seguir estando gordo cuando no había nada que comer. Entonces recordó que algunos, aquellos con contactos y privilegios, tenían a su disposición abundante comida. Dio por hecho que ese hombre debía de ser una especie de gánster, o tal vez un funcionario corrupto del gobierno. Se preguntó qué hacía una persona así en el funeral de Slavko. No creía que él hubiese frecuentado esos círculos.

Al volverse para poder ver mejor al hombre gordo, oyó un silbido familiar y supo que acababan de arrojarles una bomba. Otros también lo supieron, pero nada podía hacer ella por ellos. Advirtió de inmediato que no

había refugio cerca. La única protección posible eran los sepulcros abiertos, y, aunque su cabeza le pedía que saltara a alguno, no obedeció. Se tiró al suelo y, por primera vez en meses, olió la hierba fresca y dulce. Una bomba estalló detrás de ella, no muy lejos. Flecha oyó cómo el hombre gordo, que seguía a su lado, rompía a llorar. Sus sollozos quedaron ahogados por otro estallido, éste algo más alejado. Ella siguió tumbada boca abajo hasta que el bombardeo cesó. Cuando levantó la cabeza, todo el mundo había desaparecido, excepto el hombre gordo. Estaba vivo, temblaba, y no presentaba indicios de estar herido. Al principio, Flecha creyó que todos habían muerto. Creyó que los hombres de las montañas habían inventado un arma nueva que hacía desaparecer a la gente. Ninguna desapaible carnicería más que el mundo pudiera ver. Ninguna prueba, en cualquier caso. Sería como si nunca hubiesen existido. Entonces vio una cabeza asomando por uno de los sepulcros, y después otra, hasta que todos empezaron a salir de ellos. Observó a varios hombres ayudando a Ismira y a otra mujer a salir del sepulcro de Slavko.

El hombre gordo se sentó, intentó ponerse en pie y no lo consiguió. Exhaló un largo resuello y la miró.

—¿Por qué no se ha metido en una tumba? —le preguntó ella, sorprendida de la aspereza de su propia voz. El rostro del hombre se relajó levemente.

—Me daba miedo no poder salir —contestó él—. Si crees que ahora estoy gordo, deberías haberme visto antes.

Flecha se levantó y ayudó al hombre a hacer lo propio.

—¿De qué conocía a Slavko?

—En realidad, no le conocía. Estábamos haciendo cola para el agua. Me ayudó cuando se me cayó la garrafa. —El hombre gordo se miró los pies—. ¿Y tú? ¿Por qué no lo has hecho tú? —preguntó, alzando el rostro para mirarla.

Ella sonrió.

—Me daba miedo que usted se tirara encima de mí —dijo, y el hombre le devolvió la sonrisa.

Más tarde, no obstante, supo la verdadera razón: no estaba dispuesta a permitir que los hombres de las montañas decidieran cuándo iba ella a acabar bajo tierra. Si iba a acabar bajo tierra, lo haría por propia voluntad o por haber muerto a sus manos. Pero no les iba a ahorrar trabajo. No iba a vivir en una tumba.

Flecha no sabe por qué ese recuerdo ha vuelto a ella. No ve ninguna relación con el problema del día. Mira la pila de flores marchitas que tiene a los pies y que le recuerda el trabajo que tiene que hacer allí.

Alza la mirada hacia la ventana donde cree que se esconde el francotirador. Es un lugar perfecto. Alcanzar al violonchelista desde allí no sería ningún reto. Mira hacia el oeste, hacia donde se encuentra su propio escondrijo, y después hacia arriba, donde está su trampa. Todo está como debe estar. No hay problema

con su plan.

Se recompone y está a punto de darse la vuelta hacia el oeste cuando nota que las piernas se le tensan y los dedos empiezan a palparle. Se queda petrificada, tratando de discernir qué es lo que ha desatado esa reacción. Inhala una larga bocanada de aire y entonces comprende que el francotirador la vigila. No sabe dónde está, pero siente sus ojos clavados en ella. Podría estar en cualquier ventana, o podría ser alguna de las diez personas que tiene a la vista y parecen atareadas con asuntos legítimos. En realidad, no importa, porque no lleva el rifle consigo. En un principio, al constatarlo, siente pánico, pero enseguida piensa que precisamente el hecho de no llevar el rifle podría haberla salvado. Para él, tan sólo es una persona más en la calle. Podría incluso deducir que se trata de un pariente de alguno de los que murieron allí, o una ciudadana más que se acerca para presentar sus respetos, o una admiradora del violonchelista. ¿Cómo va a saber él que es la persona que han enviado para matarle?

Obviamente, ella sabe que si la hubiera visto en el momento preciso, cuando miró hacia su ventana y después a la que la cubriría a ella, y luego arriba, lo sabría todo. Pero ¿qué haría con la información? Piensa que si supiera quién es, ya estaría muerta.

Para estar a salvo, se guarda las manos en los bolsillos y se encamina hacia el este, lejos de los edificios que está empleando. Deja atrás su ventana y sigue avanzando por la calle sin mirar atrás; en realidad, sin mirar a ninguna parte. Sigue dirigiéndose al este hasta que llega a las ruinas de la biblioteca. Luego dobla hacia el norte, y después retrocede hacia su apartamento para coger el rifle que utilizará para matar a su enemigo.

Ha decidido conceder a este francotirador el beneficio de la duda. Asumirá que es tan bueno como ella, si no más. Tomará todas las precauciones necesarias para que no la detecte. Aunque lleva en este apartamento casi cinco horas, no ocupará su propia línea de fuego más de unos minutos, justo antes de las cuatro en punto. Ni siquiera le ofrecerá la oportunidad de divisarla. Ya ha ido al apartamento del señuelo y recolocado el rifle y la gorra del maniquí, para que, si repara en él, no tenga la oportunidad de ver que el arma que cree que le busca está exactamente en la misma posición que el día anterior.

Anoche no informó a Nermin. Él sabrá que no ha matado al francotirador, pero también que el violonchelista sigue vivo. Al final del día, si sobrevive, tendrá que ir a verle. No sabe cómo irá la reunión si no acaba con el francotirador o si, lo que es peor, el violonchelista muere. Nunca antes ha fallado, y prefiere no saber cómo reacciona su ejército ante esta clase de

fracasos.

Es la hora. Pronto el violonchelista saldrá a la calle y el francotirador se verá obligado a exponerse. Ella se acerca a la ventana, apoya el rifle sobre una mesa volcada para estabilizarlo y mira por el visor. Localiza la ventana de la cuarta planta, donde él estará, y busca el orificio en el plástico. No le resulta difícil, pues ha aumentado de tamaño desde la última vez que lo observó por el visor. Es sólo lo bastante grande para apuntar y disparar por él, y Flecha confía en que, cuando el francotirador intente hacerlo, ella tenga una perspectiva clara y directa de él. No le costará nada enviarle una bala. Sonríe.

El violonchelista sale del portal y se dirige a su lugar, en el centro de la calle. Nada ocurre en la ventana de la cuarta planta. Abre el taburete y se sienta, inmóvil y en silencio. Alza los brazos y empieza a tocar. Sigue sin ocurrir nada en la ventana de la cuarta planta. Flecha advierte que empieza a conocer las notas que toca. Es capaz de oírlas con la mente antes que con los oídos, reemplazar aquellas que quedan ahogadas por el ruido de la calle y las bombas y su propia concentración.

Transcurridos cinco minutos, sabe que algo va mal. El violonchelista toca sólo diez o quince minutos, y el francotirador aún no se ha mostrado. A ella no se le ocurre ningún motivo por el que él esté retrasándose o, cuanto menos, ninguno que no desemboque en la desintegración de sus planes. Pero no tiene más opción que mantener su punto de mira en la ventana de la planta cuarta y esperar a que él se mueva. De algún modo, mediante una serie de decisiones, se ha colocado a sí misma en una posición en la que no hay alternativa al camino que ha escogido. Las decisiones que ha tomado la han dejado sin alternativa.

Hay movimiento en el apartamento del señuelo. Ella lo percibe antes de verlo, mucho antes de desviar el cañón del rifle cuarenta grados al norte. Cuando mira por el visor, no ve nada fuera de orden. Todo parece intacto. Sospecha que su mente la está traicionando y devuelve la atención a la ventana de la cuarta planta.

Aún se le está adaptando la vista al cambio de perspectiva cuando de pronto cae en la cuenta de lo que ha cambiado en el apartamento del señuelo: el rifle que acaba de ver no es el que ella había dejado allí. Ha caído en su propia trampa. Y, aunque no lo ve, sabe que el rifle de la ventana ya la ha encontrado y que una bala está de camino. Se tira al suelo cuando el proyectil rasga el plástico y se incrusta en la pared opuesta de la sala. Flecha se hace un ovillo y espera un segundo disparo, el que matará al violonchelista.

La música prosigue. El eco del disparo resuena entre los edificios de ambos flancos de la calle y sofoca las notas del violonchelista, pero, en cuanto se desvanece, el violonchelo vuelve a emerger y no hay segundo disparo. El músico toca hasta el final, ajeno o indiferente al disparo que se ha efectuado a menos de doce metros por encima de él. Obviamente, no tiene modo de saber de qué bando

procedía, Flecha lo sabe. Se pregunta si le importará quién dispara qué balas. Se pregunta cuánto le importará a nadie.

Contiene el impulso de coger el arma y devolver el tiro. Por alguna razón, el francotirador no ha matado al violonchelista. Flecha sospecha que no está seguro de que ella haya muerto ni dispuesto a abandonar las vistas que le proporciona aquella ventana. Flecha permanece inmóvil. Quiere que él crea que ha muerto.

—Quizá huyera después del primer disparo, o estuviera esperando a ver si te había alcanzado —dice Nermin—. O quizá no tenía del todo a tiro al violonchelista. —Se reclina en la silla mientras dice esto, como si el acto de relajarse indicara que ha llegado a una conclusión.

Flecha sabe que lo tenía a tiro y no cree que huyera ni que esperara a confirmar su muerte. Esa sensación ha ido afianzándose desde que salió del apartamento. Sin embargo, no tiene idea de por qué no mató al violonchelista, y no se siente motivada para comentarle a Nermin nada de lo que cree o no cree.

—Apostaré un hombre en el apartamento esta noche, por si va a buscar el cadáver.

—Dile que se mantenga lejos de la ventana y que se marche por la mañana —dice ella—. El otro estará vigilando y sabe qué aspecto tengo.

—Por supuesto —dice Nermin. La mira fijamente, como considerando algo, y luego, con aire de haber tomado una decisión, se inclina hacia adelante. Flecha le encuentra cansado. Ve hondas arrugas alrededor de sus ojos que no recuerda haber visto antes, y su uniforme, por lo general planchado e impoluto, está arrugado y sucio.

—La situación es incierta —dice—. Sé que te he hecho promesas e intentaré cumplirlas, pero están pasando cosas internamente que en breve podrían complicarnos la vida a los dos.

Ella asiente. No es ningún secreto que hay roces entre los que defienden la ciudad a toda costa y los que consideran que los principios de la misma, las ideas que hicieron que Sarajevo fuera una ciudad por la que merecía la pena luchar, no pueden y no deben abandonarse en la lucha por salvarla. En el centro están los criminales. Cuando la guerra estalló, ellos fueron los únicos que sabían combatir, combatir de verdad, y saltaron a defender la ciudad. Ahora son incontrolables, y esto ha ido tornando más y más difícil para aquellos que no son criminales hacer la vista gorda con la especulación y la ilegalidad y otros abusos. Pero el poder raramente se cede de forma voluntaria. Es una cuestión de quién prevalecerá. Ella sabe que la supervivencia de la ciudad depende tanto de la actitud de los defensores como del éxito en repeler a los atacantes. Una ciudad de fanáticos y criminales no merece ser salvada.

Ve, por primera vez, que Nermin se encuentra en una posición difícil.

La autonomía que le ha garantizado no encaja con los planes de aquellos que anhelan el poder. Una entidad como ella, una asesina a la que no se puede controlar, es algo peligroso. Sería diferente si sencillamente fuera buena en su trabajo. En ese caso, pocos repararían en su existencia. Quizá esto es lo que Nermin pensó que ocurriría cuando la buscó. Pero sus habilidades son bien conocidas, difíciles de ocultar. Si Nermin se viera implicado en una lucha por el poder, ella supondría un problema para él.

—¿Corro peligro? —pregunta, sabiendo que es muy probable que así sea.

Nermin sonríe.

—Pues claro —contesta—. En las montañas hay hombres armados. Sólo hace unas horas intentaron matarte.

Su broma la molesta y ella así se lo hace saber. Él une las manos sobre el escritorio. Ella observa que necesita cortarse las uñas.

—Ahora mismo hay mucha menos tolerancia hacia la tolerancia. Confío en que esto cambie. Si no lo hace, los dos estaremos en una situación de riesgo. Tenemos que resolver este asunto del violonchelista. Lo que ocurra después escapa a nuestro control.

Se pone en pie y Flecha comprende que la está despachando. Mientras se marcha la asalta la ya conocida sensación de que la próxima vez que vea a Nermin Filipovie, el mundo, tal y como lo conocen, habrá cambiado por completo.

Cuando llega la mañana, Flecha no va a la calle. Ahora que su adversario sabe de ella, ahora que sabe quién es, no puede arriesgarse a que la vea. Además, no hay nada en la calle que no haya visto ya. Lo único por lo que siente curiosidad es por ver si la pila de flores ha crecido. Empieza a sentirse descorazonada por todo lo que no sabe. Hasta hace poco no tenía este problema. Piensa que tal vez todo empezó con el violonchelista, pero no lo recuerda con exactitud. De modo que ni siquiera puede responder a la pregunta de cuándo sus preguntas dejaron de tener respuesta. Sacude la cabeza ante este pensamiento, sofoca una sonrisa frustrada. No sucumbirá a la tentación del humor negro. Ha pasado demasiado tiempo con Nermin y no le gusta esa clase de humor.

Su plan para el día es sencillo. Está razonablemente segura de que el francotirador la cree muerta. Sabe que quizá debería estarlo. De modo que es muy poco probable que dedique demasiado tiempo y atención al apartamento en el que ella se escondía. Ningún francotirador vuelve al mismo lugar, menos aún a un lugar en el que han matado a alguien. Si cree que está viva, dará por hecho que ha buscado otro escondrijo, y si asume que está muerta, sabrá que la siguiente persona a la que envíen evitará la escena del fracaso de su predecesora.

En una pequeña concesión a lo arriesgado de su estrategia, ha cambiado

de ventana y ha elegido una situada más al este, en la que solía estar el dormitorio principal. Parte del alféizar ha desaparecido, seguramente por efecto de la misma bomba que ha arrasado el contenido de la habitación. Hay un orificio de unos sesenta centímetros de anchura desde el alféizar hasta el suelo, y el plástico que cierra la ventana lo cubre también por entero, pero no está bien sujeto. Es una mera cuestión de introducir el cañón del rifle por el orificio, apartar a un lado el plástico, lo suficiente para tener a tiro gran parte del flanco este de la calle. Allí es invisible y, mientras espera a que pase el día, se le ocurre que éste es el lugar que habría escogido desde el principio, y eso la inquieta. No ha hecho lo que habría hecho un arma.

El día transcurre despacio. Flecha oye un denso bombardeo en el oeste, en la dirección de Dobrinja y Mojmiro. Una parte de ella desearía estar allí. Piensa en las personas a las que, por haber estado aquí los últimos tres días, no ha disparado. Hombres que la odian, hombres que la matarían, hombres que han matado a personas como ella en los últimos tres días porque ella no los ha matado antes. Pero entonces empieza a preguntarse incluso sobre esto. ¿La odian los hombres de las montañas? ¿U odian la idea de ella, porque es diferente de ellos, y que esa diferencia pueda entrañar alguna clase de inferioridad o superioridad por parte de ella o de ellos, un sentimiento que al final amenace la felicidad potencial de todo el mundo? Empieza a preguntarse si ellos lucharían contra una idea y si esa lucha se manifiesta en forma de odio. En tal caso, ellos no son diferentes de ella. Salvo por un detalle clave que sencillamente no puede obviarse ni apartarse. La idea por la que ella se sentía dispuesta a dar la vida no incluía el odio que siente hacia los hombres de las montañas. El Sarajevo por el que luchó era un lugar donde no había que odiar a una persona por lo que era. No importaba lo que uno era, lo que sus antepasados habían sido o lo que sus hijos serían. Uno podía odiar a una persona por lo que hacía. Podía odiar a un asesino, podía odiar a un violador y podía odiar a un ladrón. Eso es lo primero que la impulsó a matar a los hombres de las montañas, porque eran todo eso. Pero ahora, lo sabe, la impulsa ante todo el odio que les profesa, la idea de ellos como grupo, y no sus actos.

Esta constatación la asombra, y Flecha siente el impulso de dejar el rifle donde está y volver a su apartamento. Pero no lo hace. Se queda aquí. A las cuatro en punto el violonchelista sale y ella tensa el dedo alrededor del gatillo.

El francotirador se muestra casi al instante. Está en una ventana de la segunda planta, una de las tres de las que en un primer momento sospechó. Cuando el violonchelista empieza a tocar, el francotirador aparece tras un orificio en el plástico, un orificio nuevo y que no está bien disimulado. A Flecha le sorprende lo fácil que le resulta divisarle.

El francotirador enfoca el visor hacia el violonchelista. Flecha está a

punto de dispararle, pero se frena. El francotirador no tiene el dedo sobre el gatillo. No es un detalle en el que ella habitualmente repararía o al que otorgaría importancia, pero lo ve por el visor y le obliga a hacer una pausa. Él ni siquiera tiene la mano cerca del disparador. Su mano derecha sostiene el punto más elevado de la culata, y tiene a tiro al violonchelista, pero la izquierda no está en el rifle. Cuelga flácida junto al cuerpo, fuera de la vista de Flecha.

Ella se pregunta si oirá la música. No está mucho más lejos del violonchelista que ella, así que debe de oírla. ¿Le suena igual? ¿Qué oye él?

¿Qué piensa él del hombre que se sienta en la calle y toca?

Durante varios minutos, Flecha no hace nada. Observa al francotirador por el visor del rifle y escucha la música alzándose desde la calle. La entristece. Una tristeza pesada, densa, de las que no provocan lágrimas pero sí ganas de llorar. Es, piensa, el peor sentimiento que podría haber.

Mantiene el dedo alrededor del gatillo. Si él se mueve, disparará. Pero él no se mueve. La música está a punto de concluir y él no se ha movido un milímetro. Ella empieza a dudar de sí misma, se pregunta si aquel hombre será real, si no será un señuelo. Pero entonces él se mueve y ella sabe que lo que ve es una persona. Él retira levemente la cabeza y ella ve que tiene los ojos cerrados, que ya no mira por el visor. Sabe lo que está haciendo. Es evidente para ella, inconfundible. Está escuchando la música. Y entonces Flecha sabe por qué no disparó ayer.

Quiere que mueva la mano, que efectúe un movimiento que la hará decidir qué hacer. Porque, de pronto, está segura de dos cosas. La primera es que no quiere matar a ese hombre, y la segunda es que debe hacerlo.

El tiempo se agota. No hay motivo para no matarle. Un francotirador de su destreza sin duda ha debido de matar a docenas de personas, sino a centenares. Mujeres cruzando la calle. Niños jugando en un patio. Ancianos haciendo cola para conseguir agua. Está segura de ello. Aun así, no quiere apretar el gatillo. Porque ve que él tampoco quiere apretar el suyo.

No se ha movido. Sigue sentado con los ojos cerrados, con una mano en la culata del rifle y la otra a un lado. Las notas finales de la melodía del violonchelista llegan hasta él, y él sonríe. Sus ojos se abren y un pequeño orificio estalla entre ellos. Su nuca se desintegra y la masa viscosa y gris de su cerebro se estrella contra la pared del fondo. El hombre cae y desaparece de la vista, y su rifle cae sobre él.

Flecha baja el rifle y mira la calle. El violonchelista ha acabado. Coge el taburete y el violonchelo y se encamina hacia su portal. Se detiene un instante justo antes de entrar y Flecha quiere que se vuelva hacia ella, para que, de algún modo, sepa de su existencia. El violonchelista se ajusta mejor el violonchelo entre las manos y desaparece en el interior del edificio.

Kenan

La destilería ha sufrido graves destrozos y algunos rincones ya no son seguros, pero los manantiales son muy profundos y el sótano del edificio resulta impenetrable incluso para los hombres de las montañas, aunque ello no les ha impedido intentar arrasar el edificio rojo intenso. La destilería está situada en un enclave vulnerable, a muy poca distancia de las colinas ocupadas. Ya ha sido objeto de varios ataques con mortero. Hasta el momento, ninguno de ellos ha tenido lugar cuando Kenan estaba presente.

Fuera, unas cien personas hacen cola para conseguir agua. Kenan ha venido en ocasiones en que había hasta trescientas personas, y se alegra de no tener que esperar hoy durante horas. Las mangueras que salen a la calle desde la destilería desembocan en grandes cañerías instaladas sobre soportes, de las que a su vez parten diversos caños. Kenan calcula que unas veinte personas cogen agua al mismo tiempo, y que la mayoría lleva aproximadamente la misma cantidad de recipientes que él, de modo que no tardará mucho en llegarle el turno. La gente avanza a un ritmo constante, aunque parece que por cada persona que se va con su agua, otra se suma a la cola.

Al principio de la misma hay un hombre con un perro. Es un perro de tamaño mediano, alguna variante de terrier con el pelo rizado y marrón. Lleva un termo atado al collarín y, antes de llenar las botellas, el hombre abre la tapa del termo y la llena. La deja en el suelo y, mientras llena sus cuatro grandes recipientes, el perro lame el agua de la tapa como si se tratara de una carrera, y Kenan supone que lo es. Cuando el hombre acaba de llenar sus recipientes, hace lo propio con el termo del terrier y coloca la tapa en su sitio. No queda ni una gota en ella. Ata el termo al collarín y empieza a cargar los recipientes con el agua en una carretilla artesanal que utiliza para transportarlos. Kenan ha considerado la posibilidad de utilizar una, pero ha pensado que hay demasiados escombros en la calle que podrían atascar las ruedas y dificultar su manipulación, lo cual ralentizaría su paso. Ahora, sin embargo, viendo la gran cantidad de agua que el hombre se lleva, se pregunta si debería probar con una la próxima vez. Si pudiera llenar también las dos garrafas de repuesto y tal vez encontrar dos más en alguna parte, no tendría que hacer el viaje tan a menudo.

En los caños, la gente intenta llenar los recipientes lo más deprisa posible. Nadie quiere quedarse allí mucho tiempo, pero no es habitual tener la ocasión de salir y estar con otras personas, por lo que algunos de ellos no pueden evitar demorarse un poco más de lo necesario. Oye el sonido del agua y la gente y los motores de grandes camiones que llevan agua nadie sabe adónde, tal vez a las tropas del frente. Si olvida por qué está allí, casi consigue imaginar que todo es normal, que ésta es una escena cotidiana. Intenta dejar que su vista se desenfoque levemente, intenta creer que está en un mercado al aire libre. La gente charla sobre un concierto o un partido de fútbol. Es una sensación agradable, pero apenas dura un instante, porque una mujer le grita que proceda porque uno de los caños ha quedado libre.

El musita una disculpa y avanza. El agua mana de los caños y salpica el suelo a sus pies. Kenan nunca ha entendido por qué no disponen de una válvula para cerrar el flujo entre un usuario y el siguiente. Le parece un terrible desperdicio de algo tan precioso. Ha arriesgado su vida para conseguir esta agua, agua que no puede conseguir en ningún otro lugar, y aquí está derramándose al suelo como si no importara. Quizá no tienen modo de conseguir las herramientas necesarias, o quizá tenga algo que ver con las bombas, o quizá la corriente de agua bajo la destilería sea tan abundante que hacerlo supondría más inconvenientes que ventajas. Confía en que alguien haya hecho bien su trabajo, que estén absolutamente seguros de que el agua seguirá manando.

Se inclina hacia adelante y deja las garrafas en el suelo, se hace a un lado para liberarse de la cuerda que reposa sobre sus hombros. Se arrodilla, coloca las botellas de la señora Ristovski delante de él y desata sus garrafas. Con un movimiento seco las destapa y las apila pulcramente. Sus recipientes quedan alineados a su izquierda, en dos filas de cuatro. Flexiona las muñecas, respira hondo, dibuja círculos con los hombros tres veces hasta que se le distienden los músculos. Luego coge la primera garrafa y sitúa el cuello bajo el chorro de agua fría. Cuando está llena, la deja a su derecha y, tan deprisa como puede, coge otra de la izquierda, la pone bajo el agua en un movimiento suave pensado para evitar al máximo que el agua se derrame a la calle. No sabría decir por qué lo hace. Sencillamente, no quiere ser responsable del derroche. Para él, el agua ahora significa la vida, y, si tiene que perderse parte de ella, no quiere contribuir a ello. Llena la segunda garrafa con ya experta eficacia, después la tercera, la cuarta, la quinta, la sexta.

Kenan ha oído decir que uno nunca oye la bomba que le mata. No sabe si es verdad, no tiene idea de cómo puede saberlo nadie, o siquiera pretender saberlo. Cuando oye el silbido revelador de un mortero aproximándose, no obstante, sabe que nunca antes ha oído ese sonido tan próximo. La bomba va a caer muy cerca y él no puede calibrar con precisión dónde va a aterrizar porque no tiene experiencia en asociar el sonido a la proximidad. En la milésima de segundo previa al estallido, piensa en cuando

era niño y se enzarzó en una pelea en el patio del colegio. No era un gran luchador, nunca hasta entonces se había peleado, y lo que recuerda es ver el puño del otro niño, verlo acercándose a él despacio, como un bostezo, y pensar: «Estoy a punto de recibir un puñetazo en la cara». Ahora, sin embargo, ve ese puño acercándose a él y piensa: «Estoy a punto de morir».

La bomba estalla y, un instante después de oír el ruido más estruendoso que el mundo podría producir, Kenan es derribado. El niño que le golpeó hace treinta años se ha transformado en un boxeador profesional y ha vuelto a golpearle. Él cae de espaldas y se queda allí, aturdido. Le pitan los oídos y no oye el silbido de la segunda bomba, pero sí la detonación. Ésta resuena en su cabeza durante lo que a él le parecen años, y luego se produce un silencio absoluto. Se pregunta si se habrá quedado sordo. Tiene la espalda mojada y da por hecho que está herido, pero al recuperar la audición oye un sinfín de gritos a su alrededor, y piensa que si estuviera herido sentiría algo.

Kenan ve que no puede moverse. Quiere, pero sus extremidades no responden. Tal vez esté muerto. Ve a la gente correr por todas partes, junto a él, calle abajo y a la derecha, y no sabe por qué no se paran. Entonces nota que puede mover un pie, y después la pierna, y luego la otra pierna y los brazos, y regresa así al mundo de los vivos. Se sienta, se palpa en busca de heridas y constata que está bien. Está sentado en un charco de agua, aunque sus garrafas no están volcadas. No sabe si debería sentirse aliviado o abochornado.

Las bombas estallan a unos treinta metros de donde él se encuentra, en la misma calle, cerca del final de la cola. Se pone en pie y echa a andar hacia el lugar donde han detonado. Ya hay gente allí, corriendo frenéticamente, intentando salvar a los que pueden salvarse. En el suelo, frente a él, hay un pie. El zapato está intacto, y también parte del calcetín. No parece real. Entonces ve a una mujer sujetándose una pierna, aturdida, como si tampoco ella diera crédito. Mira a Kenan y empieza a chillar, señalándose el vacío que ha dejado su pie. Dos hombres corren hacia ella, uno le ata un pedazo de tela alrededor del muslo y ella se desmaya. Los hombres la cogen en volandas y enfilan calle arriba. Allí les espera un coche y ellos la introducen en el asiento trasero, al lado de un hombre que tiene la cara ensangrentada y un corte profundo de unos quince centímetros en la cabeza. Tiene una de las orejas unida a la cabeza sólo por el lóbulo, pero él no parece advertirlo.

Los hombres cierran la puerta y rodean el vehículo para echarle un vistazo al hombre. Intercambian unas palabras, le sacan del coche y le colocan sobre la acera. El hombre no se mueve, aunque tiene los ojos abiertos, y Kenan comprende que está muerto.

Llega otro grupo con dos heridos más, un hombre que sangra a la altura del estómago y un niño, de unos diez años, inconsciente. Les suben al coche a toda prisa, el hombre detrás y el niño delante. A Kenan le recuerdan a una familia. Lo más probable es que nunca antes se hayan visto. Kenan se

pregunta qué estará haciendo ahora su propia familia, se siente agradecido por no haber llevado a ninguno de sus hijos con él, aunque se lo han pedido muchas veces y a él le complacería su compañía y la ayuda para cargar con el agua hasta casa. No puede arriesgarse a que uno de ellos acabe con otra familia.

Uno de los hombres da unas palmadas en la ventanilla trasera del coche y éste parte a gran velocidad. Kenan mira a su alrededor; frente a él está el hombre del terrier marrón. Aún sujeta la cuerda, la mitad de ella. Está sesgada y al hombre le sangra una pierna. Mira el vacío que hay al otro extremo de la cuerda, donde debería estar el perro, y después a la calle.

—¿Ha visto a mi perro? —le pregunta a Kenan.

—No —contesta Kenan—. Está usted sangrando, señor.

El hombre no parece oírle.

—Amigo, ¿ha visto a mi perro?

Kenan posa una mano en el brazo del hombre.

—Está herido. Necesita ayuda.

El hombre le obvia y se sacude de encima su mano. Se aleja renqueando, asalta a una mujer después de varios pasos y le hace la misma pregunta.

Se oyen sirenas en la distancia, procedentes de la otra margen del río, y luego Kenan percibe el ruido del bombardeo, seguido de los crujidos secos del fuego de los francotiradores. Están disparando a las ambulancias que han enviado y, a medida que las sirenas se aproximan, Kenan empieza a temer que estén desviando el fuego hacia él, hacia la destilería. Claro que los hombres de las montañas pueden disparar a la destilería cuando les plazca. Están disparando a las ambulancias para hacerles saber, a él y a todos los demás, que la ayuda no llegará si ellos no quieren. Alguien, en algún lugar, conecta las sirenas antiaéreas, y el sonido de las ambulancias desaparece. Al final de la calle un coche se detiene y varias personas son introducidas en él. La hilera de cuerpos ha crecido en la acera.

A su alrededor la gente grita, corre, chilla, gime. Los heridos que pueden caminar intentan llegar al final de la calle con la esperanza de que algún coche no tarde en llevárselos de allí. Kenan cree que oyen las sirenas igual que él, de modo que deben de saber que su suplicio no ha terminado. A los que no pueden caminar, los llevan en volandas. La primera ambulancia llega y descarga media docena de camillas en los brazos que las esperan. El ruido de las sirenas antiaéreas se intensifica y se debilita, y vuelve a intensificarse. Al rato, empieza a parecerle la respiración de un asmático.

Kenan es capaz de identificar tres tipos de personas. Están los que huyeron en cuanto cayeron las bombas, cuyo instinto de supervivencia fue más fuerte que el sentido de altruismo o el deber cívico. Están los que no huyeron, que ahora van cubiertos por la sangre de los heridos y trabajan con suma urgencia para ayudar a los que pueden salvarse y apartar a los que no, para que inicien el viaje final a lo que sea que les aguarda. Y está el tercer tipo, el grupo en el que entra Kenan. Están de pie, boquiabiertos, y miran mientras los otros corren o ayudan.

Está sorprendido por no haber huido, no forma parte del primer grupo, y desea haber pertenecido al segundo.

Se mira los pies. Está a muy pocos metros de donde cayó la primera bomba. Ya no quedan muchas personas aquí, no más de una docena. El suelo está salpicado de manchas de color rojo oscuro, pero no donde él se encuentra. El agua sigue manando de los caños, que han quedado intactos, y se ha formado un riachuelo en el centro de la calle. El arroyo se está tornando rosa, pues arrastra consigo la sangre vertida hace apenas unos minutos.

Kenan sube la pendiente en busca de sus garrafas. Las seis están llenas. Las ata, tres a cada lado. Mira el agua derramándose del caño que tiene frente a sí. La calle no tardará en volver a estar limpia. Alarga una mano y la posa sobre el caño. Es fácil taparlo y el agua deja de fluir, pero los demás siguen abiertos. Está empapado hasta los huesos y sabe que no puede quedarse allí eternamente, tapando el caño con la mano, y además tampoco serviría de nada. Retrocede, observa cómo el agua se derrama colina abajo. La imagina cruzando las calles y vertiéndose al Miljacka, y de ahí alejándose de Sarajevo en dirección al océano.

Y así es como las cosas son ahora. Los edificios son eviscerados, quemados, destripados; las calles, destruidas; las carreteras y los puentes, volados, y uno puede verlo, uno puede tocarlo y pasar junto a ello a diario. Pero cuando la gente muere, se la retira del lugar, se la lleva a los hospitales y los cementerios, y antes de que los cuerpos sanen o se enfríen, nada queda en el lugar donde perdieron la vida que haga pensar que allí ha ocurrido algo extraordinario. Esto es por lo que los hombres de las montañas pueden matar con impunidad. Si hubiese cuerpos en las calles, pudriéndose donde cayeron, si el agua de estos caños no se llevara la sangre, el hueso y la piel, entonces quizá esos hombres se verían obligados a parar, tal vez querrían parar.

Al final de la calle un viejo Yugo con puerta trasera se lleva al último herido. A un lado de la carretera hay al menos siete cuerpos. Una furgoneta grande y azul se detiene junto a ellos. Cuatro hombres salen y empiezan a subir los cadáveres a la parte trasera, un hombre sujeta por los brazos y el otro por las piernas.

Los cuerpos son introducidos del revés, con los pies por delante, y al entrar en la furgoneta sus cabezas cuelgan inertes, como dirigiendo una última mirada al lugar donde murieron.

Kenan coge una de las botellas de la señora Ristovski. No se fija en que el agua se derrama, la botella le resbala en la mano y está a punto de caer. Kenan no se apresura en rellenarla. Se toma su tiempo al tapar la primera botella y luego llena la segunda. Deja ambas en el suelo y se queda allí de pie. Se ha acostumbrado al sonido de las sirenas antiaéreas, durante un rato no ha reparado en ellas. Ahora vuelve a oírlas y escucha su lamento, escucha los alaridos de las bombas que caen, los disparos de ambos bandos. Vuelve a poner las manos bajo el agua, se las lava aunque no están sucias, se agacha y se coloca la cuerda alrededor del

cuello. Coge el agua de la señora Ristovski, una botella en cada mano, y se pone en pie. La cuerda se le clava en el cuello y los hombros, y él se inclina un poco, buscando una posición más cómoda. Luego se yergue de nuevo y se gira de espaldas a los hombres que están cargando el último de los cuerpos en la furgoneta. Empieza a descender la colina, deja atrás el punto donde cayó el primer mortero, y luego el del segundo. No se detiene, no mira al suelo. No hay nada más que ver.

Al pie de la calle, Kenan se detiene. No está seguro de qué ruta tomar. Puede dirigirse al este, cruzar hacia la biblioteca por el mismo puente por el que ha venido, o bien seguir colina abajo y optar por uno de los dos puentes que encontrará en su camino. Ambas rutas están siendo bombardeadas en este momento, y él va cargado con el agua, que le dificulta correr. Concluye que sólo tiene dos opciones viables. Podría buscar refugio y esperar a que el bombardeo cese, lo cual podría tardar horas en ocurrir, o bien cruzar por el puente Cumurija, por lo poco que queda de él. Ninguna de las dos es atractiva. La idea de esperar durante horas, tal vez toda la noche, antes de cruzar el Miljacka se le antoja excesiva, de modo que decide cruzar por el Cumurija. Eso significará cargar con el agua por vigas de acero desnudas, arriesgándose a caer al río. Tendrá que hacer al menos dos viajes, quizá tres, para llevar toda el agua al otro lado. Pero merecerá la pena para volver a estar en casa, lejos de toda esta locura, y envolverse en una ilusión temporal de seguridad.

Kenan dobla a la izquierda y enfila hacia el oeste. Cuando alcanza la calle que asciende hacia el norte, hacia uno de los puentes más directos, baja la mirada hacia el río y ve un coche en llamas justo al pie del puente. Es el mismo modelo y el mismo color que el Yugo que ha visto en la destilería. Confía en que no sea él.

Inhala una larga bocanada de aire, luego otra, y mira calle a través. Escoge un portal razonablemente cubierto y agarra con mayor fuerza las botellas de la señora Ristovski. Avanza tan deprisa como puede hacia él. Cuando va por la mitad de la calle, piensa que está caminando como un pingüino e imagina que debe de resultar gracioso a ojos de quien esté viéndole. Recuerda que la única persona que tiene que importarle que esté mirándole es quien lo haga a través de un visor. Parecer un pingüino es la última de sus preocupaciones. Pero entonces se pregunta si caminar como un pájaro gordo e incapaz de volar le convertirá en un blanco más o menos probable. ¿Tienden los hombres de las montañas a disparar a aquellos a quienes encuentra graciosos o por el contrario les salvan? Si se pusiera un disfraz de pingüino, ¿sobreviviría a esta guerra?

Llega al portal y se detiene a descansar un momento. Ha conseguido cruzar sin que le disparen, pero nunca sabrá si ha sido porque alguien ha escogido no dispararle o porque nadie le ha visto. Esto le inquieta, esta falta de

información, y entonces cae en la cuenta, para su disgusto, de que mientras cruzaba la calle, mientras su vida se encontraba en un espacio gris, estaba bromeando consigo mismo sobre pingüinos. Es imposible que su amigo Ismet, sentado en un agujero en el frente de batalla, tenga pensamientos tan ridículos y absurdos. Son cosas como ésta las que le convierten en el cobarde que es, incapaz de ayudar a los heridos en una masacre, o a un hombre relativamente ileso que busca a su perro. No ayudó al hombre a buscarlo, ni lo buscó él; ni siquiera se le ocurrió hacerlo. Recuerda al perro, un terrier marrón y lo reconocería si volviera a verlo. Quizá siga allí. Debería volver para buscarlo. Podría estar escondido en un portal o detrás de una pila de escombros, esperando a que alguien le encuentre.

Pero Kenan no suelta el agua, no vuelve para buscar al perro. No le cabe la menor duda de que el perro está muerto, siempre lo ha sabido, y también sabe que, aunque no lo estuviera, no volvería allí. El miedo le ha paralizado con la misma eficacia que una bala en la columna vertebral, y sencillamente no tiene lo que se necesita para volver. La vergüenza se apodera de él. Lo único que ahora quiere es llegar a casa y reptar hasta la cama. Se aleja del portal y sigue camino hacia el oeste. A su izquierda están los cuarteles militares abandonados, bombardeados hasta la ruina por sus antiguos ocupantes. A su derecha está el At-Mejdan, donde se vendían esclavos, se ejecutaba a hombres y, más tarde, se celebraban carreras de caballos. Ahora es un parque, o lo sería si aún quedaran cosas como un parque en la ciudad. Antes de la guerra había venido a menudo con su familia para escuchar conciertos al aire libre, y a veces también solo, para sentarse en un banco y tomar un café algún cálido día de otoño. Avanza tan deprisa como puede, parando cada poco para recuperar el aliento, pero no se demora más de lo imprescindible. Intenta mantener la mente en blanco, desechar cualquier pensamiento que pudiera acabar inmovilizándole.

Al tomar una de las pronunciadas curvas hacia el norte, aparece ante él un conjunto de apartamentos de color verde y amarillo brillante, apodados «los loros» por aquellos que los consideraban una monstruosidad. Kenan nunca tuvo una opinión firme al respecto, sólo sabía que no le habría gustado vivir en ellos. Ahora, sin embargo, se alegra de verlos, porque se alzan al pie del puente Úumurij a.

Un hombre acaba de empezar a cruzar desde la otra margen y, aunque sería posible que dos personas cruzaran al mismo tiempo, si uno de ellos se apartara y dejara pasar al otro, Kenan no está seguro de que fuera capaz de mantener el equilibrio con los recipientes de agua y no sabe si ese hombre le cedería el paso, de modo que decide esperar. No puede cargar con toda el agua a la vez. Quizá sí, si las botellas de la señora Ristovski tuvieran asa y pudiera atarlas con las suyas, pero tal y como están las cosas es imposible. Aun así, decide cruzar con todas las suyas a la vez. Pesan mucho pero están compensadas, y si llevara tres en cada viaje no habría manera de

equilibrarlas. Dejará las botellas de la señora Ristovski junto a unas rocas y volverá a buscarlas. Ya sin sus garrafas, podrá colocarse una bajo el brazo y llevar la segunda en la mano, dejando la otra libre para sujetarse a la baranda del puente.

Piensa en este plan. Concluye que está bien, pero le preocupa que alguien se lleve las botellas de la señora Ristovski mientras él esté cruzando. Espera a que el hombre llegue a su margen, le saluda con un gesto de la cabeza cuando pasa por su lado y entonces lleva las botellas de la señora Ristovski a un rincón discreto, un pequeño agujero que hay justo donde el puente conecta con la calle. Satisfecho de que las botellas queden fuera de la vista, se recoloca sus garrafas y accede al puente.

Tras varios pasos, se detiene para amortiguar el balanceo de las garrafas, que se bambolean como péndulos impulsados con mayor fuerza por cada paso que da. Los aplaca con la mano libre y espera a que cuelguen inmóviles antes de seguir andando. Tiene que parar dos veces más antes de llegar a la mitad del puente. Mientras espera, mira hacia el este y luego de nuevo en dirección a la destilería. Intenta ver si algo parece diferente del aspecto que tenía por la mañana, además del aún humeante esqueleto del Yugo. Entonces piensa que nada debería parecer diferente, porque nada ha cambiado. El hecho de que esta vez él estuviera allí, más cerca de lo habitual del epicentro de la matanza, no significa que ésta sea más relevante para la ciudad. Es sólo un día más.

Las sirenas antiaéreas han cesado. Kenan llevaba rato sin reparar en ellas. Una bomba cae en la distancia, en el oeste, hacia el aeropuerto. Avanza unos pasos, deja que las garrafas se estabilicen, da varios pasos más. Un pie le resbala levemente y eso hace que las garrafas se impulsen hacia adelante, y en el retroceso le golpean directamente en la rodilla y le hacen perder el equilibrio. Kenan se estrella contra la baranda, la potencia del golpe lo desequilibra. Se sujeta con las dos manos, posa el pie de nuevo en la viga, pero está aturdido. Siente que le invade la rabia, como cuando topa con la cabeza contra la esquina de la puerta de algún armario o contra algún objeto que no esperaba que estuviera ahí, una rabia concentrada y dispersa al mismo tiempo. Renquea hasta el final del puente sin parar, la adrenalina le impele a hacerlo, y deja caer el agua. Se tiende en el suelo, boca abajo, sin importarle quedar a la vista, ser un blanco fácil. Grita, pero no reconoce el sonido que emerge de él. Es un bebé y un animal y una sirena antiaérea y un hombre derribado por su propia carga. Escucha mientras el grito se disipa, éste se desvanece como si no hubiese existido, entonces rueda sobre sí mismo y mira al cielo.

Está cansado. Está cansado de ir a buscar agua y está cansado del mundo en el que vive, un mundo que nunca quiso, en cuya creación él no intervino y que desea que no existiera. Está cansado de cargar agua para una

mujer que nunca le ha dedicado una palabra amable, que se comporta como si fuera ella quien estuviera haciéndole un favor a él, cuyas botellas no tienen asas y ella se niega a cambiarlas. Si le gustan tanto esas botellas, debería llevarlas ella misma a la destilería, debería ver cómo la calle se llena de sangre que luego va desapareciendo, cómo un hombre se queda de pie con media correa y busca un terrier marrón mientras otros cargan a los muertos en una furgoneta.

Kenan se levanta. Mira el puente, el lugar donde ha escondido el agua de la señora Ristovski. Se da media vuelta, coge la cuerda que ata sus garrafas. Su espalda se arquea bajo el yugo. El agua se alza en el aire. Kenan avanza un paso, después otro. Pronto estará en casa.

Tres

Dragan

Hay un reducido grupo de personas alrededor de Emina, y le han quitado el abrigo para inspeccionarle mejor el brazo. Alguien se lo tiende a Dragan y él lo coge, sintiéndose inútil. La han disparado justo por encima del codo, en la parte baja del bíceps. A Dragan no le parece una herida grave, pero alguien le ha aplicado un torniquete por debajo del hombro. Un hombre que parece saber lo que hace dice que la bala podría haber seccionado una arteria principal. Dragan se muestra escéptico, pero entonces recuerda que cuando el médico toma la presión, la cámara hinchable se coloca alrededor de ese mismo punto. Emina ha perdido mucha sangre, y sigue sangrando, pese a los esfuerzos del hombre. El joven que la ha salvado ya se ha ido.

Dragan no le ha visto marcharse, no sabe en qué dirección se fue.

Se oye un estallido de armas de fuego por Grbavica, tal vez la respuesta de los defensores al francotirador. Si saben desde dónde está disparando, podrían atraparlo. De lo contrario, probablemente se trate de un farol, un intento de hacerle creer que saben dónde está. Esto podría disuadirle de disparar durante un rato. O podría incitarle aún más. Pero la descarga de balas podría estar relacionada con ese francotirador en particular, o con ningún francotirador. Podría incluso ser el ruido que producen los hombres de las montañas al intentar abrir una cuña en el corazón de la ciudad. Dragan no sabe descifrar el sonido de las armas.

Alguien ha ido a detener algún coche, o a llamar una ambulancia; Dragan no lo recuerda. Es poco probable que los teléfonos funcionen. Todos los coches circulan tan deprisa que es casi imposible conseguir que uno pare. Emina sigue consciente y no parece sentir el dolor extremo que él imaginaba. Tiene la tez pálida.

Él se arrodilla a su lado y ella esboza un conato de sonrisa al verle.

—Sígues aquí —dice.

—Sí. —Está avergonzado y quiere decírselo, pero no se le da bien disculparse. Tampoco se ha ganado el derecho de hacerlo.

—Tiene más puntería de lo que creíamos.

Dragan asiente.

—Alégrate de que no sea aún mejor. Has tenido suerte.

—Quería ver al violonchelista hoy. Es el último día que toca. Jovan dice que ya acaba.

Un coche se precipita por la calle y varios miembros del grupo corren a pararlo con señas.

Emina parece somnolienta, sus palabras brotan lentas y espesas.

—Jovan se preocupará. No le gusta que salga. Pero no podía vivir como una prisionera. Tenía que salir y caminar.

—Jovan estará bien —dice Dragan—. Y tú también. —Observa al coche que se acerca. Cuando vuelve a mirar a Emina, ve que sus ojos se han cerrado, aunque aún respira.

El coche, un cuatro puertas de color granate, se detiene. Lleva el parabrisas resquebrajado y uno de sus laterales presenta varios orificios de bala. Dos hombres bajan de él a toda prisa y dejan las puertas abiertas y el motor en marcha. Echan un vistazo rápido al hombre sin sombrero, que yace en la calle, convienen en que no se le puede ayudar y se centran en Emina. Tras una somera inspección, la cogen en brazos y la colocan en el asiento trasero. Suben al coche y se ponen en marcha antes incluso de cerrar por completo las puertas.

—¡Esperen! —grita Dragan.

Quiere ir con ellos, pero ya se han ido. No cree, sin embargo, que le hubiesen dejado acompañarles, y tampoco sabe qué habría hecho en el hospital. El hombre que parece saber un poco de medicina se acerca a él.

—Se pondrá bien —dice—. En cuanto llegue al hospital, le curarán la herida.

—Entonces, ¿no es grave? —pregunta Dragan, sin estar seguro de si el hombre lo ha dicho porque es verdad o si sólo intenta tranquilizarle.

El hombre se encoge de hombros.

—Nunca se sabe, pero la bala sólo ha alcanzado músculo.

Dragan le mira, cree que es sincero.

—¿Vio cómo ocurría?

—Sí. Estaba a unos pasos de usted.

Dragan asiente y, tras un largo e incómodo silencio, el hombre echa andar hacia el este, en la dirección opuesta al cruce.

Dragan se sienta en el frío cemento y apoya la espalda contra el furgón. Aún tiene en sus manos el abrigo de Emina. Algo traquetea en el bolsillo y cuando él introduce la mano encuentra un bote de pastillas y una dirección. Son las pastillas que han traído aquí a Emina hoy, los anticoagulantes de su madre. Se los guarda en su bolsillo y luego deja el abrigo en el suelo, a su lado. Ella ya no lo querrá. Nadie quiere el abrigo que llevaba cuando le dispararon, aunque pudiera lavarse la sangre y zurcirse el agujero. Era un abrigo bonito cuando ella lo llevaba puesto. Ahora ya no se lo parece. No es sino otro escombros más.

Su mirada se desliza del abrigo al cuerpo que yace en la calle y de nuevo al abrigo. ¿Realmente morir es mejor que quedar herido? Ahora no está seguro.

La idea de conocer que el momento de la propia muerte es inminente ya no le parece tan mala en comparación con este final instantáneo. Emina sobrevivirá, de eso está seguro, pero si no lo hiciera, si su herida fuese más grave, ¿no sería mejor lanzar una última mirada al mundo, aunque la visión sea gris y lúgubre, que sumergirse sin previo aviso en la oscuridad?

Lo que marca la diferencia, cae en la cuenta, es si uno quiere permanecer en el mundo en el que vive. Porque aunque él siempre temerá la muerte, y eso es algo que nada puede cambiar, la cuestión es si la vida merece ese temor. ¿Se enfrenta uno al terror que debe acompañar a la certeza de estar a punto de morir, sólo para poder lanzar una última mirada al mundo? Dragan se sorprende al comprobar que su respuesta es un sí.

Hace un mes volvía a casa tras su jornada en la panadería cuando un grupo de hombres medio uniformados le rodearon y, después de examinar su documentación, le ordenaron subir a la parte trasera de un camión. Obviaron sus protestas, su insistencia en que su trabajo en la panadería era esencial para los esfuerzos de la población durante la guerra. No les importó que tuviese sesenta y cuatro años. Más tarde supo que eran la milicia de uno de los jefes criminales venidos a comandantes militares, y que se les pagaba en función de la cantidad de individuos que reclutaban.

En el camión había otros siete hombres que fueron llevados al frente de batalla, donde pasaron los tres días siguientes cavando trincheras. No tenían armas, y los únicos soldados que había por allí estaban apostados detrás de ellos con órdenes de disparar si abandonaban sus puestos. No sabían a qué distancia se encontraba el enemigo, en qué momento podían recibir un balazo, de qué dirección llegaría la muerte. Era difícil calcular cuánto tiempo pasaba y no les dieron comida. Por toda luz, la de las balas trazadoras que surcaban el cielo, y los únicos sonidos, el crujido de sus palas y la detonación de las bombas. El hombre que tenía al lado estaba tan asustado que rompió a llorar, y Dragan tuvo que sujetarle por los hombros y zarandearle para que dejara de hacerlo, o al menos para que lo hiciera en silencio. Fue entonces cuando concluyó que era mejor morir en el acto que quedar herido. La idea de pasar sus últimas horas en un agujero que él mismo había cavado a punta de pistola no suponía consuelo alguno en comparación con el miedo que le profesaba a la muerte.

Más tarde, cuando el gerente de la panadería supo dónde estaba y contactó con las personas indicadas para que garantizaran su liberación, Dragan dejó de distinguir las calles de la ciudad de aquellas trincheras, y no le importaba si eran los hombres de las montañas o los defensores quienes disparaban. Para él ya no había diferencia.

Ahora se pregunta si acaso estaba en un error. Aprecia una clara diferencia entre su calle y las zanjales que cavó. Una trinchera se utiliza para la guerra y sólo para la guerra. Pero en estas calles, en las calles de esta ciudad, ha caminado de la mano de Raza y se ha reído con Davor. Hoy ha compartido una conversación

con una vieja amiga en una de estas calles. Puede que se esté librando una guerra en ellas, pero antes ofrecían mucho más. Esto significa algo para él, aunque no sabría ponerle nombre.

Sabe que debería haber intentado ayudar a Emina. Debería haber echado a correr hacia la calle con aquel joven y ayudarle a cargar con ella. Tal vez así se hubiesen desplazado más deprisa. Pero es posible que eso hubiese provocado que el francotirador les disparase a ellos en lugar de al hombre del sombrero. El resultado siempre es impreclicable. Aun así, no se movió cuando se produjeron los disparos. No porque hubiese decidido no hacerlo, sino porque estaba asustado. Si eso le convierte en un cobarde, acepta de buena gana considerarse cobarde. No está hecho para la guerra. No quiere estar hecho para la guerra.

Dragan mira hacia el este, hacia el apartamento de su hermana. Piensa en abandonar la tentativa de llegar a la panadería, en retroceder. Su cuñado no está tan mal. Tal vez encuentren algo de que hablar que contribuya a tender un puente sobre el vacío que los separa. Tal vez puedan tomar un café, si queda, si hay agua que hervir o madera que quemar. Podrá intentar llegar a la panadería mañana, a la hora en que empieza su turno.

Sin embargo, no quiere volver a casa. Su cabeza gira hacia el suroeste; si se dirigiera allí, dejando atrás la panadería y cruzando después Mojnilo en dirección a Dobrinja, llegaría al no-tan-secreto túnel que cruza el subsuelo del aeropuerto y desemboca en territorio no ocupado.

Se imagina entregándole un salvoconducto a un guardia armado en la entrada del túnel. No sabe dónde lo habría conseguido, pero nadie entra sin salvoconducto, e imagina al guardia inspeccionándolo antes de cederle el paso. Entra en el túnel agachando la cabeza. Dentro apenas hay luz y el aire está viciado. Tarda tres cuartos de hora en recorrer los setecientos sesenta metros que le separan de la salida. En algunos tramos el suelo está cubierto de agua, y Dragan tiene que ir con cuidado para no pisar los raíles por los que circulan pequeñas carretas. Ha oído que ciertos políticos y otros hombres importantes a veces viajan en estas carretas, empujadas por soldados, pero allí no hay nadie para empujarle a él. No le importa, tampoco aceptaría el ofrecimiento. El túnel pasa por debajo del aeropuerto, que está controlado por fuerzas externas y donde han disparado a numerosas personas que intentaban cruzar el asfalto. Ninguna de ellas consiguió un salvoconducto para cruzar el túnel. Los hombres de las montañas las liquidaron como a patos en un estanque.

Al acercarse al final, el túnel se hace más ancho y alto. Ya puede ponerse en pie y el aire es algo más fresco. Cuando emerge en el territorio libre de Butmir, se encuentra a sólo ocho kilómetros de la casa de su hermana. Un trayecto en coche de quince minutos. Pero es libre. Dos horas de autobús y estará en la costa. Un ferry le llevará a Italia.

El viaje entero le lleva menos de un día. Apenas distan quinientos kilómetros a vuelo de pájaro entre Sarajevo y Roma. Ni siquiera una hora de avión. Hora

y media a París. Dos horas a Londres. Pero irá a Italia, porque es allí donde están su esposa y su hijo.

Al principio no darán crédito a sus ojos. Se quedarán boquiabiertos y se preguntarán si no será un fantasma lo que ven. Él les asegurará que no lo es, claro está, y después todos rebosarán alegría. Davor le abrazará, le apretará con fuerza contra sí, como hacía cuando era niño. Raza le besará y le acariciará la nuca. Él se duchará con agua caliente, humeante, y se secará con una toalla suave y limpia. Irán a un restaurante y comerá lo que le apetezca, y sabrá que al día siguiente podrá volver a hacerlo. Pasearán por las calles, contemplando los escaparates. Habrá árboles de hojas verdes y los edificios estarán relucientes, sin cicatrices. No habrá nadie en las montañas apuntándoles con armas, y en poco tiempo ni siquiera lo considerará una bendición, sino algo obvio, porque así es como se supone que la vida debe ser. Serán felices. No odiarán a nadie ni nadie les odiará.

En las colinas que le envuelven cae un mortero. Oye el traqueteo del fuego automático, y a continuación cae otra bomba. Es un idioma, una conversación de violencia. Está de vuelta en Sarajevo. En su bolsillo no hay ningún salvoconducto para el túnel, y nunca lo habrá. Nadie sale de la ciudad ahora. Y él aún menos. Dragan se sienta y escucha a los hombres de las montañas y a los defensores de la ciudad discutir con proyectiles. Nadie cruza la calle. Apenas hay nadie esperando ya, pues la mayoría ha decidido optar por una ruta alternativa, tal vez cruzar las vías del tren en dirección al norte y desplazarse de este a oeste tras la protección de otra barricada de automotores y cemento. Tal vez estén más seguros allí, tal vez no. Hay más de un francotirador en las montañas. Disponen de suficientes hombres para cada cruce que elijan.

Se pregunta en qué pensarán allí, a salvo en sus montañas. ¿Desean que esta guerra acabe? ¿Se alegran cuando aciertan a un blanco o les basta con asustar a la gente, verla correr para salvar la vida? ¿Sienten remordimientos cuando vuelven a casa y miran a sus hijos, o están complacidos, pensando que han prestado un gran servicio a las generaciones futuras? Dragan nunca ha entendido, ni siquiera antes de la guerra, por qué creían que las personas como él suponían una amenaza. Sigue sin entender qué conseguirán matándole a él, qué efecto tendría su muerte en nadie, además de en sí mismo.

Dragan no quiere ir a Italia. Añora a su esposa y a su hijo, pero él no es italiano y nunca lo será. No hay país al que pueda ir donde no vaya a seguir siendo de Sarajevo. Éste es su hogar y éste es el lugar donde quiere estar. No quiere vivir sitiado el resto de su vida, pero abandonar la ciudad a los hombres de las montañas significaría quedarse sin hogar de por vida. Mientras permanezca en ella, y mientras sea capaz de evitar que el miedo a la muerte le ciegue y le impida ver lo que queda del mundo que en un tiempo amó y que podría volver a amar, conserva aún la esperanza de que algún día sea capaz de caminar abiertamente por las calles de esta ciudad con su mujer y su hijo, sentarse en un restaurante y

degustar una buena comida, contemplar los escaparates, libres de los hombres armados.

Dragan sabe que nunca podrá olvidar lo que ha ocurrido aquí. Si la guerra concluye, si la vida vuelve a parecerse a lo que era y él sobrevive, no sabrá explicar cómo ha sido posible nada de esto. Una explicación implica lógica, pero ahora no hay lógica alguna en Sarajevo. Sigue sin creer que haya ocurrido. Confía en que nunca pueda hacerlo.

Flecha

La bombilla del despacho de Nermin Filipovie parece más opresiva que nunca. A Flecha nada le gustaría más que alargar la mano hacia ella y romperla, hacerla volar hasta el techo. Resiste la tentación, sabe que el ruido haría que alguien se personase en el despacho de inmediato para investigar qué ha ocurrido. Reemplazaría la bombilla. No serviría de nada. Probablemente ni siquiera la ayudaría a sentirse mejor.

Pasa sentada, a solas, casi media hora hasta que Nermin llega. Y llega con aspecto de llevar días sin dormir. Apenas parece reparar en ella.

—Hecho —dice ella mientras él se desploma en su silla.

—¿Está muerto? —pregunta Nermin, mirándola por primera vez.

Flecha asiente. Nunca le había visto en este estado y no sabe calibrar sus reacciones.

—¿Cuál de los dos? —Flecha se queda inexpresiva. No entiende la pregunta—. ¿El violonchelista o el francotirador? —insiste él, inclinándose hacia adelante.

—El francotirador —contesta ella, con voz neutra. No se mueve, se niega a que su cuerpo delate lo que siente.

—Bien.

Un ayudante, un adolescente que ni siquiera tiene edad para afeitarse, entra en la sala con una bandeja y café. Nermin coge una taza y le ofrece la otra a Flecha. Ella vacila antes de aceptarla, lo cual provoca una mirada de sorpresa en Nermin. El chico se retira con la bandeja, sale y cierra la puerta a su paso.

Nermin toma un sorbo.

—No pareces muy contenta.

Flecha no dice nada. Sujeta la taza y mantiene la mirada clavada en el suelo.

Durante un rato, ninguno de los dos habla. Al cabo, lentamente, con un tono que Flecha nunca le había oído emplear, él dice:

—Tal vez lleves demasiado tiempo haciendo esto. Tal vez deberías parar ahora.

Flecha sigue mirando al suelo.

—El francotirador tenía a tiro al violonchelista. Lo tuvo en todo momento. Pero no disparó. Estaba escuchándole.

Nermin sacude la cabeza.

—No me entiendes.

Ella continúa:

—Le maté porque él me disparó, y porque no podía confiar en que no fuera a volver a hacerlo. No tenía elección.

—No, no tenías elección. Pero esto no tiene nada que ver con el violonchelista. Ha llegado el momento de que desaparezcas.

Flecha alza la mirada. Los ojos inyectados en sangre de Nermin la perforan.

—¿Desaparecer?

Él se humedece los labios y aparta la mirada.

—Ya no puedo seguir protegiéndote. Los términos de nuestro acuerdo ya no son viables.

—No comprendo.

¿Dónde, se pregunta, voy a desaparecer? La ciudad está rodeada. Nadie puede desaparecer, aunque quiera.

—Los hombres de las montañas han creado muchos monstruos —dice él—, y no todos están en las montañas. Están los que se creen en posesión de la verdad absoluta sólo por oponerse a algo malvado. Utilizan esta guerra y la ciudad para sus propios fines y yo no voy a formar parte de ello. Si es así como la ciudad será cuando acabe la guerra, no merece la pena salvarla.

—¿Qué están haciendo? —pregunta ella. Últimamente corren tantos rumores que ya no sabe qué creer. La mayoría son evidente propaganda, pero otros la hacen dudar.

Nermin apura el café y deja la taza vacía sobre el escritorio.

—Deberías desaparecer, ahora, para que no tengas que saberlo. —Se pone de pie, lo cual en el pasado había sido la señal para que ella se marchara, pero Flecha no se mueve de la silla.

—¿Qué te pasará a ti?

Él sale de detrás del escritorio y se pone a su lado. —Espero que me releven de mi cargo de un momento a otro.

Flecha se levanta y cuando él se inclina para darle un beso en la mejilla, ella le abraza. Pese a haber mantenido siempre las distancias, él se ha convertido en lo más próximo a un amigo que tiene. Flecha da media vuelta para irse; él la sujeta por un hombro y le dice, a sus espaldas:

—Tu padre nunca me habría perdonado por haberte convertido en un soldado.

Flecha no se da la vuelta. Posa una mano sobre la de él.

—Mi padre está muerto —dice— y yo te perdono.

Al salir del despacho a la intensa luz de la calle, nota que el rifle que lleva colgado al hombro pesa más que nunca. Recuerda lo que él dijo sobre la oposición a algo malvado y se pregunta si también ella debería creerlo. ¿Se considera buena persona porque mata a hombres malos? ¿Lo es? ¿Importa el motivo por el que los mata? Sabe que ya no los mata porque ellos estén matando a sus conciudadanos. Eso es sólo una parte. Los mata porque los odia. ¿La absuelve el hecho de que tenga una buena razón para odiarles? Hace un mes habría contestado que sí. Ahora se pregunta quién decide qué es una buena razón y qué no lo es.

No sabe qué será de Nermin. Si está en lo cierto, si está a punto de ser relevado de su cargo, se convertirá en un hombre sin lugar. Los hombres de las montañas no tendrán piedad. Quizá aún le queden suficientes contactos para encontrar el modo de salir de Sarajevo. Será difícil. La mayoría de países no aceptaría a nadie que haya participado en la lucha, y el renombre de Nermin no le permitirá pasar inadvertido. Lo mejor que podría hacer sería esconderse hasta que acabase la guerra. Si los hombres de las montañas no ganan, tal vez las cosas cambien y él pueda rehacer su vida en tiempos de paz. No sabe cómo consigue algo así un soldado profesional, pero individuos de menos valía han superado dificultades más grandes. Confía en que algún día esté en situación de ayudarlo.

Ha recorrido tres manzanas cuando comienza el bombardeo. Suele preguntarse si los morteros les recordarán a los otros a los fuegos de artificio. Primero caen en el oeste, sobre Mojnilo y Dobrinj a. Luego unos cuantos caen más cerca, al otro lado del río desde Grbavica, y hacia la ribera, alrededor de Bale'arlij a. A su alrededor, la gente empieza a apretar el paso, se dirige a sus casas, a la seguridad de los sótanos y las bodegas, donde con toda probabilidad pasará la noche. No parece necesario. Dado que ella corre mayor peligro cualquier día de su rutina habitual que durante la peor noche de bombardeos, dormirá en su cama. Si va a morir, allí es donde le gustaría que ocurriera. Es una pequeña medida de control sobre una situación incontrolable.

Está a punto de doblar la esquina y dirigirse al norte cuando un muchacho pasa corriendo por su lado y le da un golpe con el hombro que casi la derriba. El chico no se detiene, pero vuelve la mirada hacia ella y Flecha le reconoce del despacho de Nermin: es el chaval que les ha servido el café. Ahora parece incluso más joven. Tiene un semblante asustado, lívido, y corre más que nadie en la calle. Varias bombas estallan en las colinas, por encima de ella, y la distraen, y el muchacho desaparece. Flecha sacude la cabeza. ¿Por qué iba a tener Nermin entre su personal a un crío que se aterra con tanta facilidad? Entonces se detiene. No, no lo tendría.

El chico no se ha asustado por las bombas. Algo va mal. Se da la vuelta y se encamina hacia el despacho de Nermin. Sus pensamientos rebosan ruido, son una radio mal sintonizada, y de pronto Flecha se sorprende corriendo. La culata del rifle rebota contra sus costillas y las magulla, y sus botas parecen llenas de

agua, anegadas y pesadas. Aunque tarda menos de un minuto en deshacer las manzanas que había recorrido, a ella le parecen días.

Con un gesto limpio y suave, se descuelga el rifle del hombro y lo sujeta con ambas manos. Reconoce sus movimientos como un acto reflejo. Es muy poco probable que su rifle pueda resolver lo que esté sucediendo.

Pero no hay tiempo para elucubraciones, porque un segundo después de tener a la vista el despacho de Nermin una explosión arranca las puertas del edificio y arroja al aire el contrachapado que cubre las ventanas. A ello prosigue una bola de fuego que se expande y luego se contrae en sí misma. En la calle cae una lluvia de polvo y escombros.

Flecha no sabe si ha sido la explosión o su propia voluntad lo que la ha derribado al suelo. Al principio ni siquiera repara en que está boca abajo, viendo cómo el edificio arde por el visor del rifle.

El despacho de Nermin está en la planta baja de un edificio de tres. El resto también está ocupado por su ejército. Flecha no sabe qué está teniendo lugar en las demás salas, pero sí sabe de inmediato que no había nadie en ellas cuando el edificio explotó. Sólo habría alguien en uno de los despachos.

Los bomberos llegan y sofocan el fuego. Hombres uniformados precintan el edificio y lo registran. No encuentran supervivientes. Es una suerte, dicen, que el mortero cayera fuera del horario laboral. Un pequeño milagro.

Flecha les oye hablar, advierte que todos saben que no ha sido un mortero lo que ha incendiado el edificio. Nadie quiere decirlo, o quizá estén implicados. En cualquier caso, la explosión procedió del interior y no fue un mortero lanzado por los hombres de las montañas. Pero nadie dice nada. A fin de cuentas, todos los días muere gente. El asesinato es ya algo habitual. ¿Por qué iba a ser esto diferente?

Durante varias horas, Flecha merodea cerca del edificio, con la esperanza de que Nermin, de algún modo, se haya salvado, que tuviera un as en la manga del que nadie supiera. Luego, cuando ya casi todo el mundo se ha marchado, dos soldados salen del edificio con un cuerpo envuelto en una manta. Lo colocan en la parte trasera de una camioneta y se alejan. Flecha se cuelga el rifle al hombro, se da media vuelta y enfila la larga caminata que la separa de su casa.

El bombardeo no ha amainado. Los hombres de las montañas están teniendo una noche ajetreada. Flecha se acuesta en su cama, escucha el ruido de los morteros que caen, el del fuego automático, el de las sirenas. Se pregunta qué quedará en pie cuando llegue la mañana, si habrá alguna diferencia apreciable en la fisonomía de la ciudad. Sin duda llegará un momento en que habrá tantos escombros que unos poco más ya no marcarán diferencia alguna. Es posible que ese momento ya haya llegado.

¿Funciona igual una persona? No lo sabe. Le parece que debería estar más angustiada por la muerte de Nermin, o más furiosa, o más algo. Quiere estarlo, pero no lo está. Ni siquiera puede afirmar que esté sorprendida.

Esta noche hace frío y sigue sin haber electricidad. Ya no le queda leña para su improvisada estufa, no se ha preocupado por conseguirla. Tiembla bajo las mantas, se levanta y va a buscar más al armario del recibidor, vuelve a la cama y sigue temblando. Le ruge el estómago, que protesta por la frugal cena de arroz y té aguado. No soporta el arroz. No recuerda que le disgustara antes de la guerra, pero ahora con sólo pensar en él siente náuseas. No obstante, es lo único que tiene, lo único que le queda de la última remesa de ayuda humanitaria. El ejército le paga con cigarrillos, que ella cambia por nimiedades como una onza de chocolate o una pastilla de jabón. Hace unas semanas consiguió una bolsa de manzanas y, aunque estaban blandas y harinosas, bien merecieron el absurdo precio que pagó en un momento de debilidad. Aún tiene cigarrillos por intercambiar, un cajón lleno, pero no quiere gastarlos. De algún modo, le parece un desperdicio y no consigue sacudirse de encima la sensación de que podría necesitarlos más adelante. De modo que come arroz, lo va cogiendo del saco de diez kilos que tiene en un rincón de la cocina, y lo enriquece con pan y té aguado.

«Desaparece», le dijo Nermin. Tenía razón, debería desaparecer. El alijo de cigarrillos podría bastar para comprar un salvoconducto para el túnel. No tiene idea de cuánto cuesta. Pero no puede dejar de pensar en el funeral de Slavko, en el hombre gordo y en el sepulcro. ¿Existe alguna diferencia entre desaparecer y acabar en un sepulcro? ¿Importaría algo si sucumbe a los deseos de los hombres de las montañas o a los de los hombres de la ciudad?

Está, obviamente, la cuestión de la supervivencia. No quiere morir. No quiere que nadie le dispare, al margen de si quien dispara está en las montañas o en la ciudad. Pero la joven que se sintió abrumada por lo que significa estar vivo, la chica que era tan feliz y tan temerosa que tuvo que parar el coche en el arcén de la carretera tampoco quiere morir. Puede que esa chica ya no exista, por el momento, puede que no haya un sitio para ella en la ciudad de hoy, pero Flecha cree que es posible que algún día pueda regresar. Y si Flecha desaparece, sabe que estará matando a esa chica. Que no regresará.

Y también está el violonchelista. Parte de su trabajo está hecho. Ha matado al francotirador que enviaron. Pero si el violonchelista cumple su promesa, y Flecha cree que lo hará, aún no ha acabado. Así que podrían enviar a otro francotirador. Les costará encontrar a un hombre dispuesto, sabiendo lo que le ocurrió a su predecesor, pero quizá vuelvan a intentarlo. ¿Y dónde estará ella si eso ocurre? ¿Estará protegiendo al violonchelista? Quiere protegerlo. Si está en sus manos, lo hará.

Flecha se despierta con el ruido de unas botas en el rellano. No recuerda

haberse quedado dormida y se siente como si no lo hubiera hecho. Pero tiene los ojos abiertos y sabe que las botas que oye no calzan los pies de ninguno de sus vecinos. Alguien llama a la puerta. Ella salta de la cama, se viste y abre el cajón de la mesita de noche. Saca el revólver de su padre, el arma que él utilizó en sus tiempos de agente de policía, y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta. Su rifle descansa sobre la mesa de la cocina, limpio y preparado, pero lo deja donde está.

Quienquiera que sea sigue aporreando la puerta y Flecha oye cómo se abre la del vecino. Hay una pausa, durante la cual no se pronuncia palabra, y la puerta del vecino vuelve a cerrarse. Flecha comprueba que el arma está cargada y abre la puerta.

Tres hombres esperan al otro lado. Uno de ellos tiene el puño en alto, dispuesto a volver a llamar, y los otros dos están detrás. Van armados, tienen aire informal. Ella sabe que la realidad es muy otra. Todos llevan botas de montaña. El que llamaba va vestido con un uniforme verde y una chaqueta militar con la insignia del país bordada. Los otros dos van de paisano, sin ninguna etiqueta identificativa.

El de verde le dirige una mirada que le recuerda el modo en que los hombres solían mirarla en los bares de noche. Hace una pausa antes de hablar, mirando a los otros dos.

—¿Eres Flecha? —Su voz es deliberadamente tosca, pero el resultado es casi cómico.

—Es posible. ¿Qué queréis? —Tiene la mano en el bolsillo de la chaqueta, pero aún no ha decidido qué hacer. Podría matar a los tres antes incluso de que ellos levantaran el arma, pero no considera ése el curso de acción correcto. No parecen suponer un peligro inmediato para ella. Con más probabilidad, deben de ser mensajeros. No mates al mensajero, aconseja el viejo dicho, aunque no consigue recordar exactamente por qué. Decide no dar ningún paso, de momento.

—Acompáñanos.

Flecha guarda silencio, sopesa sus opciones. ¿Significaría esta renuncia que deberá matar a estos hombres?

—Me temo que no voy a hacerlo —dice.

Los dos de atrás se llevan las manos a las armas en un gesto despreocupado, alzan levemente los cañones y Flecha recibe la respuesta a su pregunta.

—No te lo estamos pidiendo —dice el que está al frente, aunque ella ya lo sabía. Es un tipo nervioso, piensa. Estos hombres han oído hablar de ella. Podrían no estar seguros de si las historias que han oído son ciertas, pero han oído lo bastante para estar asustados. Ella se siente complacida, momentáneamente, y luego irritada consigo misma por deleitarse con el temor ajeno. Nunca ha querido que nadie la tema.

—¿Adónde vamos? —pregunta, con voz baja y suave. Quiere que sepan que no la intimidan.

—A ver al coronel Karaman —dice él—. Trae tu rifle.

Flecha espera, les deja sufrir un rato mientras decide qué hacer. Puede decir no, y entonces tendrá que matar a estos tres hombres, lo que la convertirá en fugitiva. Parece más fácil y prudente ir con ellos. No ha oído hablar del coronel Karaman y eso la inquieta. Asiente y se dirige a la cocina. Coge el rifle y regresa a la puerta. La cierra y los tres hombres la rodean; el que va en vaqueros se coloca a un lado, y los otros dos, detrás. Ella tiene la inconfundible sensación de que están tratándola como a un prisionero.

Flecha se apea de un BMW azul; le ordenan esperar mientras uno de los hombres entra en una cafetería que hay en una calle estrecha, justo al norte de la biblioteca. Los otros dos se quedan cerca, fumando, pero no intentan hablar con ella. Minutos después, el primer hombre vuelve y le indica con un gesto que le siga.

En el interior del café la iluminación es pobre y el aire está viciado. Las ventanas están bloqueadas con sacos de arena y en la sala quedan muy pocos muebles. A una mesa de un rincón hay sentado un hombre uniformado. Debe de rondar los cincuenta años y tiene el pelo y la barba canosos, la tez bronceada y los ojos de un tono marrón indescifrable. Su mirada es dura, es un hombre habituado a la lucha. Flecha sabe de inmediato que podría ser un enemigo peligroso.

—Siéntate —dice él, y aparta una silla con un pie—. Y deja tu rifle en la puerta.

Flecha deja el rifle, con un movimiento suave, y se sienta. No está cómoda viendo que la situación se le va de las manos.

Espera a que el hombre hable, ansiosa por encontrar el modo de obtener algún control sobre lo que ocurrirá.

—Me llamo coronel Edin Karaman —dice el hombre con voz cortante—. A ti se te conoce como Flecha, ¿cierto?

—Sí.

—¿Y cuál es tu nombre auténtico?

Él la mira, espera una respuesta. Flecha se yergue y le devuelve la mirada.

Flecha es el nombre más auténtico que tengo —contesta.

Él hace una pausa.

—No importa —dice—. Si necesitara saber tu nombre, ya lo habría averiguado. —Coge una carpeta de entre varios documentos que hay en la mesa, la abre y enciende un cigarrillo—. Tu unidad ha sido disuelta. Te han asignado a la mía.

No la mira al decirlo, pero Flecha sabe que está tanteando sus reacciones.

—¿Qué le ha pasado a Nermin Filipovie? —Filipovie ha sido asesinado,

como bien sabes.

—Alza la mirada—. Llevo un tiempo vigilándote. Posees una impresionante gama de habilidades.

Flecha mira las manos de Edin Karaman. Son suaves, están limpias y no presentan durezas. Están en consonancia con el resto de él.

—¿Qué quiere de mí?

—Quiero que sigas con lo que has estado haciendo

—dice, cerrando la carpeta—. Pero a mis órdenes. —No —dice Flecha—, no es así como trabajo. Él sonríe.

—No me has entendido.

Flecha sacude la cabeza.

—No, creo que no.

—Sí —dice él—, estás muy equivocada. No te lo estoy pidiendo, te lo estoy ordenando. Estamos en guerra. Yo no pedí esta guerra, pero ellos insistieron y ahora van a tener que apechugar con los resultados. Eres parte de la solución y actuarás como tal.

—Ya tengo una misión —dice ella—, y debo concluir la. —Transpira, siente una gota de sudor en la pantorrilla.

—El violonchelista ya no es de tu incumbencia. Le hemos asignado a otro. —Y da una larga calada al cigarrillo.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo. Filipovie no gestionó bien tus talentos, te desperdició tratándote como a un soldado corriente, encargándote tareas irrelevantes como la del violonchelista. —Edin Karaman se pone en pie—. Saldrás con los hombres. Te llevarán hasta tu observador para que os conozcáis. Él te proporcionará los detalles de tu primera misión.

Flecha no se levanta. Coloca las manos sobre la mesa y le mira a los ojos.

—No trabajo con observadores. Elijo mis objetivos. Él la mira.

—No, en absoluto. Vuelvo a recordarte que no se te está ofreciendo una elección. Harás lo que se te pida para defender esta ciudad, según yo lo decida. Y ahora, vete.

Ella duda, no está segura de qué hacer. Ha sido ingenua y ha perdido el control de sí misma. Se ha quedado sin ninguna opción.

Mientras se levanta y se dispone a marcharse, se pregunta qué le diría su padre si estuviera vivo. ¿Sabría él que esto iba a pasar? ¿Comprendía mejor que ella la mecánica de una guerra y a las personas que operaban en cada bando? Lo duda. Él sólo era un padre que quería que su hija estuviera a salvo. No podía haber sabido que a ella se le diera tan bien matar, o que esta habilidad fuera a hacerla vulnerable.

Una última cosa —dice él. Ella se da la vuelta para mirarle de frente. Su semblante es severo. Ha cruzado las manos al frente—. A cierta parte de esta ciudad le gusta creer que esta guerra es más complicada de lo que

en realidad es. En caso de que pertenezcas a ella te diré cuál es la realidad de Sarajevo. Estamos nosotros y están ellos. Todos, y con esto me refiero a todos, entramos en uno de los dos grupos. Espero que sepas cuál es el tuyo. —Separa las manos y la despacha con un gesto, el mismo que se hace para ahuyentar una mosca del plato.

Flecha se agacha y coge el rifle. Su peso familiar la reconforta. Si quieren que mate a los hombres de las montañas, muy bien, matará a los hombres de las montañas. Sea lo que sea lo que ha ocurrido en su vida, las decisiones que ha ido tomando la han conducido a este punto. Lo único que le queda son las consecuencias.

Kenan

Kenan camina con paso firme por la ciudad, cruza las vías de la zona oriental, se dirige hacia el norte por la calle Strossmayer y de nuevo cruza las vías de la zona occidental. Al llegar al otro lado de la calle principal, se detiene para descansar, deja las garrafas en el suelo. Cuando se prepara para volver a levantarlas, ve a Ismet bajando por la colina y espera mientras su amigo se acerca.

Ismet sonríe al verle.

—¿Por qué has tardado tanto?

Kenan no le devuelve la sonrisa. No sabe qué decir.

—Han bombardeado la destilería.

Ismet asiente, su expresión se ensombrece.

—¿Estás bien? —le pregunta, inspeccionándole con la mirada.

—Estoy bien. ¿Adónde vas tú? —Sabe que Ismet advierte que no está bien, pero no quiere hablar de eso ahora.

—Al mercado. Ven conmigo —dice, y se agacha para coger el agua de Kenan.

—¿Ya te has quedado sin ciempiés? —Kenan alza el agua antes de que Ismet pueda cogerla.

—Al menos déjame ayudarte.

—No pasa nada. No hay modo de equilibrarlas si me ayudas. De verdad. —Se vuelve hacia el oeste, hacia el mercado—. Vamos. —Lleva quince marcos en el bolsillo. Con un poco de suerte, encontrará alguna ganga. Tal vez algo para los niños.

Mientras caminan hacia el mercado, observa que Ismet no fuma. Normalmente lo haría, piensa, y una parte de él desea que su amigo le ofrezca otro cigarrillo. Se pregunta si será ése el motivo por el que Ismet no fuma, si se siente obligado a ofrecerle.

El mercado está abarrotado y Kenan abulta mucho con el agua.

—Espérame aquí —dice Ismet—, veré si hay algo que valga la pena. Vendré a buscarte si lo encuentro.

Ve desaparecer a Ismet entre la muchedumbre. Es uno de los mercados al

aire libre más concurridos de la ciudad, pero no es grande y han apiñado el máximo de mesas posible en la plaza. Este lugar no es el verdadero mercado negro, aunque no cabe duda de que la mayoría de los productos que en él se venden han llegado a la ciudad por medios ilícitos.

Ha venido aquí a comprar durante la mayor parte de su vida y un buen porcentaje de los alimentos que ha ingerido, los alimentos que le han convertido en la persona que ahora espera aquí, procedía de estas mesas. Nunca imaginó que algún día llegaría a sentirse como un rehén de este mercado.

Kenan piensa en el túnel, en que podría utilizarse para sacar a todos los niños de Sarajevo, en que podría utilizarse como medio para salvar la ciudad. En lugar de eso, tienen instalados unos raíles para las carretas que transportan los productos que se venden aquí a unos precios ridículamente inflados. Es el nuevo tranvía. Y entonces Kenan comprende qué ha sido de su lavadora. En su momento no había pensado en ello, pero ¿qué iba a hacer alguien con un electrodoméstico en una ciudad sin electricidad? Ahora ve que las carretas que entran en Sarajevo cargadas con bienes destinados al mercado negro no se marchan vacías. En algún lugar, en una ciudad distinta de este infierno, alguien está lavando su ropa con una máquina que compró por una bicoca, a sabiendas o no de que estaba siendo cómplice de la destrucción de esta ciudad.

En la misma calle, algo más allá, hacia el oeste, ve a un hombre de pie junto a un Mercedes negro. Lleva un chándal nuevo y es evidente que está bien nutrido. Fuma y parece esperar algo. Cada poco mira hacia el final de la calle, hacia Kenan, en la dirección de la que viene el tráfico.

Un camión grande pasa de largo. Kenan recuerda haberlo visto en la destilería, es uno de los camiones que iba a cargar agua y que pasó a toda velocidad por su lado colina arriba. Había dado por hecho que estaba destinado a las tropas del frente o al hospital. Pero el camión aparca detrás del Mercedes negro, y el conductor se apea y habla con el hombre que espera junto a él. Kenan no sabe qué se dicen, pero el hombre le entrega al conductor un documento y le da una palmada en la espalda. El conductor sube de nuevo al camión, sale a la calle y desaparece en la distancia. Kenan no tiene idea de adónde va, pero comprende a la perfección lo que acaba de ver, sabe que el agua que transporta ese camión no está destinada a nadie que la merezca.

Al principio se queda allí, conmocionado. Pero, al rato, empieza a entenderlo. Por supuesto que compran y venden agua. Compran y venden todo lo demás, de modo que ¿por qué iba a ser esto diferente? Si tuviera dinero, él también pagaría lo que fuera por haberse ahorrado este día, por no haber visto y hecho lo que ha visto y hecho. Sin embargo, no está bien. No deberían poder hacer esto.

Y ahora está furioso. Sólo ve al hombre del chándal al lado del Mercedes y lo único que quiere es echarle las manos al cuello. Avanza un paso, nota que la cuerda que ata las garrafas de agua le resbala de los hombros. Se detiene, da otro paso, se detiene de nuevo. No puede permitirse abandonar el agua. Desaparecería

incluso antes de que él llegara hasta el hombre del chándal.

Kenan retrocede y recupera la cuerda y el agua. Se la cuelga sobre los hombros, su peso ya es una carga familiar. Le parece poco probable que algún día consiga liberarse de ella. Así será. Cargará con esta agua a la espalda de por vida, como Atlas con el mundo, y no estará bien. Se tambalea hacia adelante, su visión se reduce al hombre del chándal.

El hombre fuma un cigarrillo y mira hacia el mercado. Sus movimientos son lánguidos. No tiene especial prisa. Se da la vuelta y mira en la dirección de Kenan. Le mira directamente, parece reírse de él, de la escena de un hombre intentando correr con toda esa agua a cuestas. El hombre no sabe que Kenan va a por él, que él es detonante de la escena cómica que le hace sonreír. Eso enfurece aún más a Kenan.

El hombre del chándal tira la colilla al suelo, va hasta el otro lado del coche y abre la puerta. Rebusca en los bolsillos hasta que encuentra unas gafas de sol. Echa el aliento sobre los cristales, los limpia con el extremo de la camiseta que lleva debajo del chándal y sube al coche. El Mercedes cobra vida y sale a la calle a toda velocidad. Para cuando desaparece de la vista, Kenan tan sólo ha recorrido tres cuartas partes del tramo que distaba entre ambos.

Kenan sigue andando. Se detiene donde el Mercedes estaba aparcado, mira la colilla que el hombre ha tirado. Aún humea; no ha apurado el cigarrillo, queda una buena cantidad de tabaco. Es un cigarrillo americano, de los que a Kenan en realidad nunca le gustaron pero que fumaba si no tenía otros. No ha vuelto a probarlos desde el comienzo de la guerra.

Un anciano pasa correteando junto a él, se agacha y coge la colilla. Con una mano marchita lo introduce en una lata y sigue calle abajo, sin alzar la mirada en ningún momento. Parece más un cangrejo que una persona.

Kenan oye música. Es débil y el sonido viene y va, a ratos sofocado por el ruido de la calle, pero en intervalos más silenciosos regresa. Sin saber por qué, sin creer que tiene ningún motivo para hacerlo, Kenan sigue el sonido y cruza la calle, de nuevo hacia la ciudad. Una corta manzana más allá, la música crece en intensidad y Kenan ve una pequeña aglomeración de personas de pie, apiñadas contra los edificios que flanquean el extremo sur de la calle. Todos miran algo, no sabe qué.

Dobla la esquina y ve lo que miran. Encuentra un hueco en una pared, deja el agua en el suelo y se suma a ellos.

Kenan conoce a ese hombre. Le ha visto tocar antes, aunque no recuerda dónde. Lleva el esmoquin sucio y los zapatos rozados. Tiene el pelo negro y enmarañado, y una barba rala que contrasta con su poblado y largo bigote. Sus ojos reposan sobre sendas bolsas oscuras. El hombre parece venir de un combate, y parece que lo ha perdido.

Kenan ha oído hablar de esto. Alguien, quizá Ismet, quizá su esposa, le ha hablado de un violonchelista que toca a diario en la calle donde mataron a gente

que hacía cola para comprar pan. Ocurrió hace una semana o así. El violonchelista lo presencié todo, lo vio desde la ventana de su apartamento. Cuando le explicaron lo que el violonchelista estaba haciendo, Kenan no dijo nada, pero pensó que era un poco absurdo, un poco sensiblero. ¿Qué podía confiar aquel hombre en conseguir tocando en la calle? No traería de vuelta a nadie de entre los muertos, no daría de comer a nadie, no reemplazaría ningún ladrillo. Era un gesto insensato, pensó, un ejercicio inútil de futilidad.

Nada de esto importa ya a Kenan. Contempla al violonchelista y siente que se va relajando mientras la música se filtra en él. Observa cómo el pelo del violonchelista se alisa, cómo su barba desaparece. El sucio esmoquin se torna limpio; los zapatos, tan pulidos y brillantes como un espejo. Kenan no había oído hasta el momento la melodía que toca el violonchelista, pero la reconoce; sus notas le resultan familiares y rebosantes de orgullo, un niño con un abrigo nuevo, paseando de la mano de su padre por una calle invernal.

El edificio que queda a espaldas del violonchelista se restaura. Las cicatrices de las balas y la metralla se enyesan y se pintan, y las ventanas se recomponen, se clarifican y destellan al reflejar la luz del sol. Los adoquines de la calle se recolocan. A su alrededor, la gente se yergue, se vuelve más alta, sus rostros adquieren volumen y color. Su ropa recupera los hilos perdidos, revive, se torna suave y pierde las arrugas.

Kenan mira cómo la ciudad sana a su alrededor. El violonchelista sigue tocando y Kenan sabe lo que va a hacer a continuación. Enfilará la calle hasta su apartamento. Subirá los escalones de dos en dos, sin siquiera resollar, y abrirá la puerta de golpe. Amila se sorprenderá de verle y él la abrazará y la besará, como se besaban cuando eran mucho más jóvenes. Le pasará los dedos por entre el pelo, denso y del color de la miel.

Su hijo, Mak, saldrá de su habitación sorprendido por el bullicio.

—Puaj —exclamará al verles, y Amila se zafará de él riéndose.

Juntos bajarán a la ciudad dando un paseo. Él cogerá de la mano a su hija pequeña.

—Papá —dirá ella—, ¿me compras un helado?

Kenan sonreirá y dirá que sí, y Sanja le apretará la mano, emocionada. Su hija mayor, Aida, protestará un poco al principio, preocupada por perderse los planes para ir al cine con su novio, un chico que no acaba de gustar a Kenan, pero enseguida cederá. Nunca ha sabido estar enfadada mucho rato, igual que su madre.

Deambularán por la ciudad, cruzarán el Bak'arIija, dejarán atrás la biblioteca, bajo cuya cúpula de cristal, la que se alza sobre el vestíbulo principal, se está celebrando un concierto. En un pequeño restaurante que queda justo al oeste de la biblioteca, al que lleva yendo desde que era niño, comerán hasta que no puedan más. Él pedirá cordero y cevapi, y se reirá con el camarero cuando éste derrame el café sobre la mesa, y las manos de todos tratarán de

salvar la comida e impedir que el café les caiga en el regazo. En el camino de vuelta a casa pararán para comprar un helado a Sanja y, aunque Kenan sabe que no tiene hambre, ella insistirá en acabárselo, lo que inquietará un poco a Amila.

Estarán cansados, saciados y somnolientos, así que cogerán el tranvía que les dejará al pie de su calle en lugar de volver andando, y Kenan viajará de pie, sujeto a un poste, mientras su familia lo hará sentada. La ciudad transcurrirá por su lado como las aguas del Miljacka, con las calles llenas de gente, gente normal, gente feliz preocupada únicamente por si mañana lloverá.

Se apearán del tranvía y Kenan lo observará hasta que desaparezca de la vista tras la curva, en su camino hacia el oeste, hacia el aeropuerto. Mañana volverá a tomarlo muy temprano, llegará al trabajo antes que nadie. El Chelsea ha perdido hoy y Kenan chinchará a Goran, le preguntará por qué no puede ser aficionado de un equipo más digno.

Abrazará a su hija Aida, que se va al cine.

—Ten cuidado —le dirá—. Los chicos adolescentes sólo dan quebraderos de cabeza. —Ella pondrá los ojos en blanco, pero luego se inclinará hacia él y le dará un beso en la mejilla.

—Lo sé, papá —dirá ella, y él le pondrá dinero en la mano.

—Cómprate palomitas. Así no te sentirás en deuda con él.

Ella volverá a poner los ojos en blanco, aunque no estará enfadada, y él esperará con el brazo sobre los hombros de Amila a que cruce la calle corriendo, pues ella no quiere llegar tarde. Kenan mirará a su mujer y después a su hijo y a su hija pequeña, y se sentirá feliz, y nada de esto le será arrebatado jamás.

Pero todo esto le ha sido arrebatado ya. La música concluye, las notas cesan. Él vuelve a estar en la calle donde mataron a veintidós personas que hacían cola para comprar pan. Tal vez una furgoneta azul se llevara sus cuerpos. Tal vez sus cabezas colgaran inertes mientras los introducían en ella, como dirigiendo una última mirada a la calle donde los mataron.

El violonchelista reposa las manos y abre los ojos. No repara en la pequeña multitud que tiene frente a sí y ésta no aplaude. Varias personas han dejado flores a sus pies, pero no son para él. Kenan desearía poder dejarle algo, pero lo único que tiene es agua y quince marcos alemanes. Las flores que hay en el suelo son irrecuperables, sería inútil regarlas. Nada de lo que él tiene marcaría diferencia alguna.

El violonchelista se pone en pie, coge el taburete y se da media vuelta, entra en un portal, desaparece. Por un instante, Kenan se pregunta si en realidad estaba allí. El público se dispersa poco a poco, hasta que sólo quedan Kenan y una anciana. Ella sigue de pie contemplando la pila de flores y la cicatriz de la explosión en el pavimento, donde el mortero estalló.

Se vuelve hacia Kenan.

—Mi hija —dice— estaba aquí comprando pan. —Kenan no sabe por qué

la mujer le dice esto—. Ella ya tenía, pero yo le pedí que intentara conseguir un poco para mí. —La voz de la mujer es suave, templada. A él le da la impresión de que no concuerda con lo que le está refiriendo.

Intenta pensar en algo que pueda decir y que tenga algún sentido, que le reporte sosiego o algo positivo a la mujer, pero no lo consigue. La mira y asiente, y nota que se le tensa el pecho.

—¿Qué debería decirles a mis nietos cuando me pregunten cómo murió su madre?

Se da la vuelta y Kenan comprende que no espera ninguna respuesta. Él tampoco tiene ninguna que ofrecerle. Guardan silencio y contemplan la calle y las flores. Un mortero cae detrás de ellos, en algún lugar de la ribera izquierda del río, pero ninguno de los dos se estremece. Al rato, la anciana se dispone a marcharse.

—¿Le gustaba el violonchelo a su hija? —pregunta Kenan, sorprendiéndose a sí mismo. No sabe por qué ha preguntado esto, no está seguro de qué importancia tiene. La mujer se detiene y él teme haber empeorado las cosas, haber hecho una pregunta fuera de lugar.

—No lo sé —contesta ella—. Nunca me lo dijo.

—Creo que era una gran amante de la música —dice él, y de verdad lo cree, está seguro de ello.

La anciana le mira, pero él no acierta a adivinar cuáles son sus pensamientos. Ella exhala largo rato y esboza una sonrisa menuda. Asiente dos veces, se da la vuelta y se encamina calle abajo.

Kenan sigue allí un rato, luego coge el agua y regresa al mercado. Cuando está a punto de cruzar la calle ve a Ismet. Está negociando con un hombre, las manos de ambos se agitan con frenesí y sacuden el aire. El hombre no se aplaca, o el menos eso parece. Las manos de su amigo caen, sus hombros se hunden un poco y, negando con la cabeza, Ismet rebusca en el bolsillo y saca tres cajetillas de cigarrillos. Las deja sobre la mesa y el hombre le tiende varios billetes.

Kenan observa cómo Ismet lleva los billetes a una mesa situada en el centro del mercado y se los cambia a una mujer por un pequeño saco de arroz. Es lo que el mundo les ha enviado, ayuda, y aunque no estaba destinada a la venta, se está vendiendo. Kenan sabe que Ismet ha arriesgado la vida por esos cigarrillos, que se los ha dado el ejército a modo de salario. Ahora ha visto cómo los cambia por algo que deberían darle gratuitamente, aunque no lo hacen, para que los hombres gordos con chándal y los hombres gordos con traje puedan enriquecerse.

Se oyen disparos en Grbavica y, de cuando en cuando, morteros en la ribera izquierda, y también al oeste, cerca del aeropuerto. Los hombres de las montañas están muy atareados hoy. El negocio les va bien y tienen muchos clientes. Kenan piensa en la mujer cuya hija mataron en la cola del pan, se pregunta cuántas mujeres como ella habrá en la ciudad, cuántas personas recorren las calles como fantasmas. Deben de ser muchas. Podrían llenar de tumbas hasta el último

palmo de tierra, podrían convertir todos los parques y todos los campos de fútbol y todos los jardines en cementerios, y, aun así seguiría habiendo muertos. Hay muertos entre los vivos y permanecerán aquí mucho tiempo después de que la guerra termine, si es que termina.

Piensa en la señora Ristovski. No sabe qué le ha hecho ser como es, pero algo la ha matado, ahora ve que ella también es un fantasma. Lleva mucho tiempo siendo un fantasma. Y ser un fantasma estando vivo es lo peor que se puede imaginar. Porque, nos guste o no, tarde o temprano todos acabamos convirtiéndonos en fantasmas, se nos borra de la faz de la tierra hasta que nuestro recuerdo desaparece. Pero hay un tiempo en que no lo somos, y es necesario conocer la diferencia. En cuanto uno la olvida, se convierte en un fantasma.

Kenan no será un fantasma. Ya se le ha hecho bastante a esta ciudad en nombre de fantasmas. Se dice esto, como si al decirlo lo hiciera realidad. No eres un fantasma. No eres un fantasma. Pero, mientras se repite estas palabras, sabe que decirlo no lo hará realidad. Ni siquiera todas las palabras del mundo juntas podrían evitar que él se desvanezca.

Ve a Ismet saliendo del mercado, dirigiéndose al punto donde dejó a Kenan. Kenan coge el agua y se aleja del mercado. Ismet no le encontrará esperándole, y seguramente pensará que se cansó y se marchó a casa con el agua. Le verá más tarde. Compartirán una broma, hablarán de sus familias, de la esperanza de que esto se acabe.

Serán ellos quienes reconstruyan Sarajevo, cuando llegue el momento. Devolverán cada ladrillo a su lugar, recolocarán cada ventana, taparán cada agujero. Reconstruirán la ciudad sin saber si ésa será la última vez en que haya que reconstruirla. Se granjearán el derecho de hacerlo, de la manera que puedan, y cuando esté hecho descansarán.

Kenan dobla hacia el sur, en la dirección opuesta a su casa. En pocas horas anochecerá, pero él estará en casa mucho antes. Se encamina hacia el puente Cumurija, donde dos botellas de agua sin asas le esperan en un pequeño agujero.

Flecha

La llevan a lo que queda del edificio del Parlamento, uno de los más altos de la ciudad. Los hombres de las montañas lo han atacado con centenares de morteros, lo han incendiado y luego han lanzado cientos de morteros más. La torre es un objetivo, no sólo por ser un símbolo del gobierno que han jurado derrocar, sino también porque todo Grbavica es visible desde sus plantas superiores.

Flecha siempre ha evitado este edificio, en parte porque es un lugar obvio desde el que operaría un defensor, convirtiéndolo en blanco de ataques frecuentes, y en parte porque está lleno de otros miembros de su propio ejército. Lo considera un terreno ya reclamado.

En el vestíbulo, que permanece sorprendentemente intacto, un hombre la espera. Está de pie junto a los ascensores, fumando. Hay dos guardias apostados a la entrada, pero apenas les prestan atención a ella y a sus escoltas. Flecha cruza el suelo de mármol y deja atrás dos grandes plantas.

—Los otros pisos están peor —le dice el hombre que la espera, como leyéndole los pensamientos.

Los otros tres, que han permanecido pegados a ella como caracoles a una hoja desde esta mañana, le devuelven un gesto afirmativo, satisfechos por haber cumplido con éxito la misión, cualquiera que fuese, que se les había encomendado, y se marchan.

—No parecen muy duros, ¿eh? —dice el hombre cuando se han alejado. Tiene aproximadamente su misma edad, no más de treinta. Es alto, su semblante es de esos que siempre parecen risueños, al margen de la situación, y tiene el pelo rizado. Lleva un mono gris y sujeta un rifle semiautomático con una mano—. Me llamo Hasan —dice.

—Flecha —dice ella. Intenta que la cordialidad del hombre no la conmueva.

—Claro. He oído hablar de ti. Creía que no existías. —Sonríe y ella no sabe discernir si bromea o no.

—No sé lo que habrás oído —dice—, pero probablemente no sea verdad.

—Probablemente no —conviene él—. Aun así, será agradable, para variar, trabajar con alguien que sabe lo que hace.

Apaga el cigarrillo y abre una puerta que da a una escalera.

—¿Cómo te suenan catorce pisos?

—Bien —dice ella.

Los suben en silencio. La escalera está a oscuras; la única luz que hay procede de una pequeña linterna que Hasan enfoca al frente. Ella huele el humo. Pierde la cuenta del ascenso y cuando llegan a su planta choca contra su acompañante accidentalmente al detenerse él para abrir la puerta.

—Perdona —dice.

—Tranquila. —Apaga la linterna y se la guarda en el bolsillo mientras abandonan la escalera.

Hasan no bromeaba al decir que las otras plantas estaban peor. Lo que no está quemado, ha quedado reducido a astillas por los morteros. Hay cristal roto, metal retorcido y otros escombros irreconocibles desperdigados por las salas, y el viento sopla libremente por entre las ventanas inexistentes y los orificios abiertos en la fachada.

—¿Estás preparada para salir de caza? —le pregunta en voz baja, ya no tan preocupado.

—No —dice ella—. En absoluto.

Hasan retrocede un paso y la mira.

—No entiendo.

—¿Qué estamos haciendo aquí, exactamente? —Formula la pregunta con un tono algo más alto del que desea.

—Muy sencillo. Probablemente el coronel Karaman sólo quiere asegurarse de que eres tan buena como dicen antes de encargarte algo más complicado. Vamos a posicionarnos. Yo elegiré un blanco y tú dispararás. Fácil. Lo harás bien. —La mira expectante.

—¿A quién vamos a disparar?

Hasan se encoge de hombros.

—Aún no lo he decidido. A uno de ellos. Ya veremos quién está a tiro.

Flecha se pregunta cómo ha acabado aquí arriba, qué ha hecho para acorralarse en este rincón. No se le ocurre nada concreto y eso la irrita.

—Por aquí —dice Hasan, y la precede por un pasillo en dirección al extremo sur del edificio. Cuando están a unos cinco metros de las ventanas, le indica con gestos que se agache, y a partir de ahí avanzan reptando. Alcanzan la fachada y él señala una ventana, empieza a levantarse. Las ventanas están a un metro del suelo y no ofrecen protección a la vista. Para tener a alguien a tiro, deberá ponerse en pie y disparar, convirtiéndose en blanco para cualquiera que tenga un rifle en Grbavica o en las colinas.

No —dice Flecha—. Allí. —Señala un orificio abierto en la pared, de unos treinta centímetros de anchura. Por un segundo cree que Hasan se negará, pero él accede, y ambos reptan hasta él. Ella se posiciona y Hasan suelta el arma y se saca unos binoculares del bolsillo del mono. Se levanta frente a la ventana, hace un barrido rápido del entorno y vuelve a agacharse.

—Es un buen enclave —dice.

Flecha mira por el visor. Grbavica es tierra baldía. No consigue encontrar ni un solo edificio que no luzca la señal de las armas. Las calles apenas son ya calles. El pavimento está resquebrajado y salpicado de coches destrozados y pedazos de edificios. Ve a muy pocas personas, ningún soldado. Saben de las vistas de este edificio y ahora ya no pasan por delante de él. Flecha se pregunta cómo van a encontrar a alguien a quien disparar.

—Yo antes vivía allí —dice Hasan—. ¿Ves aquel edificio rojo, a unos cien metros al oeste del puente?

Ella lo ve. Está en el frente de batalla, muy deteriorado. Aunque debía de haber sido un lugar bonito en el que vivir antes de la guerra. Justo al lado del río, con muchos árboles.

—Estaba en el trabajo cuando los hombres de las montañas fueron con los tanques y lo tomaron. Si hubiese estado allí, habría muerto. Mataron a mi hermano pequeño. Tenía doce años. Y a mi padre. No sé dónde están mi madre y mis hermanas. Lo único que he conseguido averiguar es que ya no están en Grbavica.

Flecha no sabe qué decir. Su historia no es insólita. No está segura de si él espera que diga algo. Confía en que no.

—Probablemente también estén muertas. Casi confío en que estén muertas. Sería mucho peor que estuvieran obligadas a vivir con esos monstruos. —Lo dice sin emoción, con una franqueza llana que asombra a Flecha.

—A mi padre también lo mataron —dice, sorprendiéndose a sí misma—. En la primera batalla en el edificio del Cantón.

Hasan asiente.

—Les haremos pagar por lo que nos han hecho, por lo que le han hecho a todo el mundo.

Flecha no responde, pero empieza a invadirle cierta desazón. Hay algo en el tono de Hasan, en su deseo de venganza, que la enerva. Ella también ha sentido en numerosas ocasiones ese deseo de compensación, ha matado por él. No sabe por qué ahora le molesta.

Hasan devuelve la atención a la ventana. Flecha mira por el visor y rastrea las calles en busca de algo con aspecto militar. A veces puede resultar difícil distinguir un soldado de alguien que no lo es. Los hombres de las montañas son, en su mayoría, una fuerza irregular y, por lo general, no llevan uniformes. Si tienen un arma, obviamente son combatientes, pero muchos de ellos no la llevan a la vista o, en el caso de los oficiales y otros soldados de mayor rango, no llevan sino pistolas, que son difíciles de avistar desde la distancia. Ha descubierto que muchas pueden detectarse por el modo en que una persona se mueve, por el modo en que se mueven quienes lo rodean. Un oficial camina erguido, con aire arrogante, le muestran respeto, se apartan de su camino. Los soldados suelen trasladarse en grupos, precedidos por el de menor rango. La paciencia suele verse

recompensada, a menudo, dejando pasar a un hombre sin dispararle. Los demás suelen seguirle. Escoger un blanco puede ser un verdadero arte. Ella se pregunta cómo lo hará Hasan, si escogerá bien.

Sabe que está racionalizando en exceso, y que ya se ha comprometido con un principio, pero no tiene mucha más opción. Y, a fin de cuentas, no puede negar que esos hombres armados no se hayan ganado la bala que les encontrará. Si es ella quien tiene que enviársela, bien, así será. Eligió hace meses. Es una suerte, supone, que consiguiera actuar tanto tiempo sin convertirse en parte de una maquinaria militar de mayor envergadura.

—Allí —dice Hasan—. He encontrado uno.

—¿Dónde? —pregunta ella. No ve nada a lo que merezca la pena disparar.

—A las dos en punto, cincuenta metros al sur del autobús amarillo.

Flecha mira y, justo detrás de un autobús quemado, un hombre enfila la colina. Intenta mantenerse próximo a los edificios, pero ha calculado mal las vistas y está a su alcance. Pero algo falla en él. Es viejo, quizá tenga unos sesenta y pocos años, y lleva la ropa demasiado ajada para ser un soldado. No hay firmeza en sus pasos, no hay autoridad, y es evidente que va desarmado.

—Ese hombre es un civil —dice ella—. No es un soldado.

—Es nuestro objetivo —dice Hasan—. Soy yo quien decide a quién disparar, no tú.

—No —dice ella—. No es un buen blanco.

Busca otro. Algo más arriba de la calle por la que sube el anciano ve un leve destello, un brillo metálico fugaz; un hombre da un paso a la derecha y entra en su línea de fuego. Se mueve como un soldado, fuma un cigarrillo. Se apoya sobre la otra pierna y su rifle queda a la vista. Es evidente que ignora su vulnerabilidad, se ha vuelto perezoso y distraído. Habla con alguien a quien ella no puede ver, de modo que no está solo.

—Allí, al sur. Allí hay un soldado. —Su dedo acaricia el gatillo. Concederá a Hasan la gentileza de dar la orden, pero su decisión ya está tomada.

—No —dice Hasan—. Olvídalo. Ya he elegido. Dispara a mi objetivo.

Flecha suelta el gatillo y mira a Hasan.

—No pienso matar a un civil desarmado.

Hasan se vuelve hacia ella.

—Matarás a quien yo te diga que mates.

Flecha sacude la cabeza.

—No.

Hasan se agacha.

—¿Qué crees que es esto? ¿Un juego?

—Podría preguntarte lo mismo —dice ella.

—Dispara.

—No. Mataré al soldado.

Hasan la mira y sacude la cabeza.

—No estamos negociando. Otras personas pueden disparar a los soldados. No es nuestro trabajo.

Flecha suelta el rifle y se vuelve para ver mejor a Hasan.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no eres un soldado ordinario. La unidad del coronel Karaman no es una unidad cualquiera.

—¿Matáis a civiles?

Él se echa a reír.

—Pues claro. Hacemos muchas cosas. Esto es sólo una prueba, una prueba que no estás superando. ¿Crees que ese hombre es inocente? Contéstame a esto: ¿cómo es posible que pueda caminar libremente por las calles de Grbavica? ¿Por qué no está muerto o en un campo de concentración o lo que sea que hacen ésos?

Flecha sabe la respuesta a esto, sabe que es por que los hombres de las montañas le consideran uno de ellos.

—Eso no significa que sea uno de los hombres que nos están matando.

—No importa. Es uno de ellos. Ellos son sus hijos, él es su padre, o su abuelo, o su tío. Ellos han matado a nuestros padres y a nuestros abuelos y a nuestros tíos.

—Somos mejores que ellos.

—Por supuesto que sí. Ellos son animales rabiosos. Matándoles le hacemos un favor al mundo.

Flecha reflexiona sobre esto, se pregunta a cuántos hombres de las montañas habrá matado. Sus muertes han salvado vidas. Sabe que es cierto. Y sabe que lo único que siente al respecto es desdén por aquellos a los que ha matado. Pero no todos son así. Sus madres, sus padres, sus hermanas no son así.

—Algunos de ellos son buenos.

Hasan hace una mueca.

—Aún tengo que conocer a uno.

—La ciudad está llena.

—Y también nos encargaremos de ellos, a su debido tiempo.

—¿Qué significa eso? —pregunta ella.

—Pregúntaselo algún día a tu amigo Nermin Filipovie —dice él—. En esta guerra hay dos bandos, Flecha. El nuestro y el suyo. No hay término medio que valga.

Vuelve a alzarse hacia la ventana, enfoca los binoculares hacia la calle.

—Sigue ahí. Quince metros más al sur. Apúntale.

Ella coge el rifle y mira por el visor. Encuentra al hombre donde le ha indicado Hasan y apunta. Ahora sabe lo que hizo para desencadenar este curso de acontecimientos. Puede identificar el momento en que sus opciones empezaron a desvanecerse. Los hombres de las montañas le dijeron que les odiaba e hicieron todo cuanto estuvo en sus manos para que fuera verdad. Ella no se resistió demasiado. Fue fácil. Se pregunta si habría sido posible actuar de un

modo diferente. Confía en que sí. Confía en que, en algún rincón de la ciudad, haya gente resistiendo la tentación de convertir a esos hombres en demonios, de decir que todos son como ellos, de oponerse a su misma existencia como ellos siempre dijeron que hacía la población de Sarajevo.

Pero para ella ya es demasiado tarde. No puede retroceder en el tiempo, no puede deshacer lo que ya está hecho. Su dedo descansa sobre el gatillo y ella exhala, intentando ralentizar su pulso desbocado. Mira por el visor, efectúa un último ajuste. Ve al francotirador que enviaron para matar al violonchelista, con los ojos cerrados y una mano inerte junto al cuerpo. Oye la música y, esta vez, no dispara.

—No —dice—. No lo haré.

Se pregunta si Hasan acabará disparando al hombre o si le disparará a ella, pero no se mueve. Él se da la vuelta desde la ventana, ve cómo ella saca el rifle del orificio de la pared y se dispone a marcharse de la sala reptando.

—Espero que seas consciente de lo que estás haciendo —dice él.

Flecha sigue reptando.

—Sé exactamente lo que estoy haciendo —dice al llegar al pasillo, y se pone en pie.

Camina apresuradamente hacia la escalera, pero no corre. No se cuelga el rifle al hombro, no está segura de no ir a necesitarlo. La escalera está a oscuras y se ve obligada a bajar a ciegas. Cada sonido que oye le despierta la expectación de que Hasan la seguirá, pero él no lo hace. Flecha sale de la escalera y cruza el vestíbulo en dirección a la puerta trasera del edificio. Los dos guardias siguen allí, pero tampoco esta vez le prestan atención. Justo antes de cruzar la puerta doble que da acceso a la calle, consulta el reloj y ve que son casi las cuatro. Llega a la acera y echa a correr.

Dragan

Un hombre va a intentar cruzar. Le han advertido del peligro, sin duda ve el cuerpo del hombre sin sombrero tan bien como todos los demás, pero no parece importarle. Es joven, tal vez algo insensato. Dragan se pregunta si le reportará alguna excitación desafiar un cruce donde se sabe que hay un francotirador. Quizá sea un deporte nuevo. Los cien metros bala.

Dragan ve que están instalando una cámara al otro lado de la calle. Un hombre protegido con un chaleco antibalas supervisa la escena desde detrás de la barricada, calculando distancias y ángulos, evaluando la calidad visual de la destrucción. Va bien afeitado y lleva la ropa inmaculada. Dragan ve el planchado perfecto de sus pantalones desde donde está. O al menos eso cree. Aun así, se sorprende, no de la presencia de un cámara sino de su ubicación. El cámara, piensa, debería estar en este lado de la calle, en el lado más próximo al hotel donde se alojan los periodistas extranjeros. El que aún dispone de comida y agua caliente y, a menudo, electricidad. Este hombre se ha equivocado por completo. A Dragan le resulta extraño, y no sabe cómo interpretarlo.

El hombre que está a punto de cruzar ha visto al operario y se detiene, como sopesando si debería esperar para que la cámara pueda captar su carrera. Incluso se mira para comprobar el estado de su ropa. Parece concluir que su atuendo no le complace para salir en televisión porque se pone en marcha hacia el cruce.

Todos, incluido el cámara, dejan lo que están haciendo y miran. No es un gran público, no más de media docena de personas, y ya han visto todo esto en otras ocasiones, con los dos finales posibles. El hombre corre en línea recta. Es veloz. ¿Un nuevo récord mundial? Tal vez. Quizá tendrán que notificárselo a los del Guinness.

El francotirador no dispara, por motivos que sólo él conoce, y, cuando el hombre alcanza el otro lado, a Dragan le parece que el cámara está decepcionado, porque el corredor ha sobrevivido y porque él no ha podido grabar la carrera. Esta decepción irrita a Dragan, le hace sentir como un animal de zoológico.

Un perro aparece detrás del cámara y le asusta, y Dragan sonríe. No obstante, el animal va a su aire y pasa de largo. Mientras se acerca, Dragan se pregunta si

será el mismo que vio antes, con Emina. Transmite la misma resolución y también parece que tiene un lugar adonde ir. Pero Dragan no recuerda con exactitud cómo era el primer perro. Podría ser el mismo. Ahora todos le parecen iguales.

El perro cruza los carriles trotando en dirección a Dragan. A medida que se acerca al cuerpo del hombre sin sombrero, Dragan se pregunta si intentará comerse el cadáver. Debe de estar hambriento, piensa. En esta ciudad, todo lo que no es un político ni un gánster está hambriento. Pero el perro pasa junto al cuerpo sin siquiera detenerse a olisquearlo. Es como si no lo hubiera visto.

Dragan oye un tintineo de chapas cuando el perro pasa por su lado, ve que lleva un collar, pero, por las condiciones en que tiene el pelo, es evidente que vive en la calle. El animal no mira a Dragan ni a nadie más, y Dragan se pregunta si habrá desechado por completo a la humanidad. Quiere llamarle, darle algo de comer, acariciarle, hacer algo que le devuelva la fe en él. Pero no tiene comida y sabe que el perro no se acercará aunque le llame. Al verle doblar la esquina y desaparecer, se siente un poco como cuando vio alejarse el autobús en el que viajaban su mujer y su hijo.

Sabe que él ha sido ese perro. Desde que la guerra empezó ha caminado por las calles y ha intentado prestar la menor atención posible a su entorno. No vio nada que no tuviese que ver ni hizo nada que no tuviese que hacer.

El cámara está teniendo problemas con el equipo. Ha dejado la cámara en el suelo y rebusca dentro de una mochila grande. Dragan se siente aliviado, pero entonces el cámara parece encontrar lo que buscaba y regresa junto a la cámara. Dragan sabe que esa cámara pronto estará grabando y no quiere que el cuerpo del hombre sin sombrero salga en la filmación.

No es que no quiera que el mundo sepa lo que está ocurriendo aquí. Sí quiere, o al menos está de acuerdo con el argumento de que es más probable que el mundo intervenga sólo si se le obliga a ver el sufrimiento de los inocentes. Lo que ocurre es que la escena que la cámara capturará no es en absoluto representativa de lo que ha acontecido hoy aquí. Son las secuelas.

Un cadáver más no molestará a nadie. Será una curiosidad, pero, a menos que algún telespectador conociera al hombre sin sombrero, no significará nada. No hay nada en un cadáver que sugiera cómo era esa persona cuando estaba viva. Nadie sabrá que el hombre tenía unos pies insólitamente grandes, a los que sus amigos recurrían para tomarle el pelo cuando era niño. Nadie sabrá que tenía una cicatriz en la espalda, consecuencia de una herida que se hizo al caer de un árbol, ni que su comida favorita era el pastel de chocolate. No sabrán que cuando tenía dieciocho años hizo un viaje con sus amigos del instituto y que llegaron a España haciendo autoestop, y que allí se acostaron con una chica rubia que nunca supieron cómo se llamaba, y que él pensó en esto a menudo durante los siguientes treinta años, siempre en los momentos más extraños, mientras pelaba una naranja o afilaba un cuchillo o subía por la colina bajo la lluvia.

También están los detalles que no se mencionarán sobre el muerto. No se

dirá que tenía mal temperamento o que a veces hacía trampas en la timba mensual. Era chabacano. Cuando estaba borracho, también era violento.

Nada de esto volverá a decirse, sencillamente se ha borrado de la existencia. Sin embargo, éstas son las cosas que hacen de la muerte algo que debe lamentarse, dolerse. No es sólo la desaparición de la carne. Eso, en realidad, es fácil de olvidar. Cuando el cuerpo del hombre sin sombrero salga en el informativo de la noche y llegue a miles de personas de todo el mundo, eso es exactamente lo que harán. Subrayarán el horror, pero lo más probable es que no piensen nada en absoluto, como un perro que tiene un lugar adonde ir.

Dragan mira el cuerpo del hombre sin sombrero. No sabe cómo se llama, no recuerda su cara. No sabe absolutamente nada de él. Todo son conjeturas. Pero no importa. Este hombre es él. O podría serlo. Ninguno de los dos hizo nada cuando Emina necesitó ayuda.

No permitirá que filmen el cuerpo de este hombre. Recuerda lo que le dijo a Emina acerca del violonchelista, por qué cree que toca. Para impedir que algo suceda. Para evitar que algo empeore. Para hacer lo que sabe hacer.

Al mirar al cámara, sin embargo, Dragan comprende que ha divagado. No importa lo que el mundo piense de esta ciudad. Lo único que importa es lo que él piensa. En el Sarajevo de su memoria, era completamente inaceptable tener a un hombre muerto tirado en la calle. En el Sarajevo de hoy, es algo normal. Él no ha vivido en ninguno de los dos, ha intentado vivir en una ciudad que ya no existe, negándose a participar en la que sí existe.

El francotirador sigue allí. No sabría decir por qué tiene esta certeza, pero la tiene. En algún lugar de las colinas o de los edificios de Grbavica está esperando, aguardando a que llegue el momento. Un hombre acaba de cruzar y no le ha disparado. No significa nada. Todo es un cálculo. Cuanto más espere antes de disparar, más personas se aventurarán a cruzar. Dragan cree que sería posible trazar una gráfica que reflejara la correlación óptima entre la cantidad de blancos potenciales y el tiempo transcurrido entre un disparo y otro. Se pregunta si el francotirador dispondrá de una gráfica similar, quizá en una sencilla hoja cuadriculada, guardada en el bolsillo delantero de la chaqueta, o si es algo que ya sabe de memoria.

El hombre sin sombrero está cerca, a unos quince metros de él. Debería resultar sencillo correr hasta él, agarrarle por las manos y arrastrarle fuera de la calle. Veinte pasos de ida y otros tantos de vuelta. Medio minuto es lo que tardaría. Quizá menos.

Respira hondo y exhala. Y entonces sus pies se ponen en movimiento y ya está de vuelta en la calle. Una vez más, el tiempo se ralentiza y cada vez que avanza un pie le da la impresión de que transcurre una eternidad. Oye sus pasos. El sonido de cada uno de ellos estalla y resuena con fuerza en sus oídos. Nota la boca seca. Cuando ha cubierto tres cuartas partes del camino hasta el cuerpo, recuerda que debe mantener la cabeza gacha, y los hombros le duelen al encogerse

sin dejar de correr.

Dragan llega hasta el cuerpo del hombre sin sombrero. Las suelas de sus zapatos se enganchan y resbalan con la sangre. Él se agacha y agarra una de las manos, exangüe y aún caliente. La otra es más difícil de coger. Pierde el equilibrio y se cae. Su nariz queda a un centímetro de lo que queda de la cabeza del hombre sin sombrero. Un jirón de piel cuelga de un costado del cráneo vacío como si fuera un peluquín de mala calidad. Por alguna razón, a Dragan no le molesta. Sabe que es algo insólito, que por lo general tanta sangre le horrorizaría. Pero eso no es importante. Lo único que importa es sacar el cuerpo de la calle. Algo se estrella en el cuerpo que tiene frente a sí y produce un ruido seco, sordo. Un rifle cruje. El francotirador ha disparado y ha fallado por menos de medio metro. Dragan agarra la otra mano del hombre sin sombrero e intenta ponerse en pie. No puede. El cuerpo pesa demasiado. Consigue acucillarse y, en un torpe andar de cangrejo, tira del cuerpo hacia el furgón.

Sabe que el francotirador volverá a disparar, pero no tiene miedo. En este momento el miedo no existe. Tampoco hay nada similar a la valentía. No hay héroes, no hay villanos, no hay cobardes. Sólo hay lo que puede hacer y lo que no puede hacer. Hay lo correcto, lo incorrecto, y nada más. El mundo es binario. Los matices llegarán más tarde.

No oye el impacto de la bala, pero sí el disparo. Cree que no le han herido, pero no está seguro. Mientras arrastra el cuerpo del hombre sin sombrero durante los últimos pasos hacia la seguridad, espera sentir alguna clase de dolor, espera sentir la humedad de la sangre. No llega. Se sienta en el suelo, resollando, sudando. Mira al otro lado de la calle y ve al cámara, que le observa boquiabierto. Con la cámara en las manos, pero no al hombro. No le ha grabado, ni tampoco al cuerpo del hombre sin sombrero.

Bien, piensa. No viviré en una ciudad en la que los cuerpos de los muertos yacen abandonados en las calles, y tú no le dirás al mundo que lo hago.

Una de las dos personas que están en su mismo flanco se acerca a él. El silbido de un mortero descendiendo hace que cambie de opinión. El mortero cae al otro lado del furgón, en lo que queda de los cuarteles militares abandonados. Dragan se tumba boca abajo y se cubre la cabeza con las manos, con la cara apretada contra el suelo.

Intenta no pensar en lo que ocurrirá si un mortero cae en este lado de la barricada. Los hombres de las montañas están enfadados. Enfadados con vosotros mismos, piensa Dragan. Habéis tenido la oportunidad de matarme y pronto tendréis otra.

Los defensores replican con fuego automático, seguido por varios disparos sueltos, la tarjeta de visita de los contrafrancotiradores. Estos disparos suscitan más fuego de mortero por parte de los hombres de las montañas, y durante varios minutos ambos bandos se intercambian proyectiles hasta que finalmente se hace el silencio, o, cuanto menos, un silencio relativo.

Dragan se sienta, se sacude la suciedad de la cara. Se pregunta si esta guerra acabará algún día. Se pregunta cómo será todo si acaba. ¿Olvidará la gente? ¿Debería olvidar? No tiene respuestas a estas preguntas. Pero se alegra de pensar en ellas. Cuando llegue a la panadería preguntará a sus compañeros qué opinan ellos. Podrían sorprenderse. Lleva mucho tiempo sin hablar con ninguno.

Se levanta, nota rígidas las rodillas y la espalda. Se aleja del cuerpo del hombre sin sombrero y coge el abrigo de Emina. Junto a él descansa el sombrero del hombre, que también coge. Los mira alternativamente un rato. Si tuviera que adivinarlo por el estado de la tela, creería que fue Emina quien murió y el hombre sin sombrero quien sobrevivió. Pero las cosas no siempre son lo que parecen. Si esta ciudad va a morir, no será a causa de los hombres de las montañas, sino de las personas del valle. Cuando se conformen viviendo con la muerte, convirtiéndose en lo que los hombres de las montañas quieren que sean, entonces Sarajevo morirá. Dragan extiende el abrigo de Emina, tapa las piernas del hombre y le devuelve su sombrero.

Cuatro

Kenan

Otro día acaba de empezar. La luz se filtra con dificultad en el apartamento, donde encuentra a Kenan en su cocina, alargando una mano hacia la garrafa de plástico que contiene el último cuarto de litro de agua de la familia. Han pasado cuatro días desde la última vez que fue a la destilería. Casi siempre pasan cuatro días entre un viaje y el siguiente, cinco si llueve. El de hoy será diferente, lo sabe. Hoy es el día en que el violonchelista tocará por vigésimo segunda y última vez.

El aire es frío esta mañana. Kenan se pregunta si estará cambiando el tiempo. Confía en que tengan suficiente ropa de abrigo para aguantar todo el invierno, ya inminente. La leña también será un problema. No sabe de dónde la sacará ni si conseguirá siquiera un poco. Encontrará el modo, seguro.

Kenan retira la silla de la mesa de la cocina y coge una garrafa vacía. La examina a conciencia en busca de grietas o poros. Repite el proceso con las seis. En la cuarta encuentra una pequeña grieta, lo cual le inquieta. No ha acabado de abrirse, pero lo hará, y no hay modo de saber cuándo. Decide cambiarla por una de las de repuesto. Mejor no arriesgarse.

Oye ajeteo en la salita, donde duermen Amila y sus hijos. Espera no haberles despertado. Aún es temprano. No hay motivo para que se levanten ya. Mejor que sigan durmiendo. Quién sabe si tendrán que pasar la noche en un refugio, donde es casi imposible descansar.

Con el mayor sigilo de que es capaz, coge lo que queda de agua y se dirige al cuarto de baño. Se vuelve para pulsar el interruptor de la luz, por puro hábito, pero nada ocurre. Enciende el tocón de una vela que hay junto al espejo y empieza a afeitarse. Algún día, piensa, volverá a afeitarse con agua caliente y una cuchilla afilada. Todos los días rebosarán de pequeños lujos como éste, y él disfrutará con cada uno de ellos. Hasta entonces, no obstante, ya está habituado a afeitarse a oscuras y con agua fría. Apenas le molesta ya hacerlo.

Se enjuaga la cara con los restos del agua y se inclina para apagar la vela. Al inhalar, antes de soplar, oye un tic ya familiar y la bombilla que cuelga del techo cobra vida. Una luz intensa y amarilla colma el cuarto de baño, y los ojos de Kenan se adaptan a su brillo. Sonríe.

Apaga la vela y se acerca al armario, donde tiene conectado un pequeño

cargador a una batería de coche. Si la electricidad se mantiene todo el día, podrá escuchar la radio durante las dos semanas siguientes. Si además se mantiene hasta el día siguiente, tal vez puedan encender una luz varias horas todas las noches. Comprueba el cargador y ve que la luz verde brilla. La batería se está cargando.

Amila asoma por entre las sábanas. Él le sonríe y señala la luz del techo. Ella ríe y alza las manos celebrándolo. Si los niños no estuvieran dormidos, Kenan pondría un CD, algo movido y alegre, y todos gritarían y bailarían. Aunque no lo hace, le basta con saber que podría.

—¿Crees que aguantará mucho rato? —le pregunta ella. Se levanta y se dirige a la cocina.

Él asiente.

—Es posible. Pero me temo que no hay modo de saberlo.

Kenan empieza a atar las garrafas, tres a cada lado.

—Ten cuidado —le dice ella, y sonríe.

—Por supuesto. Siempre tengo cuidado.

La luz parpadea, pero no se apaga. Amila pone los ojos en blanco.

—De vuelta compra una caja grande de chokolatinas —dice ella— y dos docenas de huevos.

—De acuerdo. Eso son muchos huevos.

—Voy a hacer un pastel. Un pastel muy grande.

—Ah. En ese caso también compraré un poco de brandy. —Se inclina hacia adelante y la besa.

—Buena idea. Nada le va mejor a un pastel que el brandy. —Ella reposa las manos en la espalda de él—. Estoy cansada —dice, casi en un susurro.

—Lo sé —dice él—. Yo también.

Se quedan así hasta que Kenan empieza a sentir el peso del tiempo y se separa un paso, vuelve a besarla y se encamina a la puerta.

Cuando accede al rellano, se sienta en la escalera y apoya la frente sobre las rodillas. No quiere salir. No quiere tener que caminar por las calles de esta ciudad y ver los edificios, y con cada paso temer una muerte inminente. Pero no tiene alternativa. Sabe que si quiere ser una de las personas que reconstruyan la ciudad, una de las personas que tengan el derecho de siquiera opinar sobre cómo Sarajevo debería repararse, entonces tiene que salir y enfrentarse a los hombres de las montañas. Su familia necesita agua y él la conseguirá. La ciudad está llena de gente que hace lo mismo que él y todos encuentran el modo de seguir adelante con su vida. No son cobardes, y no son héroes.

Todos los días ha ido a escuchar al violonchelista, desde el bombardeo de la destilería. Todos los días a las cuatro en punto ha ido a aquella calle, se ha apoyado contra la pared y ha contemplado cómo la ciudad se reunía y sus habitantes despertaban de la hibernación. Hoy es el último día en que el violonchelista tocará.

Todos los que murieron en esa calle mientras esperaban a comprar pan habrán tenido su homenaje. Kenan sabe que nadie tocará por las personas que murieron en la destilería, ni por aquellos a quienes dispararon mientras cruzaban la calle, ni por ninguna de las demás víctimas de incontables ataques. Se precisaría un ejército de violonchelistas. Pero ha escuchado lo que había que escuchar. Ha sido suficiente.

Kenan se pone en pie y empieza a bajar la escalera. Al llegar a la planta baja, se detiene frente a la puerta de la señora Ristovski. Presta atención en busca de algún ruido, se pregunta si estará despierta, si sabrá que ha vuelto la electricidad. Suele ser la primera en saber estas cosas.

Se yergue, se aclara la garganta y llama a la puerta. Oye movimiento dentro, pero la puerta no se abre. Vuelve a llamar, esta vez con mayor insistencia, y espera a que la señora Ristovski abra para darle las botellas y para que él pueda iniciar su larga caminata colina abajo, ciudad a través, colina arriba hasta la destilería, y de vuelta una vez más.

Dragan

No hay modo de saber qué versión de una mentira es verdad. ¿Es el Sarajevo real aquel en el que la gente era feliz, se trataba bien, vivía sin conflicto? ¿O es el Sarajevo real el que ve hoy, en el que la gente intenta matarse, en el que las balas y las bombas caen desde las colinas y los edificios se derrumban? Dragan sólo puede plantear la pregunta. No cree que haya modo de saberlo a ciencia cierta.

Pasa ya del mediodía. Lleva más de dos horas aquí, al lado del cruce. Le parece que han pasado días. Atascado en una especie de tierra de nadie, impedido pero no impedido de ir a la panadería, donde una pequeña hogaza de pan le espera. Puede cruzar cuando quiera. En ningún momento ha venido nadie a decirle no, Dragan, no puedes cruzar. Siempre ha sido su decisión.

Sabe qué mentira se dirá a sí mismo. La ciudad en la que vive está llena de gente que algún día volverá a tratar a los demás como seres humanos. La guerra acabará, y cuando se mire atrás se hará con pesar, no con recuerdos entrañables de la gloria perdida. Mientras tanto, él seguirá caminando por las calles. Calles en las que no habrá muertos ni cuerpos abandonados. Ahora se comportará como espera que algún día se comporte todo el mundo. Porque la civilización no es algo que uno construye y ya está, sigue ahí para siempre. Necesita ser reconstruida constantemente, ser recreada a diario. Se desvanece mucho más deprisa de lo que él habría creído posible. Y si él desea vivir, debe hacer cuanto esté en sus manos para evitar que el mundo en el que quiere vivir desaparezca. Mientras haya guerra, la vida es una medida preventiva.

El cámara se ha marchado, se ha ido a un cruce más concurrido. Necesita gente que se arriesgue y que reciba un disparo o, si eso no ocurre, cuanto menos den la apariencia de que van a morir. Finalmente conseguirá lo que quiere. Es sólo una cuestión de tiempo.

Dragan se decide. Va a cruzar. No va a permitir que los hombres de las montañas le detengan. Éstas son sus calles y él las recorrerá a su antojo. En algo menos de cuatro horas el violonchelista tocará por última vez.

Se recoloca el abrigo y sacude un pie que se le ha dormido. El cielo empieza a encapotarse, el aire parece más frío. Avanza hacia el cruce. Arrastra los pies

sobre el pavimento y en algún lugar, cerca, un coche acelera. Un pequeño pájaro vuela frente a él. Dragan no corre. Sabe que debería hacerlo, sabe que probablemente el francotirador siga en su escondrijo. Él podría estar ahora en su punto de mira. Bastaría una leve presión sobre el gatillo para morir.

Sus pies no responden al apremio de su mente. No puede correr. A un ritmo pausado, su cuerpo le lleva hacia adelante, pasa el punto donde Emina cayó herida, hacia el otro lado. Podría estar caminando por cualquier calle del mundo. Para un observador casual, no es más que un anciano dando un paseo.

Nada más lejos de la realidad. Dragan está aterrado, nunca había tenido tanto miedo. Pero no puede obligarse a ir más deprisa. Al cabo, deja de intentarlo.

Mantiene la vista clavada en la zona segura a la que se dirige e intenta no pensar en nada más que en poner un pie delante del otro.

Empieza a comprender por qué no corre. Si no corre, vuelve a estar vivo. El Sarajevo en el que quiere vivir vuelve a estar vivo. Si corre, no importará cuántos cuerpos yazcan en las calles. Tal vez la gente que le esté viendo piense que está bloqueado, catatónico, y que ya no le importa si vive o muere. Se equivocan. Le importa más que nunca.

Ha estado dormido desde que la guerra estalló. Ahora lo sabe. Defendiéndose de la muerte ha perdido su aferramiento a la vida. Piensa en Emina, arriesgando la vida para llevar pastillas caducadas a alguien a quien no conoce. En el joven que corrió a la calle para salvarla cuando la dispararon. En el violonchelista que toca por aquellos que murieron víctimas de un ataque con mortero. Ahora podría correr, pero no lo hace.

Espera oír el disparo, sentir la bala que le alcanzará. Pero la bala no llega. Está y no está sorprendido a partes iguales. Nunca hay modo de saberlo. No importa. Si llega, llegará. Si no llega, será uno de los afortunados.

Dragan alcanza el otro lado de la calle. No ha tardado mucho, pero tiene la sensación de que ha transcurrido una gran porción de su vida. Se alegra de que el cámara se haya marchado. Sabe que ha protagonizado una escena televisiva horrible. Un anciano cruzando la calle sin que nada ocurra. Difícilmente una noticia.

Se encamina hacia el oeste, hacia la panadería. Debería estar allí en diez minutos más. Pero entonces su mano palpa en el bolsillo un pequeño bote de plástico lleno de pastillas y un pedazo de papel con una dirección, y sabe que tardará un poco más. Aun así, no más de media hora. Comprará el pan y después volverá por este mismo camino, trabaje o no el francotirador. En el trayecto de vuelta a casa dará un rodeo hacia el sur del mercado y esperará a que den las cuatro, para poder narrarle a Emina lo que ocurrió el último día en que el violonchelista tocó.

Dragan sonríe al pasar junto a otro anciano. El hombre no le mira, mantiene

los ojos clavados en el suelo. —Buenas tardes —dice Dragan, con voz radiante. El hombre alza la mirada. Parece sorprendido. —Buenas tardes —repite Dragan.

El hombre asiente, sonríe y le desea lo mismo.

Flecha

Flecha parpadea. Lleva mucho rato esperando. Ha dormido bien, no se ha despertado una sola vez en toda la noche. Hay un sonido que ha estado esperando oír, y ahora llega. Eco de pasos en el rellano, frente a su puerta, botas pesadas subiendo la escalera. Están esforzándose por ser discretos, pero la escalera no ayuda, su acústica no se ajusta a la intención de los hombres que pretenden ser sigilosos. Flecha abre los ojos. Es muy temprano, ni siquiera las siete aún.

Han pasado días desde que dejó a Hasan en la decimocuarta planta del edificio del Parlamento, diez desde que desertó de la unidad de asesinos de Edin Karaman. Ésta es la primera noche que ha dormido en su apartamento desde entonces, y ya la han encontrado. Apenas está sorprendida. No imaginaba que fueran tan eficientes.

El arma de su padre está sobre la mesita de noche. Está cargada y lista, pero Flecha mantiene la mano inmóvil, bajo una pila de mantas. Se pregunta qué tiempo hará hoy. Ayer parecía que iba a llover, pero nunca hay modo de saber lo que ocurrirá al día siguiente hasta que llega. Confía en que llueva. La ciudad podría aprovechar el agua.

Llevan diez días buscándola y la han encontrado porque ella lo ha permitido. Ellos sabían en todo momento dónde estaba, sabían que estaba en un edificio próximo al violonchelista, pero no dieron con ella, por mucho que la buscaran. En dos ocasiones tuvo la cabeza de Edin Karaman a tiro, pero no apretó el gatillo. No ha vuelto a disparar el rifle desde que mató al francotirador que enviaron los hombres de las montañas para acabar con el violonchelista. Pero lo habría hecho si hubiera sido necesario, y cree que su presencia le ha mantenido con vida.

Ha tocado veintidós días consecutivos, como dijo que haría. Todos los días, a las cuatro en punto de la tarde, al margen de lo intenso que fuera el combate a su alrededor. Algunos días tenía público. Otros el bombardeo era tan intenso que nadie en su sano juicio se habría aventurado a caminar por esa calle. Para él parecía no haber diferencia. Siempre tocaba del mismo modo.

La única variación en su rutina llegó el último día.

Ella permanecía en su escondrijo, invisible. Percibió que él salía a la calle, pero, antes de que empezara a tocar, ella ya sabía que nadie iba a dispararle. Los

hombres de las montañas se habían rendido. Sus manos se relajaron y su dedo se despegó del gatillo. Cuando el violonchelista empezó a tocar, ella miró a la calle. Estaba llena de gente. Nadie se movía. Todos escuchaban inmóviles y, aunque era evidente que estaban concentrados en la música, también daba la impresión de que no estaban del todo allí.

Flecha dejó que la lenta cadencia de las cuerdas flotara hasta ella. Sintió cómo el lamento le formaba un nudo en la garganta y contuvo las lágrimas. Inhaló profundamente, deprisa. Se le humedecieron los ojos y las notas ascendieron de escala. Los hombres de las montañas, los hombres de la ciudad, ella misma, nadie tenía derecho a hacer las cosas que habían hecho. Nunca habría ocurrido. Podría no haber ocurrido. Pero ella conocía aquellas notas. Se habían convertido en parte de ella. Le decían que todo había sucedido exactamente como ella sabía que había sucedido, y que nada podía hacerse al respecto. Ni el duelo ni la rabia ni ningún acto noble podía deshacerlo. Pero sí podría haberse detenido. Había sido posible. Los hombres de las montañas no tenían por qué ser asesinos. Los hombres de la ciudad no tenían por qué rebajarse a combatir a sus atacantes. Ella no tenía por qué colmarse de odio. La música le pedía que recordara esto, que supiera a ciencia cierta que el mundo aún albergaba la capacidad del bien. Las notas eran prueba de ello.

Flecha cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, la música había cesado. En la calle, el violonchelista siguió sentado en el taburete largo rato. Lloraba. Se le desplomó la cabeza hacia adelante y varios mechones de su pelo se cruzaron sobre su frente. Al cabo se levantó y se acercó a la pila de flores que había ido creciendo incesantemente desde el día en que cayó el mortero. La contempló un rato y luego dejó caer el arco sobre ella. Nadie se movió. Todos los presentes contuvieron el aliento, esperando a que dijera algo. Pero el violonchelista no habló. No le quedaba nada por decir. Se dio media vuelta, cogió el taburete y entró en el portal de su casa sin volver la mirada atrás.

Lentamente, los presentes empezaron a moverse y, uno a uno, abandonaron la calle para volver a sus vidas.

Los pasos están ya al lado de su puerta. Flecha vuelve a mirar el arma que descansa sobre la mesita de noche. Si tuviera que utilizarla, sabe con exactitud qué ocurriría. Los hombres del otro lado de la puerta morirían. Todos morirían y ella saltaría sobre sus cuerpos para salir a la calle. Todo ocurriría en apenas unos segundos. Sería lo más fácil del mundo.

Pero no va a coger el arma. La pistola descansa sobre la mesita de noche en parte por costumbre y en parte porque Flecha quiere que sepan que estaba armada y que podría haberse enfrentado a ellos. No sabe si repararán en este detalle. Tampoco importa. Sólo importa que ella la deja allí.

Se pregunta qué habría sido de su vida de no haber habido guerra, si los hombres de las montañas no hubieran llegado a la conclusión de que habían sido vilipendiados, o si la respuesta a sus aspiraciones de victimismo no hubieran sido

los tanques y las granadas. Quizá se habría casado. Quizá se habría licenciado en la universidad, tendría un empleo, viviría en un apartamento bonito y habría ido al teatro por la noche con sus amigos. Podría haber tenido hijos. Le gustan los niños, o le gustaban. Las posibilidades eran infinitas.

Ahora, sin embargo, las posibilidades han llegado a su fin. Si coge el arma y mata a los hombres que hay al otro lado de la puerta, se convertirá en fugitiva. Y, tarde o temprano, tendrá que volver a matar o bien la atraparán. Mientras tanto, la necesidad la obligará a odiar a sus perseguidores. Y Flecha no va a permitir que eso ocurra. Estén en las montañas o en la ciudad, nadie va a decirle a quién tiene que odiar.

Después de que el violonchelista desapareciera, Flecha bajó a la calle, sin importarle quién pudiera verla. Contempló los adoquines, las ventanas reventadas, la pila de flores. No pensaba en nada, no podía pensar en nada sobre lo que no hubiera pensado ya mil veces. De modo que sencillamente se quedó allí. El violonchelista no volvería al día siguiente. No habría más conciertos en la calle. Le entristecía que hubiera acabado. Flecha se agachó y dejó el rifle junto al arco del violonchelista.

En pocos segundos la puerta se abrirá. Al menos cuatro hombres, tal vez más, irrumpirán en el apartamento y, rápidamente, le dispararán tantas balas como puedan. No durará mucho, sólo unos segundos, y después se sentirán absurdos por haberse puesto tan nerviosos.

Oye cómo uno de ellos retrocede un paso, sabe que está a punto de tirar la puerta abajo. Cierra los ojos, recuerda las notas que oyó el día anterior, una melodía que ya no está ahí pero que parece muy próxima. Sus labios se mueven y, un instante antes de que la puerta se arranque de los goznes, su voz, fuerte y tenue:

—Me llamo Alisa.

Epílogo

Es importante destacar que esta novela no es un retrato riguroso del transcurso en el tiempo del cerco de Sarajevo. Es imposible que los acontecimientos que tienen lugar en esta obra hubiesen ocurrido tal como se describen. Por cuestiones de necesidad, he comprimido tres años en un solo mes. Confío, no obstante, que el espíritu del libro sí sea cierto.

A las cuatro en punto de la tarde del 27 de mayo de 1992, durante el cerco de Sarajevo, varios morteros alcanzaron a un grupo de personas que hacían cola para comprar pan, detrás del mercado de Vase Miskina. Veintidós murieron y al menos setenta sufrieron heridas. Durante los siguientes veintidós días, Vedran Smailovie, un afamado violonchelista, tocó el Adagio de Albinoni en Sol Menor en aquel mismo lugar en honor a las víctimas. Sus actos inspiraron esta novela, pero no he basado el personaje del violonchelista en el Smailovie real, que consiguió salir de Sarajevo en diciembre de 1993 y que ahora reside en Irlanda del Norte.

El sobrenombre de Flecha procede de un documental emitido por Radio Dinamarca y titulado Francotirador. En él se entrevistaba a una francotiradora llamada Flecha (Strijela), si bien se proporcionó muy poca información sobre ella. Intenté localizarla, pero no lo conseguí. Podría haber muerto. En cualquier caso, el personaje de Flecha que aparece en esta novela es fruto de mi invención.

El cerco de Sarajevo, el asedio urbano más largo de la historia bélica moderna, se prolongó desde el 5 de abril de 1992 hasta el 29 de febrero de 1996. Las Naciones Unidas calculan que aproximadamente 10.000 personas murieron y 56.000 sufrieron heridas. Todos los días caían sobre la ciudad un promedio de 32.9 morteros, con un pico de 3.777 el 22 de julio de 1993. En una ciudad con una población de apenas medio millón de personas, diez mil apartamentos quedaron destruidos y cientos de miles sufrieron desperfectos. El veintitrés por ciento de todos los edificios quedaron gravemente dañados y el sesenta y cuatro por ciento presentó algún deterioro. En octubre de 2007, los líderes del ejército serbiobosnio, Radovan Karadžić y Ratko Mladić, siguen en libertad, pese a haber sido acusados de cometer crímenes contra la humanidad por el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia de La Haya.

Me siento en deuda con Dinko Mesković, Sana Mesković, Miroslav Nenadić y Olga Nesić-Nenadić, de Vancouver, y Alija Ramović, de Sarajevo, por las incontables horas que me dedicaron refiriéndome historias, mostrándome lugares e intentando enseñarme a pensar como un habitante de Sarajevo. Hay mucho de ellos en este libro, pero cualquier error en los hechos o en la ficción será sólo mío. Muchas gracias a Sanja Ramović por prestarme a su padre.

Quisiera dar las gracias a Henry Dunow por su entusiasta representación y su excelencia en general. Creo que Michael Heyward es el más grande australiano que jamás existirá. Gracias a Mandy Brett, Sarah McGrath, Ravi Mirchandani y Rosemary Shipton por su asesoramiento editorial y su entusiasmo. Con Diane Martin, mi amiga y mi editora, tengo una deuda que nunca podré compensar, aunque seguiré intentándolo.

Anne Beilby, Nina Ber-Donkor, Sarah Castleton, Manita Dachsels, Louise Dennys, Lara Galloway, Angelika Glover, Anthony Goff, Nancy Lee, Jeff Moores, Emiko Morita, Adrienne Phillips, Sarah Stein, Timothy Taylor, John Vigna, Hal Wake, Terence Young y Patricia Young me han ayudado a mejorar este libro. Amigos y familia han soportado mi ausencia, mi irritación y mi distracción con amabilidad y aliento. La University of British Columbia Creative Writing Program y los colegas que allí tengo son irremplazables. El Simon Fraser University Writer's Studio, el University of Victoria Department of Writing y el Sage Hill Writing Experience me han ocupado y enriquecido. Gracias. Agradezco profundamente la ayuda económica del Canada Council for the Arts.